CRITERIO

Nº 1218

26 de Agosto 1954
Año XXVII

CRITERIO

APARECE LOS SEGUNDOS Y CUARTOS JUEVES DE MES

Año XXVII | Buenos Aires, 26 de Agosto de 1954 | Nº 1218

DIRECTORES: Mons. GUSTAVO J. FRANCESCHI y Pbro. LUIS R. CAPRIOTTI

Libertad de cultos y apostolado católico

GUSTAVO J. FRANCESCHI

NO me coloco aquí en el terreno del *derecho puro* sino en el de *los hechos*. Durante estos últimos años se ha discutido abundantemente sobre la libertad que debe otorgarse a las diferentes creencias en el Estado contemporáneo, y ni siquiera el discurso pronunciado por el Santo Padre a fines del año pasado sobre la tolerancia, tan claro y tan firme, ha logrado acabar con las polémicas. Sin medir ahora el valor de los argumentos presentados por las diversas tendencias dentro del campo católico, y prescindiendo más aún de las manifestadas en las *confesiones* heterodoxas, me mantengo, lo repito, en el de los hechos, que difícilmente modificaremos y que hemos de considerar, por ende, como la realidad sobre la que levantaremos nuestras construcciones. ¿Cuáles son esos?

En una tercera parte del mundo, o sea la que de algún modo está sometida al comunismo, la Iglesia, o está completamente aherrojada no tolerándose siquiera su presencia, o se ve trabada de mil modos, en posición de evidente inferioridad legal frente al comunismo ateo. En Alemania, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Bélgica, etc., o sea en la casi totalidad del mundo occidental, la Iglesia se halla en *posición de igualdad* con las diversas agrupaciones religiosas: si alguna ventaja les lleva es ella de carácter económico: un presupuesto de culto, que es lo menos importante concebible, porque, aún fuera de las naciones que lo otorgan, la Iglesia ha podido siempre desenvolver su acción si ha gozado de suficiente libertad. No creo que hoy, fuera de España, cuya actitud ha suscitado violentas críticas y contrataques por doquiera, posea la Iglesia en materia de libertad una posición PRIVILEGIADA en país alguno. Ningún motivo asoma en el horizonte para suponer que esa situación universal haya de transformarse, y que la Iglesia vuelva a la situación de privilegio que en doctrina católica pura le pueda corresponder: no hay país alguno en que católicos, protestantes, hebreos, ateos, etc., no se hallen mezclados, y es absurdo suponer que, donde él existe, ese equilibrio haya de romperse en beneficio de los primeros. Y está bien que reivindiquemos doctrinariamente los derechos de la Iglesia, pero es imposible que empleemos todo nuestro tiempo en una acción que, hoy por hoy, no ha de mostrarse provechosa, y que lo gastemos en llorar una situación que no se modificará con nuestro llanto.

He aquí el hecho frente al cual se halla la Iglesia Católica, y es dentro de este ambiente que debe hacer actuar su apostolado. Ha de partir de una situación de igualdad con los demás cultos, aun los más absurdos, y no de privilegio ante ellos. No han de imaginar sus hombres que hablarán sin ser contradichos, o que construirán sin que se levanten edificios paralelos a los suyos. Tal es la condición del apostolado en nuestros días.

Pero ¿es posible realizar apostolado en semejante ambiente? ¿No tendremos que concentrar todo nuestro esfuerzo en recuperar primero las antiguas posiciones, en reivindicar los derechos de la Iglesia como posesora exclusiva de la soberana verdad sobrenatural? A estas preguntas deseo responder en los párrafos que siguen.

ANTE todo, recordemos que la Iglesia se difundió a través del mundo en un ambiente en que ella era quien reclamaba la libertad de culto que durante trescientos años no le fué otorgada.

Esta libertad no existió en Palestina durante la época apostólica primitiva. Cuando Pedro, Santiago y sus compañeros predicaban abiertamente el cristianismo lo hacían arriesgando la vida y contradiciendo terminantes disposiciones del Sanhedrín. Varios entre ellos: Santiago, Esteban y otros más perecieron, y aun en ciudades alejadas de Jerusalem vivían los fieles en constante peligro, como lo demuestra la prisión de Pablo en Damasco. Y fuera de los términos de la Tierra Santa, apenas se tuvo noticia de la nueva religión, la situación se volvió peor todavía. Nerón inauguró la serie de los soberanos perseguidores, y su acción no se limitó a Italia sino que se extendió a todo el mundo conocido. Medítese un instante en la clásica frase de Tertuliano: "La sangre de los mártires es semilla de cristianos". Las generaciones de creyentes que iban surgiendo nada podían esperar del Estado, más que las torturas y la muerte. No poseían templos, y fuera de algunos períodos de tranquilidad ni siquiera podían reunirse libremente; toda sospecha de culto se traducía en amenazas cuando no en realidades aterradoras. Una parte de la vida de los cristianos transcurría en la oscuridad, difícilmente podían ocupar cargos públicos, hasta sus alegrías familiares estaban veladas a los ojos de la muchedumbre. Para el cristiano libre cada esclavo constituía un peligro de denuncia, para cada esclavo cristiano el amo pagano era una espada de Damocles suspendida sobre la cabeza. Durante trescientos años el cristianismo ignoró no sólo todo privilegio sino toda igualdad, y fué en este período cuando se extendió hasta más allá de los confines del Imperio. Ni uno de los grandes escritores cristianos de aquella época soñó en requerir privilegios, para la predicación del Evangelio, pidió sólo —y rara vez la obtuvo—, la libertad. Y desde el llano, y a veces desde el fondo del abismo, conquistó las almas: "somos de ayer, escribía en el siglo tercero el mentado Tertuliano, somos de ayer, y llenamos todo lo vuestro, los foros y los mercados, las ciudades y los campos, tan sólo os dejamos vuestros templos". Todo esto, que es verdad, se debe a un apostolado llevado a cabo por personas a quienes las autoridades civiles, lejos de favore-

cer, molestaban cuando no suprimían. De esa acción al parecer desamparada por todo poder que no fuera el divino surgió la Iglesia, con sus organismos, sus concilios, sus Santos Padres, sus didascaleos o escuelas. Y si, iniciado ya el siglo IV, Constantino la reconoció oficialmente, fué porque ella constituía una realidad inmensa, a la que no se podía despreciar, ni era justo perseguir. La falta total de privilegios no constituyó un obstáculo para que la Iglesia progresara espiritualmente, y realizara la obra más espléndida de su historia.

Desde entonces hasta nuestros días la Iglesia, en muchos países y muy diversas épocas, se ha encontrado en circunstancias parecidas. Básteme recordar entre otras cien lo acontecido en Méjico durante la presidencia de Calles y sus inmediatos sucesores. Mientras los privilegios otorgados por gobiernos anteriores sólo habían servido para conservar determinados procedimientos que nada tenían de apostólicos, los gobernantes citados adoptaron una actitud francamente persecutoria. Hubo encarcelados, despojados y muertos, se privó a la Iglesia hasta de sus templos, los sacerdotes hubieron de ocultarse para ejercer su ministerio, y cada acto colectivo de culto exponía a las peores consecuencias a quienes participaran en él. Y sin embargo, ese período tan luctuoso, en que al parecer la Iglesia de Méjico se hallaba en trance de muerte, produjo una reviviscencia extraordinaria de la fe, el clero sintió encenderse su celo, desde el llano ejerció, acompañado por laicos admirables, un apostolado heroico, y ésta es la hora en que el catolicismo posee en Méjico un vigor que nunca tuviera desde la independencia nacional. Con todo lo cual no pretendo en modo alguno demostrar que la Iglesia no tiene derecho a ser reconocida como única religión verdadera por el Estado, sino que la falta de este reconocimiento no constituye para ella un riesgo mortal, y que puede bastarle, y aun sobrarle, la simple libertad para llevar infinitas almas a Cristo.

PERO para tal tarea es indispensable llenar ciertas condiciones.

Recuerdo haber oído al P. Gabriel Palau S. J., el eminente sociólogo cuya muerte no acabamos de lamentar, el siguiente apólogo. Acontece, decía, que ciertos hombres de Iglesia se parecen a comerciantes establecidos tiempo ha en un barrio. Todo el mundo los conoce, tienen su clientela tradicional, su fama establecida por largos años de servicio, y se sienten seguros de que nada ni nadie podrá desalojarlos. Por lo cual no sueñan en hacer propaganda, se quedan sentados en espera de los compradores: *están en posesión*, y miran con lástima al nuevo expendedor de los mismos géneros que acaba de abrir su casa. Este no tiene clientela, pero se esfuerza por conseguirla, saluda a las gentes, se muestra gentil, distribuye prospectos, hace rebajas, y paulatinamente va restando compradores al viejo comerciante anquilosado en procedimientos que ya no tienen curso y que, confiado en el ayer, cree seguro el mañana. *La posesión puede perderse*, y de ello hay mil ejemplos en la historia.

Los privilegios ofrecen siempre, a la par de beneficios inmediatos, el peligro que acabo de señalar. Por lo cual es necesario proceder, cuando se los tiene, como si no se los poseyera. Agregaré que en nuestros tiempos los privilegios son ilusorios contra la penetración de las doctrinas heterodoxas: el cosmopolitismo implica roce con toda categoría de personas, y por lo tanto de doctrinas, y sería necesario establecer un régimen como el de la U. R. S. S. para impedir —y aun Dios sabe con qué eficacia— la entrada de ideas distintas de las oficialmente admitidas.

En último análisis, la Iglesia ha podido vivir perfectamente por sí misma y sin exigir que se pongan trabas civiles a las doctrinas heterodoxas. Y las condiciones políticas que rigen en el mundo casi entero la obligan a encarar hoy esta situación con la misma serenidad y objetividad con que muchas veces lo realizó en el decurso de los siglos.

Contra la libre expansión de doctrinas heterodoxas la Iglesia debe contar ante todo con la difusión y sólido conocimiento de las suyas: la ignorancia de los católicos, según podemos comprobarlo en un caso de actualidad, les hace admitir objeciones y argumentos contra la fe católica que son baladíes y carecen de la menor consistencia. Muchos, demasiados son los que saben oraciones pero no saben orar, los que conocen vidas de santos canonizados... o por canonizar, pero ignoran qué son las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad; los que van o, si son jóvenes son llevados, a misa, pero desconocen su sentido comunitario; los que hallan en la piedad una satisfacción de sus apetitos sentimentaloides pero nunca desde su primera comunión han tomado contacto con la doctrina; los que enseñan religión pero jamás han seguido un curso o estudiado un libro de pedagogía religiosa; saben referir milagros más o menos auténticos pero están horros hasta de la menor noción acerca de la historia de la Iglesia: han leído devocionarios más o menos faltos de sustancia, pero ni una sola página del Evangelio. De ahí, por ejemplo, que el ruidoso pastor Hicks haya podido reunir asambleas de decenas de miles de personas, en su mayoría católicas, que no han pestañeado ante las fórmulas heréticas más perceptibles; de ahí que una hoja conteniendo ataques a la religión de tipo protestante, cuya endeblez y falsificaciones de la Biblia son palpables, haya hecho vacilar gentes que sin embargo han recibido instrucción religiosa en establecimientos destinados al efecto; de ahí que sumen millares los hombres y mujeres que concurren simultáneamente a misa los domingos y a reuniones espiritistas, ignorando la censura eclesiástica que incide sobre quienes participan en estos últimos actos. La debilidad del aspecto que podríamos llamar intelectual de la formación religiosa es la que ante todo hace permeables a los errores de toda clase esas almas, que acaban por apartarse de la Iglesia y adherir a sectas, inconsistentes para cualquier persona suficientemente preparada.

Ni los honores rendidos a la Iglesia o a sus clérigos, ni la participación del Estado en los actos religiosos, ni los beneficios del presupuesto, gozan *hoy* de eficacia desde el punto de vista del apostolado cristiano. No niego que en ciertos casos todo ello deba ser tributado a la Iglesia; no afirmo tampoco que quizás en otros siglos no haya habido quienes se aproximaron a ella por tales motivos o al menos con ocasión de los mismos; pero es evidente que hoy día no acontece así, y que a nadie se le ocurrirá ser mejor cristiano porque se conceda una guardia militar de honor a una imagen. Vuelvo a decir que no se trata, en este artículo, de un examen de los *derechos* de la Iglesia sino de una consideración de los *hechos contemporáneos*. Y éstos nos muestran que la ausencia de preeminencias, el tener que trabajar apostólicamente en el terreno llano, no impiden que la Iglesia no sólo consiga mantener sino aumentar sus fieles.

Leía yo en estos días lo siguiente, tomado de *Correo Literario* de Madrid, 15 de marzo de 1954, citado por *Didascalia* de agosto corriente, y escrito por un Sr. Julián Ayesta, a quien no tengo el gusto de conocer. Se refiere a los actuales católicos españoles y dice: "para el católico español normal, la cuestión religiosa no constituye ningún problema. No ha elegido entre varias posibilidades, ha aceptado una situación ya dada. Para él, me parece, ser católico no es, ni siquiera, posibilidad. Es más que posibilidad; es una evidencia social, un hecho natural, como tener dos piernas y una cabeza. Me parece un poco ridícula la pretensión de algunos católicos superfinos de hacer del catolicismo de aquí una religión "elegida" y no heredada. Estos superfinos padecen un curioso esnobismo de conversos... El catolicismo español sirve para aquietar, no para inquietar. Es un catolicismo mucho más útil que el extranjero... Varios siglos de Santa Inquisición terminaron aquí con el catolicismo "inquietante" y lo transformaron en un hábito, que es lo bueno. ¿Qué no hay en España literatura o pensamiento católico *moderno*? Bueno ¿y qué? Vale más la tranquilidad espiritual

de muchos millones de hombres que la vanidad de una docena de esnobs". El autor de estas líneas acumula los sofismas a placer, y yo lo mento sólo por el peligro que representaría el que semejante modo de ver las cosas se extendiera a otros países. Dejo de lado el recóndito orgullo que representa el hablar así de los demás católicos del mundo entero. Quiéralo o no el Sr. Ayesta, si bien es Cristo quien nos eligió y no nosotros a El en el sentido de ofrecernos su gracia, la aceptación o repudio de ésta constituye un acto libre, y que por ende implica elección nuestra. Y no me refiero sólo al aspecto moral del problema, a las tentaciones que asedian a todo el mundo, ya que no creo que todos los españoles nazcan confirmados en gracia. España no está ni puede estar rodeada de una muralla que cierre el paso a cuanto no sea estrictamente ortodoxo. Lo demostró acabadamente la guerra civil de 1936, y lo prueba también el hecho de que exista una fermentación que por miedo a la Santa Inquisición o a cosa equivalente, no se manifiesta, pero que se percibe cuando se habla con numerosos españoles salidos ha poco de su patria. El autor se alegra de que el catolicismo se haya convertido en un hábito, en un algo *natural*. Nunca lo es el catolicismo, esencialmente sobrenatural, y una larga experiencia demuestra cuán inconsistente sean tales hábitos apenas cambian las circunstancias externas. Pero no hay que ver en las líneas que preceden un acto de hostilidad al catolicismo español, que aquí no está en debate, sino una mentalidad extremedamente peligrosa. Consiste ella en considerar que *lo bueno* es precisamente el hábito, la costumbre, que pronto se vuelve en rutina, que no da la suficiente importancia a esa formación profunda que no abarca la sola práctica sino que pone a cada alma en contacto espiritual con Cristo, y que supone como factor esencial una instrucción religiosa que vaya mucho más allá del catecismo elemental, de modo que llegue a ser verdaderamente una vida, adaptada a todos los momentos de la existencia y útil en cualquier eventualidad.

Los errores, sobre todo si se sistematizan en una secta, son equivalentes a los microbios. He conocido y conozco personas tan temerosas de éstos, que no piensan más que en desinfectantes y en aislarse de todo posible contagio: si pudieran, vivirían, por lo menos en tiempos de epidemia, encerrados en una torre en que el aire entrara filtrado y los alimentos esterilizados. No tienen en cuenta que esa actitud puramente defensiva, actitud de *ghetto*, no lleva más que a la derrota final. Son los débiles quienes son vencidos por las enfermedades, y no los robustos. La religión convertida en hábito, es decir pasada de lo consciente a lo inconsciente, que no tiene inquietudes y consecuentemente no se esfuerza por ahondar en el conocimiento de Cristo ni se plantea los problemas del mundo contemporáneo para ver de buscar su solución dentro de las enseñanzas cristianas, es una religión destinada a esfumarse ante la más lève oposición doctrinaria. Si aun en plena Edad Media, a pesar de que el ambiente profundamente católico educaba desde la niñez a los hombres, pudieron surgir herejías arrasadoras como el catarismo, el albigenismo, etc., que llevaron tras sí a centenares de miles de almas, y fué necesario acudir a métodos nuevos para mantener la contextura espiritual de los fieles, fácilmente se comprenderá que hoy día la sola preservación por medio de una acción separadora no salvará de contaminaciones doctrinarias. Ese negativismo es ruinoso.

Hace muy pocos meses Mons. Weber, obispo de Strasburgo, en una pastoral a sus diocesanos, y refiriéndose a determinadas actividades protestantes, decía: "Podemos también aprender del adversario. La primera lección que nos dan las sectas es la del celo propagandista y de la generosidad pecuniaria... Una segunda enseñanza concierne al carácter y la vida comunitaria en nuestras parroquias. Muchas gentes son extraviadas por las sectas porque éstas en sus reuniones traen una experiencia vital de fraternidad ...una exposición viviente de la palabra de Dios, un servicio cultual interesante. Nuestras parroquias podrían ha-

EN ESTE NUMERO:

Colocándose en el terreno de los hechos, en el cual no se le reconoce a la Iglesia, en general, la posición de privilegio que en doctrina pura le corresponde, Mons. GUSTAVO J. FRANCESCHI *se pregunta si es posible realizar apostolado en esas condiciones. Y llega a la conclusión de que, en la hora actual, por la disposición de los espíritus y las prácticas legales, la Iglesia ha de realizar su difusión de la doctrina de Cristo en situación de igualdad con respecto a los otros credos. Para la eficacia de su apostolado no bastan las campañas rápidas, las cruzadas entusiastas: sólo es eficaz la acción continuada, serena y profunda.*

Nuestro mundo, que ha rodado por la pendiente de la guerra total hasta casi los abismos, se encuentra frente a otro dramático problema, afirma ANDRÉ LATREILLE *en la segunda parte de su "Balance de dos guerras", iniciado en el número anterior de CRITERIO: la extrema dificultad de restablecer la paz de la comunidad de las naciones.*

Lo que se ha dado en llamar el problema sexual cobró actualidad con Freud. Pero ¿existe en realidad este problema? ALBERTO PESCE, *que no pretende negar la realidad de los desórdenes sexuales, busca determinar si éstos llegan a configurar problema o si existe un problema de esta índole congénito en el hombre. Y concluye que, si hay problema, es el hombre mismo quien se lo ha creado.*

El cine, como arte, está lejos de ser realista, desde que aun en el plano técnico nos ofrece cosa distinta de la simple reproducción del mundo exterior; configura una expresión plástica que implica una verdadera metamorfosis de lo real. Equivale a un poema en imágenes. ¿Qué situaciones se plantean —se pregunta E. A. DUGHERA— *entre el cine así concebido y sus posibles servicios a la Iglesia?*

La vida de la Iglesia deberá reproducir constantemente la Pasión de Jesucristo; la pasión de la Iglesia, como la de Cristo, revestirá un doble carácter: será un testimonio y una redención. La Iglesia del Silencio, dice MAURILIO T. L. PENIDO, *con sus persecuciones y sus oprobios, igual que Cristo, salva a las almas muriendo por ellas, y como Cristo, triunfa cuando todo parece perdido.*

En Documentos, *"La Iglesia en el mundo moderno", importantísima declaración de la Asamblea Plenaria del episcopado francés. — Diversas notas de actualidad, en* Referencias, *por* MARIO BETANZOS. — ROMUALDO BRUGHETTI, *en* Artes Plásticas, *comenta la exposición de Arte Sacro actual y otras muestras pictóricas. — La crónica teatral y cinematográfica, a cargo de* JAIME POTENZE *y* SYLVIA POTENZE. — *A la reciente versión de "El Mesías", de Handel, se refiere, en* Música, JORGE FONTENLA; *y* JUAN ANDRÉS SALA *a "Amelia al Ballo" y "El Rapto de Lucrecia", dos óperas estrenadas en el Colón. — Y las habituales secciones de* Información, De nuestros lectores *y* Libros.

Balance de dos guerras

ANDRE LATREILLE

Pau.

II

LAS DIFICULTADES DEL RETORNO A LA PAZ

SI nuestro mundo ha rodado por la pendiente de la guerra total casi hasta los abismos, se encuentra por otra parte frente a otro fenómeno dramático, que es la extrema dificultad de restablecer la paz de la comunidad de las naciones.

ESPERANZAS Y ESFUERZOS DE LA PRIMERA POST-GUERRA

ENTRE 1914 y 1918, a través de las peores pruebas de la primera guerra, un sentimiento común, una certidumbre voluntaria sostenía a todos los combatientes: de esa guerra a la cual la fatalidad los había arrojado, ellos sabrían hacer la última guerra; asegurarían la tranquilidad de las generaciones futuras por una paz justa y definitiva. Esa hermosa esperanza descansaba sólidamente sobre dos clases de argumentos: la experiencia de los combatientes y las solemnes promesas de los gobernantes.

La experiencia, consistía en la crueldad, en la evidente absurdidad de la guerra, en la inexorable fatalidad que impedía en adelante limitar la guerra, sea en extensión, sea en sus crueldades. Uno de los jefes del ejército victorioso, el general Debeney, escribió:

"Se puede decir, sin riesgo de seria contradicción, que la guerra revelada por la campaña 1914-18 ha planteado la cuestión de la supresión de la guerra; ésta se ha mostrado tan mortífera, tan devastadora y, sobre todo ha probado tan perfectamente su virtud de progresividad mortífera y devastadora, que se ha clasificado definitivamente a la cabeza de las peores plagas, de las que asuelan sin misericordia comarcas enteras y cuyas secuelas... castigan por largos años continentes enteros. En la actualidad, por otra parte, el agente principal de la guerra es el material. ¿Qué otra cosa esperar del material que un determinismo brutal e implacable? Pero no es fácil suprimir la guerra..."

El nuevo motivo de esperanza era en 1918 la promesa de una transformación de los métodos diplomáticos, de la acción de los hombres de Estado comprometiéndose a negociar en adelante a plena luz, bajo el constante control de una opinión mundial a la que pedirían la aprobación de los principios directivos de su actuación en favor de la justicia internacional. Las prodigiosas resonancias que a través del mundo entero despertaban los Catorce Puntos del presidente Wilson

---

llar ahí un ejemplo: la vida comunitaria debe ser amable, fraternal, amistosa. Nuestras misas y celebraciones han de ser inteligibles y vivientes. Los fieles deben tomar parte activa en la oración, la lectura, el canto; hace falta además, llevarlos a leer la Biblia, sobre todo el Evangelio, en ediciones católicas. Así podrán ser orientadas la educación religiosa, la predicación, las reuniones y círculos de estudios de la Acción Católica".

Por ahí se distingue la formación a que me refiero de la instrucción puramente libresca. Esta carece de eficacia benéfica. "Que se refiera a la vida del cuerpo o a la del espíritu, decía Bergson, la inteligencia puramente raciocinante procede con el rigor, la dureza y la brutalidad de un instrumento no destinado a ese uso. La historia de la higiene y la pedagogía enseña mucho a este respecto". Los círculos de estudios que antiguamente conocí en Francia llevaban por lema "la ciencia para la acción". Aquí por acción no se entiende sólo la que dice relación con los hombres individualmente considerados o con la sociedad en cuanto tal, sino ante todo la del hombre puesto en presencia espiritual de Dios, o sea la oración: ésta es alimentada por el conocimiento, porque "lo que previamente no se conoce, no se ama". Agregaré que ni siquiera las medidas disciplinarias adoptadas internamente por la Iglesia tienen gran valor cuando los fieles no poseen la disposición espiritual a que me he referido, porque sólo entonces las reciben, no como una amenaza, una molestia o un acto gratuito de voluntad, sino que las comprenden como una disposición necesaria para el bien común. En aquel caso se trata de almas pasivas o rebeldes, perfectamente inútiles para cualquier acción; tan sólo en el segundo se está en presencia de seres capaces de colaborar al indispensable apostolado. La ciencia teológica pura, aún la más subida, si va separada del fervor espiritual, resulta vana. Voltaire o Gide la poseían, y ya se ve lo que de ella hicieron.

De todo lo dicho se sigue que, infinitamente más importante que la preservación en un caso dado por medio de una campaña necesariamente transitoria, es la acción apostólica difusiva, continuada, penetrante. Esta, a veces, como en nuestros países de Occidente, puede ser paladina y abierta, en otros, como en las regiones que se hallan detrás de la cortina de hierro, se ve condenada a ser oculta, hasta secreta. Así también lo fué en los primeros siglos del Imperio Romano; de ninguna manera pierde por ello su eficacia. Lo que importa es la creación de un ambiente normal cristiano. Esta necesidad se expresa por doquiera. El 4 de julio ppdo., el cardenal Gerlier, Legado del Sumo Pontífice al Congreso Nacional Mariano de Francia, celebrado en Lyon, en el discurso de clausura dijo entre otras cosas lo siguiente: "lo he manifestado ya repetidas veces, la gran consigna del año mariano tal cual la define el Papa en la encíclica *Fulgens Corona* es para todos los cristianos la voluntad de un cristianismo más auténtico, que no se limite a fórmulas o a gestos, que se exprese mediante un ejercicio valeroso y leal de las virtudes sin las cuales no se es discípulo de Jesucristo. ¡Desaparezcan pues los catolicismos de fachada: un amor verdadero de la Virgen debe engendrar un amor verdadero de Nuestro Señor Jesucristo!". Pero no se trata aquí sencillamente de las virtudes morales: castidad, generosidad, prudencia y otras similares, sino de las teologales de fe, esperanza y caridad. Como no se trata tampoco de la simple cantidad que en el cristianismo es secundario, sino de la calidad: nada se gana con oír diariamente seis misas en lugar de una si se carece de la conciencia de lo que es la misa; y es ridículo contentarse con orar dentro de una capilla por la salvación de las almas cuando pudiendo hacerlo no se lleva a cabo un solo gesto para traer una de ellas a Cristo, o, por descuidada ignorancia, las palabras que se pronuncian son tales que alejan a los espíritus de la Suprema Verdad en lugar de aproximarlos a ella.

Dentro del ambiente contemporáneo, —y a éste solo me refiero— es necesario que los hombres de la Iglesia se convenzan de que no deben aguardar situaciones de privilegio para difundir la doctrina de Cristo. La situación prácticamente mundial de hecho, la disposición generalizada de los espíritus, las prácticas legales, todo conduce al terreno llano, al apostolado dentro de la igualdad de condiciones para todos los predicantes. Tampoco debe nadie contentarse con *campañas* rápidas, con *cruzadas* entusiastas: la única acción posible es la continuada, serena y profunda. Y si esto no se acepta, habrá que renunciar a obtener la audiencia del pueblo. Este, *hoy*, tiene poca fe en los que van a él armados con una diferenciación que les es provechosa. Vemos que en los países en que las circunstancias obligan a emplear de nuevo los métodos propios de los apóstoles, la fe se difunde, y múltiples detalles nos llevan a la convicción de que quizás, en ciertas naciones, bajo la apariencia de los privilegios existe un alejamiento real.

¡Que Dios nos ilumine, para que sepamos hacer conocer y amar a Cristo! ✥

atestiguaban que, bajo la conducción de la mayor potencia mundial, la humanidad podía por fin entrar por el camino de la salvación. Hasta los técnicos llamados a tomar parte en la Conferencia de paz convocada en París no rehusaban compartir en alguna medida la esperanza universal. Uno de ellos, Harold Nicolson, joven funcionario del Foreign Office, que por su origen y su medio hubiera debido ser refractario a ese género de embriaguez, ha explicado por qué también él sacrificó a la hora que se vivía cuando llegó a Francia. Precisamente porque había tenido el cuidado de releer los libros de historia relativos al Congreso de Viena, Harold Nicolson se jactaba de comprender exactamente los errores cometidos por los "aristócratas reaccionarios del Antiguo Régimen" y tenía por imposible que en la atmósfera y circunstancias de 1918 se recayera en ellos:

"Lo que para nosotros el wilsonismo tenía de apasionadamente interesante era el hecho de que ese milenario sueño se veía repentinamente apoyado por los irresistibles recursos de la potencia más fuerte del mundo. En Wilson veíamos al hombre que encarnaba la fuerza material más grande que hubiera existido y que, al mismo tiempo, se había comprometido abiertamente a sostener las más ambiciosas teorías morales que ningún hombre de Estado haya jamás afirmado... Era la primera vez en la historia que se encontraba a un hombre en posesión, no sólo del deseo, sino de la posibilidad de imponer al mundo tales ideas. Nunca un filósofo había estado en posesión de tales armas para constreñir a los príncipes de la tierra..."

La desilusión debía ser completa. Trajo una excesiva reacción: la regulación de la paz de 1918-19 ha sido criticada desmedidamente. Se ha acribillado de flechas a los diplomáticos y los técnicos de la Conferencia de París; se ha denunciado su lentitud, su ignorancia, sus prejuicios, su intransigencia, su irrealismo, y qué sé yo cuantas cosas más. No es ocasión de justificarlos en todos los puntos. Sin embargo, a la distancia, cuando se relee los recuerdos de Clemenceau, de Tardieu, de Poincaré, etc., no es posible dejar de tributar homenaje de admiración a su encarnizada voluntad de construir la paz. Ni se puede discutir que cumplieron su tarea en un tiempo relativamente corto. En seis meses fué elaborado y firmado el Tratado de Versailles (28 de junio de 1919), pieza principal de los instrumentos diplomáticos que volvían a dar base jurídica cierta a las relaciones entre beligerantes, y la Carta de la Sociedad de las Naciones llamada a formular un derecho de gentes que garantizara para el porvenir la pacífica regulación de los conflictos.

Y todo eso en medio de la mayores dificultades. Pues una de las consecuencias del sistema de la guerra total es la de hacer extraordinariamente peligrosa la "reconversión" de un país enteramente movilizado. Singular empresa la de devolver a la vida civil millones de hombres, ex-combatientes o prisioneros que salen sobreexcitados de sus pruebas, irritados de no recuperar inmediatamente las condiciones de vida normales y aun la felicidad de compensación a la que tendrían derecho. Paradoja la política que obliga a mantener al adversario vencido en su impotencia, impidiéndole deslizarse hacia el caos revolucionario hacia el cual amenazaría arrastrar a todo un mundo enfermo. Pretensión sobrehumana la que consiste, en medio de las pasiones encendidas, si no restablecer el reino de la justicia, al menos hacer prevalecer el espíritu de transacción y de cooperación social e internacional. El mismo diplomático, al que acabamos de ver iniciando sus tareas con tan ardiente exaltación, ha narrado en su diario cómo, haciendo la paz, vió que la Conferencia de París no sería el modelo entrevisto. "La doble obsesión del ruido y de la fuga del tiempo" presidió su desarrollo, hasta el punto de privar a sus miembros de toda posibilidad de reflexión. Decir que esos seis meses de negociaciones fueron un período de incesante tensión sería, dice, emplear un término demasiado suave; habría que reconstituir, como un acompañamiento de film sonoro, el "estruendo y el movimiento constante" que acosaban, que ensordecían a los artesanos de la paz: clamores de los diarios "cuyas titulares tronaban juntas con los charlatanes de París", violencias disonantes de las reivindicaciones lanzadas por multitudes de comités y de movimientos, voz fría de los intérpretes que significaban el desacuerdo de tal o cual delegación nacional, "visión de los millares de hambrientos de la Europa central, de las colas de prisioneros impacientes detrás de las alambradas de púas, de los incendios del comunismo levantándose unas veces de Munich y otras de Budapest". Y detrás de todo eso, el compás del tiempo que corre, el agotamiento y la desesperación:

"Bajo la presión de la controversia, bajo la compulsión del tiempo, perdíamos todo contacto con la estrella que nos había guiado... Seguíamos murmurando nuestras viejas fórmulas con la esperanza de que ellas tuvieran todavía alguna relación con nuestros actos. Por contados momentos nos decíamos a nosotros mismos: esto es injusto...; la más de las veces nos decíamos: Más vale un mal tratado hoy que un buen tratado dentro de cuatro meses".

No es mi propósito discutir aquí los méritos o las imperfecciones de la paz de Versailles. Lo que querría retener es que, no obstante muchos pasos en falso, la primera post-guerra ha sido un tiempo en que se hicieron grandes esfuerzos, en París primero, luego en Ginebra, para construir la paz. Hasta en su desilusionado retiro, el viejo Clemenceau creía poder asegurar que los hombres de 1919 la habían logrado: persistía en saludar en los tratados de París "un ensayo de pacificación durable", "alguna cosa de nuevo", que ponía por primera vez en la historia los puntales para un firme establecimiento de la justicia entre los pueblos que, hasta entonces, no habían vivido sino de violencias".

LA BANCARROTA DE LA PAZ

En realidad, a la hora en que Clemenceau escribía esas palabras (1930) se anunciaba ya la bancarrota de la paz. Doble bancarrota: de la Sociedad de las Naciones para organizar la seguridad; de las tentativas para asegurar la cohabitación en Europa de los vencedores y vencidos y la armonía de relaciones entre las nuevas nacionalidades. Pero ese doble fracaso, si tuvo causas múltiples, era sobre todo el fruto de un doble desaliento. La Sociedad de las Naciones estuvo, casi desde sus orígenes, afectada de impotencia por la defección y la abstención de los Estados Unidos: en ausencia de esta nación, podía tratar de evitar las guerras, pero no estaba en condiciones para promover la paz. En cuanto al pueblo que, es necesario decirlo, por más tiempo y quizá hasta con una cierta ingenuidad, se ha obstinado en trabajar en y para la Sociedad de las Naciones, quiero decir Francia, se cansó de llevar en Europa el peso de responsabilidades inauditas en medio de la resurrección de los nacionalismos exasperados. Después de haber vacilado entre una concepción estricta de la justicia que dictaba severas exigencias con respecto a los responsables de la guerra y una concepción mesiánica de la paz en la igualdad de los pueblos, se cansó de luchar contra su fatiga y cayó en el abandono de sus grandes esperanzas.

LA SEGUNDA POST-GUERRA

Al final de la segunda guerra mundial parecía mucho más fácil que en 1918 el camino hacia la paz.

Por una parte, para los vencedores el terreno estaba enteramente libre. Los enemigos, los alemanes en Europa, los japoneses en Oriente, habían capitulado sin condiciones. El Reich totalmente ocupado, dividido, desmoralizado, era incapaz de oponer resistencia u objeción. La Europa central y balcánica parecía una tabla rasa: algunos gobiernos en el destierro, movimientos de patriotas divididos entre sí reclamaban el restablecimiento de sus países, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, pero no podían esperarlo sino de las decisiones

de los Grandes, dueños absolutos de las condiciones de la paz.

Por otra, los Tres Grandes se manifestaban resueltos a aprovechar de la lección de 1918, decididos a evitar cualquier división entre los Aliados y a atenerse firmemente a los principios morales que habían formulado después de la Carta del Atlántico, definidores de sus propósitos de guerra. La misma multiplicidad de las conferencias realizadas entre los tres jefes de Estado, de Teherán (diciembre de 1943) a Yalta (febrero de 1945) y a Postdam (julio-agosto de 1945), sea entre los plenipotenciarios encargados de echar las bases de la nueva organización de las Naciones Unidas, a Dumbarton-Oaks (octubre de 1944) y San Francisco (junio de 1945), lo atestigua; los vencedores entendían "mantener y reforzar en la paz futura la unidad de propósitos y de acción" que había permitido liberar al mundo del nazismo. Era para ellos, según la declaración de Yalta, "una obligación sagrada que nuestros gobiernos han contraído con respecto a nuestros pueblos y al mundo entero".

De hecho, ha habido un dominio donde el acuerdo de los vencedores no se ha desmentido y se ha cumplido con eficacia: el juicio de los criminales de guerra, generalmente considerado como un indispensable prefacio para la formación de un orden jurídico internacional, ha sido realizado con notable diligencia y en constante acuerdo de los Cuatro Grandes. En 1918 se había fracasado en ese punto. En vano la prensa o las tribunas parlamentarias habían resonado con sus clamores exigiendo el castigo de los culpables de guerra: los hombres de Estado, los ingleses sobre todo, se habían cuidado de apresurarse a actuar, escépticos probablemente sobre la posibilidad de hacer suficiente justicia en una materia tan compleja como la de las responsabilidades internacionales. En 1945, por el contrario, ninguna hesitación por parte de los gobernantes aliados. Desde el 8 de agosto, las cuatro potencias ocupantes en Alemania: Estados Unidos, Gran Bretaña, U.R.S.S. y Francia, firman un acuerdo decidiendo la formación de un tribunal militar internacional encargado de juzgar a los grandes criminales de guerra de las potencias europeas del Eje. El tribunal de Nuremberg instruirá con cuidado y respeto innegables de las formas jurídicas y llevará a término el proceso de las principales personalidades y de las más temibles organizaciones del régimen nazi. Se hubiera podido creer que cumpliendo de esa manera su misión, el tribunal daría satisfacción a los clamorosos requerimientos de la conciencia colectiva. El sentimiento general, en el momento de la desaparición del nazismo, era el que expresaba el delegado de Francia en Nuremberg, de que no podía establecerse una paz durable sino sobre el reconocimiento de ciertas reglas de moral internacional, y que sería vano esperar el advenimiento de una moral internacional si los que habían premeditado una guerra de agresión y acumulado los más odiosos crímenes, no eran primero declarados culpables. Ahora bien, por una suerte de fatalidad, la acción más sostenida para despejar el camino de la paz, es hoy la más desacreditada de todas. Forzoso es reconocer que el esfuerzo de Nuremberg, como las decisiones tomadas por las autoridades americanas con respecto a los jefes políticos o militares japoneses, no han apaciguado la conciencia popular, antes bien han levantado nuevos fermentos de duda, de odio y de división. Parece que desde la ejecución de las sentencias se ha producido de todos lados un encarnizamiento para subrayar el discutible carácter de dichos procesos desde el punto de vista jurídico y moral, para demostrar su inoportunidad en la hora en que importaba ahogar el espíritu de venganza entre los pueblos como entre los individuos. Claro está que los inevitables errores cometidos en Nuremberg, la hipocresía de los vencedores que juzgaban como si siempre hubieran tenido cualidad para decir el Derecho, han suministrado a los vencidos muchos argumentos para sostener que la paz que se les preparaba era una "paz cartaginesa" o, en moderno estilo jurista, una "paz etíope". Algunos han llegado hasta insinuar con desenfado que el nazismo vencido había conquistado ideológicamente a los vencedores. Audaz inversión de los papeles y, a pesar de ciertas apariencias, insostenible. Pues en fin, para honor de los países que se contaron como los más ardientes partidarios del sistema de los procesos de guerra, es necesario destacar que es en Inglaterra y en los Estados Unidos donde más se ha proseguido la crítica y confesado los errores. El escritor británico Mongomery Belgion ha publicado en Chicago en 1949 una obra de hermosa lealtad, en la que no teme preguntarse si, dando al mundo el espectáculo de "la justicia de los vencedores", los occidentales no habían obrado de manera "que una vez más una gran guerra terminaba sin colocar el paso de la humanidad sobre el verdadero camino de la paz".

De esa manera, en ese problema prejudicial, en el que, sin embargo, el acuerdo de los Aliados no se desmintió, el mundo pasó al lado de la pacificación. Con mayor razón, en el terreno propiamente político y diplomático, la paz ha faltado a partir del día en que los occidentales se encontraron frente a la revelación de los cínicos designios soviéticos. Mucho se ha reprochado a Roosevelt —y en su propio país— de haberse contentado en Yalta con seguridades muy imprecisas, de haber aceptado como válidas las proclamas de Stalin sobre "la liberación de todas las naciones mantenidas en la esclavitud y el restablecimiento de sus derechos soberanos" o sobre " la restauración de las libertades democráticas". Hoy nos parece claro: de Yalta a Potsdam, los americanos carecieron de prudencia, por ignorancia, por lasitud (pues desde la victoria la opinión reclamaba imperiosamente una inmediata desmovilización), por exceso de confianza en la camaradería de la Gran Alianza y en la que se forjaría en la O.N.U., dejaron al ejército rojo precederlos en Europa danubiana, en particular en Praga. Afectaron creer en una comunidad de principios entre ambos regímenes económicos y sociales radicalmente opuestos. Pero la radical división, frente a la cual menos de dos años después de Potsdam se encontraría el mundo, igualmente se habría producido, aunque sobre otras bases, si los americanos hubieran sido más prudentes, quizá más bien si hubieran sido más intransigentes.

FRACASO DE LAS TENTATIVAS DE ORDEN INTERNACIONAL

HOY puede establecerse el balance de la segunda post-guerra, en tres grandes líneas, de la siguiente manera:

1) Imposibilidad de fundar la paz sobre tratados formales. Cinco tratados solamente fueron propuestos en común por las "potencias aliadas y asociadas": los concernientes a Italia, Rumania, Finlandia, Hungría y Bulgaria, firmados en febrero de 1947. Notemos que en ese momento acababa para Italia el régimen del armisticio después de cuatro años, para los satélites del Reich después de tres. Luego, jamás hubo acuerdo. No se lo busca siquiera ya para Austria y Alemania, campo cerrado de la oposición entre el Occidente y el Este. De tanto en tanto, se oye hablar de la eventualidad de una negociación entre los Cuatro, pero cada uno sabe que debe resignarse a vivir con el arma al brazo en Berlín y en Viena, en una especie de tregua que no es ni el armisticio ni la ocupación concertada, sino una mutua vigilancia entre vencedores enemigos, más peligrosa que cualquier otra paz armada de tiempos antiguos.

2) Imposibilidad de realizar una coperación activa de las naciones en la O.N.U. La nueva sociedad de las naciones pareció mejor asentada que la primera. Ante todo porque la Carta de 1945 que la funda es, a diferencia del *Covenant* de 1919, independiente de las futuras convenciones de paz. Luego porque se habían imaginado ingeniosas disposiciones para evitar la parálisis que la regla de la unanimidad había impuesto al organismo ginebrino. Por último, porque habiendo encontra-

do en su cuna la presencia de los Estados Unidos y de la U.R.S.S., lograba agrupar a casi todas las naciones: a fines de 1948, sobre 72 países existentes en el mundo, solamente 14 no estaban representados, de los cuales los vencidos (Alemania, Italia y Japón) y algunos aislados (España, Suiza, el Eire, etc.). A pesar de esas favorables condiciones, la O.N.U. no se ha revelado como una máquina sensiblemente más eficaz que la antigua Sociedad de las Naciones, y hoy en sus asambleas generales chocan las dos grandes corrientes ideológicas que se afrontan por todas partes a través del mundo.

3) Imposibilidad aun de obtener una suspensión universal de las armas. Si Europa se encuentra hoy, ocho años después de la capitulación alemana, en una posición intermedia entre la guerra y la paz, no señalada por hostilidades, en desquite la zona de contacto entre el Pacífico y Asia ha visto constantemente encenderse inmensos focos de incendio. Se puede alegar que las batallas que se han desarrollado en China hasta el triunfo de los comunistas en 1949, las que castigan a Birmania, Malasia, Viet-Nam no representan episodios de un conflicto internacional, sino perturbaciones civiles: de modo que en China, por ejemplo, la intervención directa de los organismos constituídos para el establecimiento de la paz hubiera sido injustificable desde el punto de vista del derecho de los pueblos a dirigir libremente sus asuntos internos, mientras que en las dependencias británicas o francesas los gobiernos responsables han tratado hasta ahora de mantener a sus operaciones el carácter de acciones de policía interna. Sin embargo, además de que cualquier guerra civil pide inevitablemente intervenciones externas, el encadenamiento de esas guerras, su agravación, sobre todo las trágicas luces que la guerra de Corea ha arrojado desde junio de 1950 sobre la situación en Asia, todo eso nos prohibe tratarlas como simples contragolpes del desequilibrio internacional. Se trata ciertamente de *una* "guerra fría", de aspectos diversos de un conflicto internacional en el que dos potencias que dominan al mundo se encuentran implicadas, pero que rehusando confesar su ruptura, se aplican a limitar su participación, no comprometiéndose a fondo.

¿PAZ BELICA O GUERRA FRIA?

¿ESTA guerra fría es el sustituto o la preparación de la guerra total?, se preguntaba a fines de 1950 Raymond Aron. ¿Es un combate abierto, pero localizado a fin de reducir los estragos de la violencia? ¿o una especie de toma de posición de las fuerzas con vistas a la explicación definitiva? Vivamente impresionado por la rápida agravación de la guerra de Corea al cabo de algunos meses, Aron estimaba que la alternativa tradicional de los hombres de Estado, la guerra o la paz, no tenía ya curso. Para no forzar nada, decía que una parte de la distancia que separa la paz bélica de la guerra total había sido franqueada. Se inclinaba a concluir que el engranaje de las guerras encadenadas, en el cual el mundo estaba atrapado, nos ponía en el umbral de una tercera guerra mundial, de la cual importaba definir sus objetivos, si no se quería dejarse arrastrar hasta el cabo de la "guerra hiperbólica".

Actualmente sabemos que en los Estados Unidos una parte no despreciable de la opinión cree efectivamente comenzada la tercera guerra mundial, y traiciona una nerviosidad, aun un fanatismo característico de la mentalidad de los tiempos de guerra. Hace sólo cuatro años que un americano como Bedell Smith, que conoce relativamente bien la U.R.S.S., podía explicar las singularidades del régimen soviético por el sentimiento de miedo en el que los dirigentes mantenían a la opinión con respecto al Occidente. Ahora el contagio del miedo parece ganar al pueblo que conservaba las mejores razones para fiarse de la superioridad de sus fuerzas, el más confiado en su porvenir, el pueblo americano. Signo alarmante: ni el mundo comunista, ni el mundo capitalista estarían inmunizados contra el miedo. El miedo que tan fácilmente se transforma en una "hoguera de pánico histérico"... el miedo capaz, tanto en el hombre cuanto en el animal, de desencadenar inconsiderados reflejos de agresión...

RESTAURAR LA PAZ PARA SALVAR LA CIVILIZACION

DE este modo, al término de este análisis, las nociones de paz y de guerra, relativamente claras en otro tiempo, esencialmente antitéticas, susceptibles de soportar una definición y de ser el objeto de un juicio moral, parecen haberse oscurecido. Nuestra generación, que ha hecho dos veces la experiencia de la guerra total, no ve ya sino la espantosa crueldad, la vanidad de los debates armados. No solamente teme como sacrílego el empleo de la palabra cruzada, sino que iría casi hasta dudar en cualquier hipótesis de la legitimidad de la guerra, puesto que al fin la guerra no conduciría ya a la paz. No tiene ya delante de ella la perspectiva de una paz cierta, que podría ser, en un sentido al menos aproximado, la tranquilidad en el orden de que hablaban nuestros teólogos.

¿La dejaremos en sus confusiones, en su desesperanza? Porque han visto la bancarrota de sus esperanzas en la primera y luego en la segunda post-guerra, porque el escepticismo les ha enseñado a dudar de todo y hasta del heroísmo bajo pretexto de que Plutarco habría mentido, porque las dificultades materiales y morales de la reconstrucción en el plano individual, familiar, nacional y supranacional los desbordan por todas partes, los pueblos tendrían sin duda alguna excusa para ceder a su fatiga. Pero ¡qué suprema bancarrota sería y qué paradoja dejarlos "acostumbrarse a la idea de la guerra, como en la Edad Media lo era la idea de la peste o del hambre", justamente en la hora en la que los progresos inimaginables de las técnicas ponen en sus manos posibilidades de acción casi infinitas!

Vemos bien, sin embargo, la inmensa aspiración de esas muchedumbres a una paz cuyo secreto no tienen, pero cuya pasión conservan. Se reúnen para su defensa en grandes movimientos que marchan a tientas. Se esfuerzan por reclamarla a sus dirigentes. Y desde ya podemos destacar que en el seno de los países que las dos guerras han opuesto más trágicamente, audaces hombres de Estado han sabido dar a ese deseo una primera respuesta. Que siete años después de la cesación de las hostilidades en Occidente, haya podido entrar en funciones la primera de las instituciones llamadas a construir la Europa, que el "pool" del carbón-acero vincule a Francia con Alemania con lazos que hacen un nuevo conflicto en el Rhin, si no inconcebible, al menos prácticamente imposible, que la experiencia en curso sirva de base para una organización económica y política de Europa, hay en ello un resultado apto para contrapesar en una cierta medida la serie de fracasos que a su hora debimos registrar.

Existen pues, para nuestro tiempo, muy reales, muy ciertos motivos de confianza. Si la historia prueba, como lo ha dicho con vigor A. Toynbee, que las civilizaciones que se encuentran en un momento dado en frente de un desafío lanzado por peligros exteriores e interiores, pueden sobrevivir mientras son capaces de recoger ese desafío, afirmamos sin temor, que la decisión de voluntad salvadora no está de ninguna manera por encima de las fuerzas de nuestro mundo. Este tiene a su alcance los medios materiales. Encontrará el coraje en los recursos morales que la inspiración cristiana y humanista continúe suministrándole. ❖

(Tradujo Juan Julio Costa)

BIBLIOGRAFIA: De la inmensa bibliografía que este tema comportaría, me contentaré con citar algunas obras particularmente sugerentes: Nef (John A.), *Le Route de la guerre totale*, Colin; Churchill (Winston), *La Crise Mondiale* y los nueve primeros volúmenes de las *Memorias* de la segunda guerra, Plon; Nicolson (Harold), *Quand on faisait la paix*; Ceré, *Entre la guerre et la paix*, P.U.F.; Chardonnet, *Les conséquences économiques des deux guerres*, Hachette: Aron (R.), *Les guerres en chaine*, Gallimard; Frederix, *Washington ou Mouscou*, Hachette; Duroselle, *Histoire diplomatique de 1919 à nos jours*, Dalloz; Jean de la Robrie, *Exodes, transferts et esclavages*, Gallimard.

El problema sexual

ALBERTO PESCE

Buenos Aires.

EL título no puede ser de más actualidad. Apenas si se escribe o se habla de esta inclinación, sin tildarla de problema. Y es enfocado de muy diversas maneras. Algunos, los más osados, hasta lo discuten, tratando de aportar su granito de arena para su solución. Otros, indiferentes, no pueden evitar una sonrisa, subestimándolo, sea porque para ellos no constituye un problema, sea porque, cautivos en sus redes, ni siquiera intentan sacudírselo de encima. Y hay quienes lo alejan de sí prestamente para evitar tormentos internos.

El tema, considerado como problema, cobró actualidad con Freud. Para el famoso psicoanalista debía ser una obsesión. Da la impresión de que quisiera atribuir a la humanidad lo que él debió soportar. Nos pasa lo mismo a nosotros cuando experimentamos algún sufrimiento: dirigimos la mirada hacia nuestro alrededor, buscando a alguien atacado del mismo mal y si lo encontramos nos inunda una ola de consuelo.

La literatura posterior ha expandido la preocupación de Freud. Se lo ha atacado desde todos los ángulos. Con admirable dedicación diversos autores persiguieron sus teorías, para demostrar que la perversión natural defendida por Freud carecía de fundamento. Se buscó arrasar con esta concepción. Aniquilarla. Con la mejor intención, no cabe duda. Pero el resultado inmediato de esta lucha fué provocar un mayor interés por los problemas sexuales. La literatura sobre el particular es ingente; incluso libros enteros abocados a su solución. Así, como ejemplo, el libro aparecido en el año 1937, en París, intitulado: "Problèmes de la sexualité", donde figuran ensayos de los más eminentes psicólogos y moralistas franceses.

Pero ¿existe en realidad ese problema, o es sólo algo ambiental, educacional, temperamental, etc.? Es decir, ¿es un problema anejo a la naturaleza humana, o un problema creado por los hombres? No es que se pretenda negar los desórdenes sexuales. Nada más evidente. Sólo buscamos determinar si estos desórdenes llegan a constituirse en problema o si existe un problema de esta índole, congénito en el hombre, que da facilidad a los excesos.

Desde luego, la inclinación al sexo opuesto no es un problema que trae el hombre desde su cuna. No puede serlo, pues habría que admitir una imperfección en el Creador, al dar origen al compuesto humano pervertido ya desde su misma constitución. Un desorden en el Ordenador de todas las cosas. Un error en la misma Verdad. Una obra mala en el mismo bien. Lo que es imposible. Así como el fuego tiene por misión quemar y sería un absurdo atribuirle cualidades refrigeradoras, lo mismo al Artífice de todas las cosas, a la perfección misma, cuyo oficio es producir perfección, sería inconsecuente atribuirle una imperfección o una anormalidad.

En todo desborde de lujuria hay algo anormal. Pues si el fundamento del género humano, vale decir la vida, y la continuidad de él, está en el recto uso de las facultades procreativas, es necesario que se sometan a la razón. También a la razón la naturaleza le ha asignado una misión. La más importante, pues es la propia del hombre: dirigir. Y tratándose del fundamento de la naturaleza humana, es lógico que lo dirija la razón.

No es normal en un hombre, ni en una serie de hombres, que den a la razón un lugar mínimo y dejen para lo sensible, temperamental, lo preponderante, lo máximo. Así tiene que sobrevenir el desorden, porque se invierten los valores. Toda obnubilación de la razón trae consigo un desequilibrio pasional. Es previa al desborde de lo sensible. La incrementación sin control de las apetencias sensitivas en el hombre, supone el debilitamiento de lo espiritual. Por eso todo exceso carnal es, en el fondo, una relajación del espíritu. Es una desvitalización.

"El desequilibrio (de lo sexual) no proviene de la fuerza de una pasión, sino de la debilidad de las facultades racionales", afirma Leclerq (1). Y San Agustín es terminante: "El que afirma que la carne es la causa de la corrupción del alma, es ignorante de la naturaleza humana. La induce a pecado, sí, pero lo cierto es que el alma pecadora hace pecadora la carne. Aunque vengan de tal carne tentaciones, incitaciones, deseos, no por eso será el fundamento de pecados. Si así fuera, el demonio sería impecable" (2). En pocas palabras, la pasión adquiere fuerzas, porque la razón las pierde.

Tampoco podemos acudir al socorrido argumento del pecado original, para afirmar que Dios creó al hombre ordenado y que éste se encargó de hacer desaparecer la armonía. Es inadmisible. Porque la Redención ha vuelto todas las cosas a su prístino estado. Y si bien la fuerza directiva de la razón quedó debilitada, no por eso está anulada. Requerirá un mayor esfuerzo, demandará más energía conservar la armonía entre los dos elementos constitutivos del hombre, pero no es imposible hacerlo, ni dar lugar a suponer que esta inversión de valores, entre lo espiritual y lo carnal, sea connatural a la especie humana. Al contrario, es inhumana. Destruye la especie.

Es ya de notar, como dato curioso, que en todos esos medios o experimentos utilizados para la prolongación de la vida se advierte un secreto temor a la muerte y una esperanza para los que han hecho su nido en este mundo. Prueba que existe una cierta correlación entre la vida de los sentidos y el temor a la muerte.

Por consiguiente, si existe el problema sexual, debemos reconocer que se lo ha creado el mismo hombre. Es decir, el mismo hombre, por ignorancia o por desidia, ha permitido a lo sensible prevalecer sobre lo racional. Y cuando la pasión se desboca, actuando sin control, entonces sí constituye un problema dominarla. Y de los grandes.

Muchas veces son ciertos prejuicios generalizados los que lanzan al hombre a vivir según los dictámenes del mundo pasional. En el fondo no es más que una confusión de conceptos. Por un lado se da demasiada extensión a la palabra *necesidad*. Y así establecen la satisfacción del instinto sexual como necesaria. El modo no interesa; lo primordial es hacerlo. Y por cumplir con esta necesidad que nos pertenece por aquello que tenemos de animal, muchas veces se viola otra necesidad, el ejercicio ordenado de la razón, que nos pertenece porque somos hombres.

Por justificar lo injustificable, despreciamos lo apremiante. Que esa satisfacción sea necesaria al hombre, es falso. A la especie sí es necesaria, para la continuación de la vida humana; pero esto no significa que tal o cual hombre la necesite. Está ya comprobado que el hombre puede muy bien vivir con ella, como sin ella. Se atribuyen neurosis o desastres orgánicos a los que viven célibes, como si los que se dan estas satisfacciones no los tuvieran. Más aún, el exceso en este terreno, es decir, las satisfacciones sin control, producen un mayor número de víctimas. Es una necesidad como el cigarrillo para el fumador o el vino para el ebrio consuetudinario: no pueden vivir sin ella, porque ya se han enviciado.

Por otra parte, generalmente se identifica celibato con castidad. El que es célibe es casto; pero se puede ser casto sin llegar al celibato. Basta para ello que las satisfacciones sexuales estén regidas por la razón, vayan sometidas a la vida racional. Que sean ordenadas. Lícitas. El celibato es aconsejable; la castidad es necesaria, para poder vivir como hombres. Quizá un análisis detenido de la dignidad humana ayude a ordenar los dos elementos constitutivos de la naturaleza del hombre, dando el cetro a quien lo tiene. ❖

(1) Leclerq: La Famille, cap. III, pág. 133.
(2) S. Agustín: De civitate Dei, libro XIV, cap. 3.

Cine, Poesía, Iglesia

E. A. DUGHERA

Rosario.

CUANDO el cinematógrafo superó la etapa de sus balbuceos —aquellas películas donde una locomotora se arrojaba sobre el espectador horrorizado o marchaba un regimiento a sobrehumana rapidez— vale decir cuando comenzó a ganar en buena lid el nombre de séptimo arte, no pocos vaticinaron la muerte del teatro. El cine, en su concepto, le sucedería como el automóvil a la berlina, como el piano al clavicordio. Se quería establecer una continuidad entre ambas manifestaciones artísticas.

Tal criterio respondía en parte a que el cine nació del teatro, como que es una nueva forma del arte dramático; y en parte a que las primeras muestras cinematográficas eran casi siempre teatro filmado, con actores teatrales por intérpretes.

El entusiasmo por el film no permitía entonces la adecuada distinción de las diferencias existentes. Porque es verdad que teatro y cine ofrecen la coincidencia de ser primariamente espectáculo y enfocar a veces aspectos semejantes. Pero son esencialmente distintos. "Entre lo que se está representando en una pantalla y lo que está presente en la escena —distingue con acierto Gouhier— se halla el abismo metafísico que separa la reproducción del acto y el acto mismo, la imagen del hombre con su posibilidad de ser indefinidamente repetida y el hombre en un minuto único de su vida". No puede, pues, haber sucesión entre teatro y cine.

Además habría que agregar la diversidad de sus medios expresivos. En el cine se goza de la primacía de la imagen, en el teatro se muestra el personaje con su presencia viva, y se exalta la primacía del texto que da vida precisa a la idea en él contenida.

Mas precisamente porque el cine es ante todo, imagen, puede bien decirse, y se lo ha dicho, que más que arte dramático es arte poético ya que la poesía es la idea en imagen y en el cine la idea se diluye en la imagen.

Pero el cine es muy otra cosa que una simple proyección de imágenes como pudo pensarse en algún momento. Se trata también de eso pero nada menos que a través del espíritu de un artista, del arte de un "metteur".

Henri Agel ha observado que por su misma naturaleza el cine es la expresión más completa de una magia poética.

Frente a ciertas realizaciones —pongamos *La bestia humana* o *Un tranvía llamado deseo*— suele hablarse, en manifestación admirativa, de su "extraordinario realismo". La expresión puede ser valedera referida a tema, a procedimiento. Pero el cine, como arte, está lejos de ser realista desde que aun en el plano técnico nos ofrece cosa distinta de la simple reproducción del mundo exterior. Basta reparar en la trasposición de imágenes que se verifica cuando interviene el color, en la técnica del enfoque, la gama de luces, el acompañamiento musical.

Todos esos elementos configuran una expresión plástica que implica la transformación de las imágenes captadas por el lente. No nos encontramos frente a una idealización sino a una verdadera metamorfosis de lo real.

Por ello, como entiende Agel, la finalidad del cine es eminentemente poética. De allí que lo defina con justeza como una creación del espíritu, un poema realizado en imágenes.

¿QUE situaciones se plantean entre el cine así concebido y sus posibles servicios a la Iglesia?

Es preciso recordar por de pronto que el cine, en la actualidad, suele manifestar frecuente preferencia por los temas de contenido religioso y por cierto en mayor escala que el teatro.

Ya antes de la guerra del catorce hubo algunas manifestaciones al respecto. Pero ello ocurría de modo esporádico, con argumentos ingenuos, técnica rudimentaria, actores sin personalidad.

Después todo cambió. No ya el tema estrictamente bíblico sino el problema de conciencia y hasta el simple documental de inspiración católica se presentaron en la pantalla. Desde *El rey de reyes* o *Los diez mandamientos*, a *M. Vincent* o *El fondo del problema* pasando por informativos como *Visita al Vaticano*, la sucesión es extensa.

Sin embargo la vinculación de Iglesia y cine, bien es sabido, no se limita a ello. Distintos congresos se han ocupado del cinematógrafo como medio de apostolado. Escritores católicos, sin excluir sacerdotes, han actuado más de una vez en función de argumentistas y asesores. Diversos obispos han estimulado estas actividades. En fin, y como coronación del valioso aporte que en el cine ha reconocido, ahí está la encíclica de Pío XI, *Vigilanti Cura*, dedicada también a advertir sus peligros pero especialmente a señalar al cinematógrafo como magnífica ayuda a la misión de la Iglesia.

Todo lo cual enseña que si ayer, con referencia al cine, la Iglesia se mantuvo en una prudente expectativa no exenta de lógica desconfianza, acabó más tarde por aquilatar los beneficios que diestramente utilizado puede proporcionarle. Lo mismo ocurrió otrora con el teatro y lo mismo está pasando con la televisión sobre la cual ya ha hecho oír su voz S. S. Pío XII.

No obstante, el fervor que en buena hora suscita dicha forma artística no debe hacer olvidar que junto a felices soluciones, el cine puesto al servicio de la fe proporciona asimismo diversos problemas. Uno de los más delicados se vincula a la salvaguardia de la ortodoxia.

Sentada la finalidad poética del cine, aceptado que éste constituya una genuina manifestación artística ¿podría siempre compaginarse su libre actividad con la doctrina de la Iglesia, sobrentendido cuando busca servirla? Las posibilidades de la desviación del concepto religioso aparecen aquí como en otras artes, y quizá más que en ellas, con toda su peligrosidad. Y es que el "metteur", como todo artista, es un individualista a causa de las mismas exigencias del arte. Por más que contra ello luche, en último análisis su obra será la proyección de sí mismo, su visión de la vida, del mundo y de sus cosas. Aunque abrigue sinceras intenciones en contrario, no por eso dejará de manifestar lo humano según sus propias impresiones. Bien ha escrito Bernoville: "El escritor católico —y extendamos el concepto al artista en general— otorga su adhesión a los principios; pero finalmente, cuando se halla dominado por su obra ¿qué es lo que nos entrega? Lo que él es".

Entiéndase bien. Al anotar este aspecto del cine no nos referimos sino en modo secundario a la mayor o menor fidelidad a la tradición en las versiones de sucesos o tipos: cómo corresponde, si corresponde, presentar el físico, las actitudes de N. S. Jesucristo; si el intérprete de Pilatos se aparta de las normas tradicionales; si Charles de Foucauld dijo las mismas palabras que el guión le adjudica. La Iglesia no ha legislado sobre la iconografía de Jesús, la gallardía del traidor, el léxico de sus hijos. Mucho más importante y difícil es sopesar en una película de inspiración católica el contenido de ciertos diálogos sentimentales, las ideas personales de un sacerdote acerca de ciertas leyes divinas y humanas, un acto trascendental de la vida ambiguamente expuesto.

Claro que podría evitarse el escollo proscribiendo las películas de ficción y concretándose al documental, al noticioso: congresos eucarísticos, bellezas artísticas de los templos, enseñanza de la liturgia. Pero si esto podría ser aceptado por las empresas productoras cuyos dirigentes fuesen hijos sumisos de la Iglesia ¿qué ocurriría con las otras? ¿Cómo impedir su libertad de trasladar al cine temas de inspiración católica y desarrollarlos a su modo, supuestos los debidos respetos?

Por otra parte ¿es que una vida de santo, aun cuando no estrictamente auténtica o una crisis de conciencia,

Teología de la Iglesia del Silencio

MAURILIO T. L. PENIDO

Río de Janeiro.

LOS misterios de Cristo no son para nosotros simples recuerdos, antiquísimos y muy amados; son realidades vivas cuya eficacia atraviesa el tiempo para imprimirse en nuestras almas de cristianos.

Razón por la cual San Pablo insiste sobre la configuración dinámica del cristiano con Cristo: somos crucificados con Cristo, morimos con Cristo, subimos al cielo con Cristo. En verdad, es la misma vida de Cristo la que nos es comunicada, dada. Vivimos en Cristo; el Apóstol no se cansa de repetirlo.

Ahora bien, esta comunión de vida no es solamente individual. Es también colectiva. El Señor ha querido agrupar alrededor de sí a un pueblo elegido, una comunidad, que estaría unida a él no sólo por la luz de la verdad, sino también por la savia de vida que, de la cepa correría por los sarmientos. De manera que Cristo y los suyos forman un solo organismo sobrenatural, el Cristo total. Organismo en el que podemos distinguir, pero no separar, a la Cabeza-Cristo y al Cuerpo-la Iglesia.

Si, por consiguiente, la Iglesia es el Cristo continuado a través de los tiempos, es claro que ella deberá recorrer las mismas etapas, seguir el mismo itinerario que su Cabeza. La vida divina —con sus virtudes y sus carismas— que constantemente corre de la Cabeza a los miembros, imprime en éstos los misterios de Jesús. De manera que la Iglesia, Cuerpo de Cristo, será el complemento, la continuación, la plenitud de Cristo.

Ahora bien, el misterio central de la vida del Señor es la Cruz. Cristo vino al mundo para la Cruz. Todo el peso de su gracia lo arrastra hacia el bautismo de sangre (Marcos 10, 38; Lucas 12, 50). ¿Cómo no sucedería lo mismo con su Cuerpo Místico? La Pasión de Cristo se comunica a toda la Iglesia. Ella seguirá las huellas sangrientas de su Rey. De ningún modo es por azar que una serie continua de afirmaciones de los Padres nos enseñe que la Iglesia ha nacido de la Cruz. No es por azar que el centro de la vida eclesial esté constituído por el sacrificio del altar, repetición del sacrificio de la Cruz.

La vida de la Iglesia deberá reproducir pues constantemente, a través de los siglos, la Pasión del Salvador. Jesús mismo lo ha predicho: "Acordaos de la palabra que os he dicho: el servidor no es más grande que su Señor. Si me han perseguido a mí, os perseguirán a vosotros" (Juan 15, 20). "El hermano entregará a la muerte a su hermano, y el padre a su hijo; los hijos se levantarán contra sus padres y los harán matar. Vosotros seréis el objeto del odio de todo el mundo a causa de mi nombre" (Mateo 10, 21-22).

La pasión de la Iglesia, como la Pasión de Cristo, revestirá un doble carácter: será un testimonio y una redención.

En la hora más solemne de su vida, Jesús dirá a Pilatos —la autoridad civil suprema—: "Yo he nacido y venido al mundo para dar testimonio de la verdad" (Juan 18, 37). Cuál era esta verdad lo había declarado poco antes a la suprema autoridad religiosa: "Yo soy el Hijo de Dios" (Marcos 14, 62; Mateo 26, 64). Jesús ha muerto para atestiguar esta verdad. Y su Cuerpo Místico continúa este testimonio. En la persona de sus miembros más eminentes —los mártires— el Cuerpo Místico muere para dar testimonio. Como Cristo ha sido el "testigo fiel" (Apos. 1, 5), de la misma manera el mártir, él también, es un "testigo fiel" (Apos. 2, 13).

Pero la muerte de Jesús, en testimonio de la verdad, salvaría a los hombres. La plenitud de gracia que llenaba el alma del Redentor tenía por finalidad la salvación de los hombres por la muerte de Cruz. Como prolongación de Cristo, la Iglesia que milita sobre la tierra, ella también, es corredentora por su martirio.

No que la Redención de Cristo sea ineficaz, o aun insuficiente. Todo lo contrario, superabunda de tal modo que desborda de la Cabeza sobre el Cuerpo Místico, y

---

aunque difusamente presentada ¿carecen siempre de valor educativo?

No puede negarse que muchos de esos films han conseguido, frente al espectador, ya recriminar su conducta, ya reconfortarlo en su fe, ya orientarlo en su búsqueda (claro que se trataba de películas realizadas con arte y tacto, donde estaba ausente el ánimo de edificación de las almas puesto que el cine no es un templo).

Pero ¿hasta qué zona podría llevarse el límite de la tolerancia? ¿No se estaría así a un paso de la justificación de los medios en homenaje al fin? ¿Quién puede asegurar, además, que el espectador no va a recoger mejor lección de las tergiversaciones del asunto o del personaje que del ortodoxo mensaje que se ha deseado transmitirle?

Desde luego hay que contar —aunque no siempre es posible— con el sentido crítico del espectador. Pero aquí interviene una circunstancia importantísima señalada no ha mucho por un eminente especialista Henri Ford. Las personas que entran en una sala cinematográfica hallan en general un ambiente confortable: acondicionamiento de aire, calefacción, cómodas butacas. En tales condiciones y en la oscuridad su personalidad se adormece, su cerebro se acomoda a ser fácil receptáculo de las ideas o los sentimientos que desde la pantalla recibe. Un error captado en esas condiciones es ciertamente difícil de borrar, en particular cuando se trata de individuos carentes de una sólida formación religiosa y apreciable cultura, situación corriente ya que hoy el cine es patrimonio colectivo. Como puede apreciarse, los inconvenientes no son ligeros y la autoridad eclesiástica los ha equilatado debidamente en muchas oportunidades. ¿Mas cómo paliarlos?

Pío XII, en su exhortación del 1º de enero del año actual dirigida al episcopado italiano sobre la televisión, afirma que la actitud de los católicos, en vez de adoptar posturas meramente pasivas ha de ser la de colaborar en una misión fundamental: "que (la televisión) se convierta en medio de educación cristiana". Y cita en seguida un párrafo de la encíclica *Vigilanti Cura*: "Los progresos del arte, de la ciencia, de la misma perfección técnica y de la industria humana, así como son verdaderos dones de Dios, así deben ser ordenados a la gloria de Dios y a la salvación de las almas y deben servir prácticamente a la extensión del reino de Dios en la tierra, para que de tal manera nos aprovechemos de ellos, y según la oración de la Iglesia, no perdamos los bienes eternos..."

Un medio que puede contribuir a evitar que la libertad artística del cine choque poco o mucho con la doctrina, es la colaboración con las propias organizaciones cinematográficas. "Que los obispos del mundo entero —indica Pío XI en su citada encíclica— se esfuercen por ilustrar a los industriales del cine haciéndoles comprender que una fuerza tan poderosa y universal puede ser dirigida útilmente hacia un fin elevado de mejoramiento individual y social".

Mediante una oportuna asesoría de las empresas productoras, habría que tratar de convencer a sus directores de la importancia que el desarrollo estrictamente ortodoxo de una película representa no sólo para la educación religiosa de millones de espectadores, sino aun para la misma fidelidad de la versión, tan perseguida a veces en el orden histórico o folklórico.

Ha de agregarse que dicha asesoría, como lo exige Pío XII para la televisión, debe estar perfectamente coordinada y a cargo de una organización competente y ágil en las diócesis donde sea necesaria su presencia.

Y así los films de inspiración católica, sin renegar en el fondo de la finalidad poética del cine, podrán servir el alto cometido de seguros auxiliares de la Fe. ✧

comunica a los sufrimientos de éste un valor de satisfacción y de mérito.

De la misma manera, la Iglesia engendra hijos a su Esposo; coopera, en verdad, a la salvación del mundo, según las palabras de San Pablo: "Me regocijo de los sufrimientos que padezco por vosotros, pues lo que falta a los sufrimientos de Cristo, yo lo acabo en mi carne para su cuerpo, que es la Iglesia" (Colos. 1, 24). "Sufro penas, hasta cadenas, como un malhechor... soporto todo a causa de los elegidos, a fin de que ellos también obtengan la salvación que está en Cristo Jesús, con la gloria eterna" (2 Tim. 2, 9-10).

Si Cristo ha querido, para honor de su Esposa, que la obra de salvación dependa de las acciones, de los trabajos y de los sacrificios de la Iglesia, se sigue de ahí que todas las persecuciones que ella sufre, unidas a los sufrimientos del Esposo, expíen los pecados del mundo y le merezcan la conversión.

Por consiguiente, cuando tal parte del Cuerpo Místico —tal región de la Iglesia militante— es perseguida y martirizada, podemos decir que la Iglesia cumple, en grado sumo, su función corredentora. Salva al mundo, por y con Cristo. Y si los sufrimientos de nuestros hermanos perseguidos nos llenan el alma de tristeza compasiva, la llenan también de un santo orgullo. Pues ellos han sido llamados a la gloria de reproducir más de cerca la Pasión del Salvador.

Y los sufrimientos de la Iglesia del Silencio llenan nuestro corazón de gratitud, pues sabemos que en virtud de la comunión de los santos, esos miembros dolorosos del Cuerpo Místico expían nuestras faltas y nos merecen gracias de elección, sobre todo un acrecentamiento de caridad.

Muy lejos de desalentarnos, esas humillaciones, esas persecuciones, esos oprobios, nos inflaman de esperanza. Sabemos que la Iglesia, igual que Cristo, salva las almas muriendo por ellas, y que, como Cristo, triunfa cuando todo parece perdido.

Sabemos, además, que de la Iglesia se puede decir lo que Cristo dijo de sí mismo: la Pasión es el paso indispensable para la gloria (Lucas 24, 26). Sólo la Iglesia de la Cruz se transforma en Iglesia de la gloria. Entonces Dios "enjugará toda lágrima de sus ojos y ya no existirá la muerte; no habrá más ni duelo, ni gritos, ni penas" (Apos. 21, 4). La tristeza de hoy se cambiará en alegría, que nadie podrá arrebatar (Juan 16, 22). ❖

(Tradujo Juan Julio Costa)

DOCUMENTOS

Declaración colectiva de la Asamblea Plenaria del Episcopado Francés

Del 26 al 28 del pasado abril, seis Cardenales, 16 Arzobispos y 86 Obispos franceses estuvieron reunidos en el Instituto Católico de París. Después de tratar diversas cuestiones, hicieron la declaración doctrinal colectiva que sigue a continuación:

I
LA IGLESIA, EN EL SENO DEL MUNDO MODERNO

EL Episcopado de Francia, reunido en asamblea plenaria, pide a todos los cristianos la presencia en el mundo moderno para comprenderlo, amarlo y servirlo. Que por medio de la actividad temporal trabajen en construirlo y por la acción católica y misionera en salvarlo, con una confianza indefectible en la gracia de Jesucristo y en la eterna juventud de la Iglesia.

Que sepan también juzgarlo con lucidez, discernir sus valores auténticamente humanos y, sin vanas lamentaciones del pasado, se esfuercen al mismo tiempo en reconocer sus límites, sus errores, sus faltas con toda la libertad de los hijos de Dios para mejor curar las heridas de la humanidad, consecuencia del pecado.

1.—*Los progresos del mundo moderno: su valor y su ambigüedad*

El mundo moderno está ebrio del progreso de la ciencia y de la técnica. La Iglesia se alegra de ello; ella saluda en ambos un don de Dios, una obra del genio humano, la promesa de un crecimiento de bienestar para los hombres y las familias, el acceso de muchos a la cultura o, dicho de otra manera, la realización progresiva del plan del Creador, que llama al hombre a dominar la materia y hacer crecer el universo.

Pero estos medios de poder que la técnica moderna pone al servicio del hombre siguen siendo ambiguos. Son incapaces por sí mismos de mejorar al hombre. Suscitan en el hombre moderno la tentación de poner exclusivamente la confianza en sus propias fuerzas y no esperar su salvación más que de sí mismo. Finalmente, éstos pueden llegar a prestarle un servicio y pueden también llegar a aniquilarlo.

¿Cómo no hacernos eco del reciente mensaje pascual, por el que el Soberano Pontífice ha pedido a los jefes de Estado que atiendan las súplicas angustiadas de la humanidad frente a la temible amenaza de una guerra atómica y biológica, donde los progresos de la ciencia, que deberían servir para llevar a los pueblos la paz y la prosperidad, peligran de convertirse en amenazas de muerte para millones de hombres y amenazan provocar una terrible catástrofe para todo el planeta?

Uno de los grandes descubrimientos del mundo moderno es el del *valor de la materia*. Sabios y obreros admiran su potencial insospechado. Ahora bien, un falso espiritualismo puede olvidar que la materia es una criatura de Dios, destinada también ella a ser transformada por el trabajo de los hombres. Por lo mismo, la dignidad del trabajo manual es con frecuencia desconocida por los cristianos en virtud de prejuicios de otra edad. Pero existe también el peligro de un cierto materialismo que podría consistir en el desconocimiento teórico de la primacía del espíritu sobre la materia, en la negligencia de la formación moral en provecho de una educación puramente técnica, en el materialismo práctico de una vida ocupada totalmente en la satisfacción de las necesidades materiales.

Otro de los grandes hechos de nuestro tiempo consiste en la *adquisición de la conciencia de solidaridad natural que une a los hombres y a los pueblos*. Esta solidaridad es, en primer lugar, consecuencia de un hecho económico ligado al progreso de la técnica misma. Pero engendra un nuevo humanismo que se exterioriza por el desarrollo del sentido comunitario. Este constituye en sí un progreso sobre el individualismo. Y los valores cristianos pueden encontrar aquí un apoyo y como una plataforma para la construcción de una verdadera comunidad en la caridad de Cristo. Pero hay que notar de una parte que existe el peligro de la creación de una mentalidad colectiva, mantenida por los "slogan" y las propagandas, que disuelve la vida personal. Y de otra este humanismo social es un dato de la civilización distinto, ciertamente, de la comunidad cristiana fundada sobre la unión de todos los cristianos en Cristo, lazo de su unidad.

Finalmente, las prodigiosas transformaciones a las que asistimos en el mundo de hoy desarrollan en los espíritus *la conciencia de una humanidad en progreso*. Las adquisiciones del pasado prestan confianza en las del porvenir. Desde este punto, la historia humana aparece en una perspectiva optimista como una marcha hacia un mundo mejor. Ciertamente que nosotros no negamos todo lo que hay de válido en esta visión de la historia. Ella suscita una esperanza bienhechora en las clases menos favorecidas. Pero esta esperanza legítima no debe transformarse en un mito. No se debe desconocer que en el plano esencial, que es el de la salvación espiritual de la humanidad, todo ha sido ya dado por Cristo: toda gracia, toda verdad, toda perfección se encuentran en Cristo muerto y resucitado, cuyo misterio se comunica a cada generación por la Iglesia para crecimiento del Cuerpo Místico. Por otra parte, no conviene arriesgarse a trasladar a un ideal puramente terreno la esperanza del reino de Dios, ni estancarse en un mesianismo temporal. No conviene confundir el progreso humano natural de la historia y la extensión del reino de Jesucristo; cierto que ésta debe servir, según el plan de Dios, al desarrollo del reino, pero con la condición de ser rescatada también por la cruz redentora. La historia humana recibe así todo su sentido y todo su valor en esta

perspectiva grandiosa del designio de Dios y de la edificación de la Jerusalén celeste.

2.—*Los sufrimientos y las angustias del mundo moderno: sus errores y sus faltas*

Las conquistas y las esperanzas del progreso moderno no deben distraernos de los sufrimientos y de las inquietudes que angustian en este momento a nuestro mundo ni de las amenazas que pesan sobre su porvenir.

La condición del proletariado

Demasiados seres humanos, demasiadas familias y pueblos no se han beneficiado todavía de este adelanto de la civilización. La miseria sigue reinando sobre vastos territorios, multiplicando las víctimas inocentes. Incluso allí donde la civilización técnica ha producido abundancia de bienes económicos, una mala organización, un injusto reparto de las riquezas y un desconocimiento de una ley moral superior a los intereses de individuos y de grupos han mantenido una porción frecuentemente considerable del pueblo en situación de aislamiento, de inseguridad, de penuria, de verdadera pobreza. Así se ha creado en pleno resurgimiento industrial la condición proletaria, en la que están encerradas, como en una prisión sociológica, un creciente número de familias.

Sobre este grave problema la Iglesia católica ha adoptado su postura desde hace tiempo. Ella juzga esta condición incompatible con los principios cristianos, intolerable para cualquiera que tenga el sentido del respeto y de la dignidad a la persona humana, y ve aquí un obstáculo para la salud eterna de los que son sus víctimas (1).

Los abusos del capitalismo moderno

El Episcopado de Francia recuerda las graves condenas emitidas por los Soberanos Pontífices y por él mismo contra los abusos del capitalismo liberal (2). El poderío sin límites que este sistema concede al dinero, la desigual distribución de los bienes que entraña, la opresión de las personas por el aparato económico, son gravemente contrarios a la ley de Dios. Es un deber el luchar contra estos abusos. Particularmente los dirigentes de la economía deben estudiar y promover las reformas de la empresa exigidas hoy en día, tanto por la evolución de los espíritus como por las nuevas condiciones de la producción, con vistas a asociar más directamente, mediante relaciones más humanas, a los obreros con la empresa. En el futuro inmediato los patronos cristianos tienen el deber de asegurar las condiciones de salario, de salud, de dignidad a las que tienen derecho los obreros. Faltar a estos deberes es pecar gravemente contra la justicia y la caridad. Nos consta, sí, que jefes de empresa, particularmente aquellos que han tomado conciencia por la Acción Católica de sus responsabilidades cristianas, conocen las exigencias de la Iglesia en este terreno. Pero son demasiado numerosos los que no han comprendido todavía las consecuencias en el orden humano, moral, familiar, religioso, de la condición proletaria, que su complicidad sigue manteniendo sin sentir la menor inquietud de conciencia.

Consecuencias del ansia desmedida de dinero

Entre las taras del capitalismo liberal la Iglesia deplora muy en especial los estragos causados en las costumbres públicas y privadas por la búsqueda desenfrenada de dinero. La conciencia profesional desaparece en un mundo donde el espíritu de provecho sustituye al espíritu de servicio. El sentido del bien común da lugar al desencadenamiento de los egoísmos colectivos e individuales. El dinero corrompe a una sociedad que hace de él su ídolo. El fraude fiscal de demasiados ricos hace más pesadas las cargas de los pobres y desequilibra el orden económico. Las coaliciones y enfeudaciones de intereses desvían la marcha del Estado, cuyo papel económico adquiere hoy día una importancia grande y con frecuencia excesiva.

El episcopado denuncia, finalmente, la excitación de la criminalidad y del erotismo por la prensa, las ilustraciones, el cine, la novela, el teatro. Reprueba, asimismo, la excesiva indulgencia en este terreno de aquellos cristianos que, bajo pretexto de defender la libertad del artista y los derechos del arte, no son más que cómplices inconscientes de los intereses más bajos.

Olvido de la doctrina social de la Iglesia

Uno de los más graves déficits de la hora actual es el menosprecio o la ignorancia del magisterio social de la Iglesia (3). Este es desconocido y menospreciado prácti-

(1) "La Iglesia no puede ignorar o no puede ver que el obrero, en su esfuerzo por mejorar su situación, choque con todo un sistema que, lejos de estar conforme con la naturaleza, está en oposición con el orden de Dios y con el fin asignado por Dios a los bienes terrenales. Por falsos, por condenables, por peligrosos que hayan sido y sean los caminos seguidos, ¿quién podría, y sobre todo, qué sacerdote, qué cristiano podría permanecer sordo al grito que viene desde abajo y reclama, en el mundo de un Dios justo, justicia y fraternidad? El silencio sería culpable, inexcusable ante Dios..." (S. S. Pío XII, alocución de Navidad 1942, recordada en la encíclica "Evangelii praecones", del 2 de junio de 1951).

"Con todos los Papas, nosotros condenamos el escándalo de la condición proletaria, es decir, de aquel estado de inseguridad, de independencia económica y, frecuentemente, de miseria que priva a numerosos trabajadores de toda una vida realmente humana" (declaración de la Asamblea de Cardenales y Arzobispos de Francia el 28 de febrero de 1945).

(2) "La Iglesia no puede, desde luego, acomodarse a aquellos sistemas que, admitiendo el derecho de la propiedad privada, tienen de él un concepto absolutamente falso y se ponen en contradicción con un orden social "de buena ley". Por esto, allí donde, por vía de ejemplo, el "capitalismo" se funda sobre estas concepciones erróneas y se arroga un derecho ilimitado sobre la propiedad por encima de toda subordinación al bien común, la Iglesia lo ha reprobado siempre como contrario al derecho natural" (S. S. Pío XII, septiembre 1954).

"Con los Papas, nosotros condenamos, en un régimen capitalista, la primacía del dinero según un sistema que antepone la adquisición del provecho y del rendimiento al cuidado de la persona humana de los obreros; la empresa ha resultado demasiado frecuentemente una explotación con fines de interés privado, cuando debía estar al servicio de la comunidad".

"Con los Papas, nosotros condenamos el desorden de una sociedad donde vemos, de una parte, a los poderosos financieros dominar toda la economía privada y pública, a veces la misma actividad ciudadana, y de otra parte, la locura sin nombre de aquellos que, equivocados al creer directa o indirectamente asegurada su propia vida, se desinteresan de los verdaderos y elevados valores espirituales y se desentienden de aspiraciones hacia una libertad digna de este nombre" (S. S. Pío XII, mensaje de 1944. Declaración de la Asamblea de Cardenales y Arzobispos de Francia de 28 de febrero de 1945).

(3) "La hora presente exige de los creyentes que con todas sus energías hagan rendir a la doctrina social de la Iglesia su máximum de eficiencia y su máximum de realización" (Su Santidad Pío XII, carta al presidente de las Semanas Sociales de Francia, 19 de julio de 1947).

"La doctrina social de la Iglesia es un talento que el Señor ha confiado hoy a todos los católicos, eclesiásticos y seglares, y que nadie puede enterrar sin merecer el severo cas-

camente por industriales, hombres de negocios, comerciantes cristianos, que no lo tienen en cuenta en su vida profesional. Es sistemáticamente despreciado por los cristianos progresistas, que no viendo el lazo que existe en el marxismo entre la teoría y la acción, rechazan, quizá, la parte filosófica del comunismo, pero se adhieren a su parte social y política. Unos y otros se inspiran en principios extraños al cristianismo. Sin embargo, el espíritu cristiano es el único camino de regeneración para la sociedad.

La vuelta a Jesucristo

En este Año Mariano en el que la Cabeza de la Iglesia da como orden a todos los cristianos "el retorno a Jesucristo", los hijos del Padre común medirán mejor la inmensa miseria espiritual del mundo moderno, que, esclavo de su orgullosa suficiencia, cree poder prescindir de Dios y vive en la ilusión suicida de estar así más libre. Para cooperar a la redención de este mundo, éstos habrán de volver con toda su fe, su esperanza, su caridad, con Jesucristo Nuestro Señor, verdadero Dios y verdadero hombre, único Salvador y Libertador, soberano Maestro de todos los hombres y de todas las sociedades.

II

FRENTE A LAS NUEVAS CIVILIZACIONES

El humanismo atraviesa hoy día una de las más importantes crisis de su historia. Se está elaborando una nueva civilización que modifica profundamente su fisonomía. ¿Cuál ha de ser ésta? ¿Una civilización del trabajo? ¿De la técnica? ¿Del átomo?

Falsas actitudes de algunos cristianos

Ante esta evolución, los cristianos están divididos. Unos toman una actitud de oposición absoluta; sienten la nostalgia de las formas del pasado.

Otros, por el contrario, manifiestan una confianza total y sin restricciones en los valores de la nueva civilización. Querrían comprometer a la Iglesia por este camino y la intiman a adoptar sin reservas un mundo que se está haciendo.

En fin, algunos cristianos, incluso ciertos miembros de uno y otro clero, estiman poder conciliar dos actitudes contradictorias. De una parte, creen ser auténtica su profesión de fe en Cristo, de fidelidad a la Iglesia. De otra, se dejan poco a poco penetrar por una mentalidad y unas reacciones más o menos extrañas u opuestas al Evangelio y al magisterio de la Iglesia.

¿Cuál es, ante estos problemas, la posición de la Iglesia?

POSICION DE LA IGLESIA

A) PRINCIPIOS DIRECTORES POSITIVOS PARA UN CRITERIO CRISTIANO

1.—*Independencia de la Iglesia*

La Iglesia no está enfeudada a ningún régimen político, a ningún sistema económico, a ninguna forma determinada de civilización. Afirma su independencia de las instituciones y de las sociedades humanas.

2.—*Misión redentora de la Iglesia*

La Iglesia sostiene que ningún régimen político ni económico, ninguna civilización, son capaces de aportar plenamente al conjunto de los hombres cuanto les es necesario para vivir normalmente, según todas las exigencias de la naturaleza humana racional. Con mucha más razón los hombres no pueden lograr, independientemente de la Iglesia, la realización de su vocación sobrenatural ni vivir enteramente su vida cristiana. Cualesquiera que sean los resultados externos de las civilizaciones modernas construí-

---

tigo infligido a los servidores infieles y perezosos de la palabra evangélica" (carta de su excelencia monseñor Montini a las Semanas Sociales de Francia, 15 septiembre de 1947).

"Lo que importa es que la doctrina social de la Iglesia sirva al bien común de todas las conciencias cristianas y que éstas últimas actualicen esta doctrina" (S. S. Pío XII, radiomensaje 24 de septiembre de 1949).

"¡La ley natural! He ahí el fundamento sobre el que descansa la doctrina social de la Iglesia. Es precisamente su concepción cristiana del mundo la que ha inspirado y sostenido a la Iglesia en la edificación de esta doctrina sobre tal fundamento" (S. S. Pío XII, alocución a los miembros del Congreso de Estudios Humanistas, 25 septiembre de 1949).

das fuera de la Iglesia, hay que afirmar que éstas no pueden ser auténticas civilizaciones humanas mientras que no sean salvadas por la Iglesia. Una cosa, en efecto, es el éxito material de una civilización y otra su éxito moral y espiritual.

3.—*Actitud abierta y acogedora ante lo humano*

Consciente de su deber de salvar a los hombres y a todas las civilizaciones humanas, la Iglesia pide a sacerdotes y seglares que adopten una actitud abierta y acogedora para con todo lo que es humano y bueno. Su Santidad el Papa Pío XII ha declarado: "La Iglesia abraza y santifica todo lo que es verdaderamente humano" (4); y añade: "La Iglesia, desde su origen hasta nuestros días, ha seguido siempre la sapientísima norma según la cual el Evangelio no destruye ni extingue en los pueblos que lo abrazan nada que sea bueno, honesto y bello de su carácter o de su genio" (5).

La Iglesia no acepta una vuelta hacia el pasado; ella tiene la preocupación de avanzar siempre hacia el futuro (6). Sería, pues, contrario al espíritu de la Iglesia recluirse en una actitud defensiva y de pavor frente a este mundo en gestación. El Apóstol San Pablo nos lo ha enseñado: "No es un espíritu de timidez el que Dios nos ha dado, sino un espíritu de fuerza, de amor y de dominio de sí mismo" (II Tim. 1, 7).

4.—*Necesidad de un juicio clarividente*

La Iglesia pide a los cristianos que tengan de las nuevas civilizaciones una idea clara. Todas ellas son complejas: junto a elementos plenamente válidos y aspiraciones humanas muy legítimas, cada una comporta también deficiencias y errores de verdaderas perversiones morales y verdaderos peligros para el hombre. Que todos mediten el mensaje de Navidad de 1952, en el que el Soberano Pontífice mostró cómo el Estado moderno, convirtiéndose en una gigantesca máquina administrativa, corre el riesgo de producir una verdadera "despersonalización" del hombre.

B) LIMITES. LO QUE LA IGLESIA DENUNCIA

1.—*No puede haber civilización profana sin referencia a Dios*

Una civilización nueva pretende reivindicar su autonomía absoluta en la construcción de la ciudad terrestre y su independencia con relación a la moral cristiana y a la Iglesia. Afirma su adhesión a sus valores propios sin ninguna referencia a Dios. Hay en ello una confusión y un error.

La Iglesia enseña la distinción entre las dos sociedades, religiosa y civil. Respeta la autonomía de la ciudad temporal en su propio orden. Su acción purificadora y santificante sobre los hombres produce el efecto de restituir a la civilización su consistencia y su rectitud naturales. Pero también condena una independencia total de la sociedad civil y de la acción humana con relación a la ley moral y de Dios.

Celosa de una verdadera liberación del hombre, que reclama su vocación de hijo de Dios, la Iglesia afirma que liberación humana y vocación cristiana son irrealizables en un supuesto orden reducido a lo temporal, cerrado a lo sobrenatural, sin referencia a Dios, que pretenda prescindir de la Redención y de la gracia de Cristo. Tal orden, por perfecto que sea técnicamente, no ofrece ninguna garantía a la persona humana, sino que, por el contrario, debe finalmente servir a la técnica misma, es decir, a la materia.

2.—*Contra el humanismo ateo*

El peligro más grande de la nueva civilización es el *humanismo ateo*, que considera que el hombre no es verdaderamente hombre sino cuando constituye el valor supremo para sí mismo. El desarrollo que hoy día adquiere el ateísmo es aterrador, no sólo por su extensión, sino también por una especie de trato de favor de que goza, incluso por parte de ciertos católicos, que parecen siempre dispuestos a creer que la inteligencia y la virtud están del lado de los ateos y que denuncian injustamente la falta de inteligencia y la mediocridad de los creyentes.

Devolver a los hombres el sentido de Dios, de su santidad, de su trascendencia, de su bondad, es la primera de las tareas misioneras. La creencia en un Dios soberano y creador es el corazón mismo de la religión, la condición de la salvación, el fundamento de la moralidad, el lazo de la sociedad humana.

3.—*Contra el materialismo ateo del marxismo*

Por último, sin salir del terreno de la ley moral y de la religión, la Iglesia ha condenado el materialismo ateo tal como se presenta en el comunismo marxista, por cuanto conduce fatalmente a la aniquilación de la persona humana y al desbaratamiento de la familia, absorbidas peligrosamente en el engranaje y las estructuras del Estado.

Contra el anticomunismo negativo

La Iglesia ha rehusado siempre asociarse a un anticomunismo político, negatorio de las injusticias sociales, que son, sin embargo, la verdadera causa del comunismo. Ella advierte que "todo error contiene algo de verdad"; "querer la mejora de las clases trabajadoras, suprimir los abusos reales provocados por la economía liberal, obtener un reparto más equitativo de las riquezas, son "objetivos perfectamente legítimos sin duda alguna" (7).

Lo que la Iglesia denuncia en el comunismo

Dirigiéndose a los cristianos generosos que pueden dejarse atraer por estos objetivos inmediatos del comunismo,

(4) Alocución a los nuevos Cardenales (Consistorio del 18 de febrero de 1946).
(5) S. S. Pío XII, encíclica "Evangelii praecones".
(6) "No, no puede haber para la Iglesia, cuyos pasos conduce Dios y la asiste a lo largo de los siglos; no puede haber para un alma cristiana que mira la historia según el espíritu de Cristo, un retroceso hacia el pasado, sino solamente el anhelo siempre de avanzar hacia el futuro, de progresar siempre" (S. S. Pío XII, mensaje del 13 de mayo de 1942 con ocasión del 25 aniversario de su consagración episcopal).
(7) Pío XI, encíclica "Divini Redemptoris".

el Episcopado les pide que miren más lejos y comprendan las verdaderas dimensiones del problema y lo que está en juego. La Iglesia ha condenado al comunismo marxista, ante todo, por lo que es en sí mismo, en razón del materialismo ateo de que está penetrada no solamente su doctrina, sino también sus principios económicosociales, su táctica, su propaganda, su acción. En segundo lugar, lo ha condenado en razón de la persecución religiosa que lleva a cabo dondequiera que tiene el poder en sus manos; por último, lo ha condenado por las consecuencias que entraña, especialmente para la persona humana y la familia (8).

La lucha de clases

El Episcopado de Francia llama muy particularmente la atención de los católicos sobre el peligro que representa para ellos la concepción marxista de la lucha de clases. Para un marxista, ésta no es tan sólo un combate para la liberación obrera ni simplemente una voluntad de promoción obrera; partiendo de la acción, convertida en escuela de formación, la lucha de clases es el medio más seguro de arrastrar a aquellos que se alistan en ella con la aceptación progresiva de toda la dialéctica marxista. Los doctrinarios del comunismo no han ocultado jamás su intención sobre este punto (9).

Los cristianos que no han descubierto este juego se han dejado embaucar con toda su buena fe. Estos se tranquilizan diciendo que la lucha de clases es un hecho ineluctable impuesto por la misma economía capitalista y practicada, además, frecuentemente por ambos bandos. Pero la guerra también es un hecho; ¿qué cristiano que ame sinceramente la paz se resignaría a ella gustoso? Añaden que ellos mismos descartan de su ánimo todo odio en esta lucha, como si pudiesen por largo tiempo resistir a las llamadas incesantes a la violencia y al odio. Poco a poco se dejan influenciar perniciosamente, y si fuesen plenamente libres en sus juicios podrían percibir en ellos los signos de su dependencia creciente respecto del marxismo.

Signos de la influencia del comunismo sobre los cristianos

Creen aquéllos que son capaces de separar del comunismo lo que tiene de ateísmo, que ellos reprueban, cuando éste forma parte integrante de aquel y se encuentra como embrionado en él. Parecen ignorar que el triunfo del comunismo sería el aniquilamiento seguro, en Francia, de la religión católica, a la que se declaran ligados. Niegan o explican por motivos políticos, que son precisamente los de la propaganda comunista, la realidad de las persecuciones religiosas en la Iglesia del silencio. Están prestos a alistarse en toda campaña organizada por el partido comunista con fines políticos contra el atropello de una persona aquí o allá. Pero se muestran poco sensibles a los sufrimientos y al martirio de sus hermanos en la fe, al encarcelamiento de las jerarquías de la Iglesia, a la deportación de tantos discípulos de Jesucristo.

Se oponen a ciertas reformas sociales que tendrían por efecto mejorar el régimen, porque la finalidad primaria es la de destruir el régimen capitalista, y es preciso, para esta lucha final, sostener la agresividad revolucionaria como si de ello hubiera de resultar actualmente un incremento de los sufrimientos del pueblo. Alaban las mejoras conseguidas por el comunismo en un país que estaba muy atrasado en el plano social, pero no se preocupan del totalitarismo del régimen; ignoran la supresión de las libertades personales bajo la tiranía de su propaganda y de su aparato policíaco, la ausencia de una obligación moral auténtica, y, en cambio, aceptan la sumisión absoluta al interés superior del partido que manda y justifica todo.

Se viene así a aceptar los falsos mesianismos de la propaganda marxista, prometiendo la felicidad, la paz y la libertad como los frutos de la revolución comunista. Se adopta la idea marxista de la significación mítica del proletariado, coloreándola de valores cristianos. Se confunde así la pobreza evan-

(8) Encíclica "Divini Redemptoris", sobre el comunismo ateo.

"Siempre movida por estos motivos religiosos, la Iglesia ha condenado los diversos sistemas del socialismo marxista. Ella mantiene esta condena porque es su deber y su derecho permanente el de preservar a los hombres de corrientes de influencia que ponen en peligro su salvación eterna" (S. S. Pío XII, mensaje de Navidad 1942).

"El comunismo es materialista y anticristiano" (decreto del Santo Oficio, julio 1949).

(9) "La lucha de clases aproximará a los obreros cristianos a la socialdemocracia y al ateísmo cien veces mejor que un sermón ateo". "La lucha de clases, realmente en marcha, educa a las clases más que todo y mejor que todo" (Lenin, "Marx, Engels, Marxismo").

gélica y la condición proletaria, la caridad evangélica y la solidaridad obrera. Se afirma, con los comunistas, que la Iglesia está ligada al mundo burgués y al régimen capitalista. Y, sin embargo, declaran ser fieles a la Iglesia. Pero porque la Iglesia —dicen— no es ya sólo el Papa, la Jerarquía; es "cada uno de nosotros". Se introduce así el individualismo anárquico en la Iglesia. El fin perseguido por los marxistas en el llamamiento a los cristianos es así plenamente admitido.

Homenaje a los militantes de Acción Católica

El Episcopado expresa a los militantes de Acción Católica, jóvenes y adultos, su confianza y reconoce su intrepidez viéndoles como trabajan. Ellos representan magníficas esperanzas y son capaces de sublimes entregas, como lo demuestran cada día en su hogar, en su barriada, en su medio de vida. Que sigan siendo los mismos. Refuercen su valor, la intrepidez de su fe y la fuerza de su caridad en combatir las injusticias sociales (10) por su trabajo en un terreno que les es propio y donde ellos saben responder a sus responsabilidades de ciudadano; pero muestren también este valor en una adhesión plenamente filial y en una fidelidad purísima a la Iglesia para llevar a sus hermanos incrédulos el mensaje de salvación.

CONCLUSIONES

Las dos tareas del presente

En esta coyuntura histórica, el Episcopado de Francia, en total y filial comunión con el Soberano Pontífice, Vicario de Jesucristo, entiende tener ante sí una doble tarea: la una, misionera; la otra, en las comunidades cristianas. No puede sustituirse la una con la otra. No se las puede oponer o confundir. Son distintas y complementarias en la única y gran misión confiada a la Iglesia de unir los hombres a Dios, y responden a las necesidades apostólicas de cada generación.

La tarea misionera

Hoy se ha planteado un grave problema por la constitución, en nuestro país, de grupos humanos que, viviendo la misma vida de trabajo, forman, al margen de antiguas poblaciones, ciudades nuevas, donde la revelación cristiana no ha penetrado todavía y donde la Iglesia es a menudo desconocida o, mejor, simplemente conocida por las mentiras de una campaña materialista y atea.

La Jerarquía siente muy vivamente su responsabilidad en relación con las masas que ignoran el mensaje redentor del divino Maestro. Por ello su tarea misionera tiene por finalidad el incorporar y llegar a los incrédulos por la presencia y la acción en estos medios distanciados de la Iglesia, a través de un laicado cristiano solidario de este mundo, al que ha de llevar el testimonio de la caridad de Cristo y llenará cada vez más la misión de evangelizar que le ha confiado la Iglesia.

He aquí por qué también la Jerarquía se esfuerza en despertar y estimular en el clero y los fieles un espíritu misionero lleno de respeto, de amor y de servicio a esas masas incrédulas, con el sentimiento profundo de su miseria espiritual y de sus sufrimientos materiales. A ellas quiero darles los sacerdotes de la misión obrera.

Si es verdad que el problema misionero se plantea con una agudeza particular en el mundo obrero, sería un error pensar que no es urgente en otros medios; ¿no hay en Francia regiones rurales enteramente extrañas a la fe cristiana? La Acción Católica de los diversos medios ¿no constata cada día las huellas invasoras del paganismo y del laicismo ambientes? El Episcopado mira con solicitud a todos. Quiere que se anuncie el Evangelio en todos los ambientes.

Tarea de las comunidades e instituciones cristianas

Pero no basta que sea anunciada a todos la buena nueva y los medios de salvación puestos por la Iglesia a disposición de los más alejados de ella. Es necesario también que aquellos a quienes se lleva el mensaje puedan encontrar en torno de sí, en las parroquias, el signo visible de la caridad en la existencia y en la irradiación de verdaderas comunidades cristianas. Si éstas se repliegan sobre sí mismas y permanecen insensibles al drama de la salvación de la humanidad, toda la acción misionera quedaría paralizada. Por esto la Jerarquía, siguiendo su tarea tradicional, por medio de las instituciones cristianas quiere abrir a sus fieles a estas perspectivas misioneras permitiéndoles descubrir lo que exige su pertenencia a una Iglesia que es por su misma esencia misionera. Pide a las comunidades cristianas que se conviertan cada vez más en focos de vida y de caridad fraterna, participando lo más intensamente posible en la oración, en los sacramentos, en el divino sacrificio, haciéndoles sentirse responsables de sus hermanos incrédulos con quienes se cruzan todos los días, invitándoles a acoger a los cristianos llegados de todas partes. La Acción Católica general, ante el llamamiento de la Jerarquía y bajo el impulso del clero, readapte en este momento las parroquias a su misión de vida verdaderamente comunitaria. Las instituciones cristianas se orientarán más cada día hacia la formación de apóstoles capaces de mostrarse, en un mundo descristianizado, testigos animosos de la verdad y de la caridad de Cristo. La enseñanza libre continuará así mejor que nunca, y cualquiera que sea la forma de civilización, llenando su servicio a la Iglesia en participación con la misión de enseñar de la Jerarquía. Ofreciendo a las familias y a la sociedad "el medio educativo completo" (Pío XII), donde se hace la síntesis de los valores humanos y cristianos en dependencia constante de Dios y de Jesucristo Crucificado.

La esperanza cristiana

En el seno del mundo moderno, y ante las civilizaciones de mañana, la Iglesia afirma su esperanza, sin ignorar los obstáculos que encontrará. Ella se apoya en las promesas divinas de su Fundador. Tiene confianza en la buena nueva de salvación que trajo al mundo, cuyo cuidado le está conferido.

La Iglesia pide a sus hijos que se guarden tanto de una inquietud malsana e impotente como de una indiferencia culpable. Les recuerda que está destinada a proseguir su misión a través de las sucesivas civilizaciones humanas, ya que todas tienen necesidad de redención.

No renunciará jamás a anunciarles su mensaje de amor y de salud a aquellos que hasta el presente han cerrado a ella su corazón y rehusado escucharla. Su oración les señala y les abre el camino hacia Dios.

(10) "¿Desde cuándo existe un proletariado de la industria que haya combatido como la Iglesia, en una lucha leal, para defender los derechos humanos de los trabajadores? En una lucha leal, porque es un acto al que la Iglesia se cree obligada ante Dios por la ley de Cristo. Es una lucha leal; no para excitar el odio de clase, sino para garantizar a la clase obrera una situación segura y estable que poseían ya los otros estamentos del pueblo, y a fin de que la clase obrera llegue a formar parte de la comunidad social con derechos iguales a los de sus miembros" (S. S. Pío XII, alocución a los miembros del primer Congreso Italiano sobre el trabajo femenino, 15 de agosto de 1945).

REFERENCIAS

Pingüinia musical

DESDE el sótano luminoso y abigarrado de una librería sube a los saltos, acentuándose con cada compás, el coro de cervezómanos que entona el Himno a la Alegría. Llega al último escalón y le da un dolor de cabeza más a Violeta Duplessis, que agoniza largamente en el salón de la vereda opuesta, mientras llena de sollozos contenidos la calle, suspira y espuma el pecho todavía bien nutrido, pasa de un canapé a algo dorado, y eleva casi insosteniblemente su conducta, antaño no muy bien vista. Cuando uno ha terminado de angularse los ojos con todos los rectángulos del arte concreto y abandona la delgada vidriera de la librería, van quedando atrás, todavía entremezclándose como unos cabellos de ángel en una barba selvosa, la inmarcesible languidez de Violeta y el hipo rítmico de los buenos germanos.

Luego, Corrientes corta el indefinido ir y venir de los viandantes de Florida con las pitadas enérgicas de los vigilantes, que se empeñan en enseñarles cuándo y cómo habrán de cruzar la calle en un futuro mejor organizado. Más allá, Florida se remansa, y pocas cuadras después los transeúntes que llenaban la calzada de vereda a vereda van siendo menos, el río humano se abre en hilos, se desfleca; algunos hilos se sumen y otros se esmirrian.

Y por ahí, al seiscientos, un preanuncio sin despido de la trompeta de Jericó sale de una tienda de música, corre detrás de cada uno, le demuele los oídos, y vuelve otra vez a la vidriera de que proviene. Le ocurre a uno en el oído izquierdo, si es que está subiendo la calle, porque el derecho anda demasiado ocupado con los borborigmos de una viola, que sufre una indigestión de comedia italiana, como le escribiera hará unos ochenta años Aloysius Bertrand a quien les dice todo esto.

Si en medio del deseo de huir decorosamente (1) usted se detiene un poco, entonces verifica que ésos, que toman sol con el pico en alto y los ojos velados, éstos, que atienden al sonido más íntimo que suscita la música con la que Orfeo pudo haberlos encantado, son otros; no aquéllos que usted viera en las vidrieras anteriores, caída la cabeza sobre el pecho en la muerte de Violeta, o exaltados rítmicamente en la playa de la librería; tienen la cabeza en alto, están en éxtasis, sintiendo la armonía divina que baja al corazón, y un poco más, por el sol tibio de la tarde; les llega hasta lo hondo, funde la música en su corazón y lo funde, melificándolo hasta licuarlo, como la *lauzeta*, la alondra que Dante pidió prestada y en su distracción de genio olvidó devolverla, a Bertrand de Ventardorn; la alondra que tras el trino calla.

nell'ultima dolcezza che la sazia

Y aunque ellos no son la alondra, ay!, son los pingüinos musicales. No son la alondra, pero la estirpe es noble. Noble, y en su labor musical, aguantadora. Díganlo las paredes contiguas a las vidrieras que apuntalan con sus cuerpos, y las baldosas que sostienen contra el suelo, parados en la acera.

Síntesis Semanal

EL 2 de Agosto apareció briosamente el primer número de *Síntesis Semanal*, publicación destinada a informar sobre autores y libros, música, conferencias, ballet, cine y teatro. Si exceptuamos, pues, las exposiciones de artes plásticas, el programa de *Síntesis Semanal* cubre la vida artística de nuestro país e informa abundantemente sobre lo que ocurre en iguales materias en el exterior.

La primera página de *Síntesis Semanal*, que tiene la forma y tamaño de un diario *tabloid*, está encabezada con una noticia que dice: "Estrenan en tal teatro la comedia tal y cual de Fulano autor". Al lado, esta otra: "Extraordinaria actuación de la actriz (aquí el nombre de la actriz) en la obra (aquí el nombre de la obra)". Debajo, a cinco columnas: "Anuncian la próxima edición de una autobiografía de (un gran indio) y (el título de una obra francesa, contemporánea) de (el correspondiente autor francés, algo más arrugado)". Más abajo, "También aparecerá en Buenos Aires (novela chilena) de (lógicamente, autor chileno)". Al pie de la página, a tres columnas: "Estudia la política revolucionaria española el ex-embajador Perengano".

En la segunda página se declara la autenticidad del diario de Litvinoff, con lo cual se despiertan en uno toda clase de dudas maléficas que no tenía. Se dan noticias de los hallazgos contemporáneos de un egipcio, que anda de costado por todo Buenos Aires, impreso en la tapa de un libro, etc.

Evidentemente, *Síntesis Semanal* es una publicación dinámica, digna de atención y estímulo, por cuanto intenta algo en pro de la popularización de la cultura — dos términos, popularización y cultura, que pueden ser en ciertos aspectos contradictorios.

Y justamente, es en cuanto al modo escogido para ése, su intento de popularización, donde nuestros reparos, si es que son tales, se centran. Porque, si ya ciertos diarios inflan sus informaciones, convirtiendo en noticia cualquier relleno mediante el uso de determinadas construcciones de frases — cierta retórica que por lo desflecada tiene todo el aire de no ser tal, pero en cambio es la retórica de lo desflecado— la situación se vuelve más evidente dentro de un recinto menor, en un ámbito como lo es el de las actividades que comenta *Síntesis Semanal*, donde interesan más las inflexiones y los matices que lo que malamente suele llamarse periodismo.

Parecería, ¿no es cierto?, que lo que se afirma tendiese a salir de lo que es, y que pudiera perder su significado, cuando los títulos de un órgano de información y crítica de arte, tienen el aire familiar del periodismo sensacionalista. Quizá, no haya sido ése, el propósito; talvez, sea solamente la práctica del periodismo —que de más en más y salvo una escasa aunque importante excepción, ha dado en confundir una tónica igualitaria para todo, sea importante o no, aquello que se dice, con el lenguaje adecuado— lo que haya conducido a sus redactores a adoptar un tono que no parece corresponder a la cosa en sí. El negocio artístico es, ante todo, un negocio afectivo. Con todo el afán de *Síntesis Semanal*, con todo el bien que podría producir en una ciudad que, como la nuestra, necesita una publicación del tipo del de la comentada, aparentemente, en cambio, muestra harta propensión a transformarlo en un asunto de bombos y platillos.

Si luego de lo dicho, exceptuamos ese desajuste entre el tono de las titulares y la materia de que se trata, adentrándonos un poco más, podremos ver que su crítica musical, de teatro y cinematográfica, es independiente y clara. Sin llegar a ser agresiva, carece de aprensiones. Por el contrario,

(1) Decorosamente: modo en que hay que arreglárselas para huir cuando existen testigos.

ARTES PLASTICAS

Arte sacro actual

"LAS imágenes y formas modernas —reza la declaración formulada por el Sumo Pontífice en su Encíclica Mediator Dei—, efecto de la adaptación a los materiales de su confección, no deben despreciarse ni prohibirse en general por meros prejuicios, sino, que es absolutamente necesario que, adoptando un equilibrado término medio entre un servil realismo y un exagerado simbolismo, con la mira puesta más en el provecho de la comunidad cristiana que en el gusto y criterios personales de los artistas, tenga campo de acción el arte moderno para que también él sirva con la debida reverencia y el debido honor, a los sacros edificios y a los sagrados ritos, y así, pueda unir su voz a aquel maravilloso cántico de gloria que los genios de la humanidad han entonado a la fe católica en el rodar de los siglos...".

Hemos ya reseñado aquí las distintas iniciativas que en Europa y en América saludaron estas palabras convidadoras. En Buenos Aires, importantes salones de arte religioso se celebrarán en el curso del presente año. El Museo Histórico de la Iglesia organiza la "Primera Exposición de Arte Sacro Moderno", a efectuarse en octubre en salones de la casa Gath y Chaves; Mediator Dei se apresta a celebrar en Witcomb una muestra en la que participarán artistas nacionales contemporáneos; en idéntica línea, la dirección del salón Comte ha reunido obras de un conjunto de calificados artistas.

Valores harto disímiles reúne esa exposición de "Arte sacro actual". Se exhibe un óleo de densos trazos, "Escena bíblica", de Georges Rouauld, desbrozada materia vivificada por la pasión ardiente de pintar. Una Virgen con el Niño del japonés Foujita, ceñida en la forma y de sobrio color. Una pieza al yeso cocido de Alfredo Guttero, pintada en 1932, la que conserva su rigor expresivo. Señálase, de especial modo, un Cristo arcaico, de materia como agolpándose en la resignada alma del Crucificado, del escultor Libero Badii. Guardan particular decoro la austera "Crucifixión" de Leopoldo Presas y las bellas figuras coloridas de Torres Agüero, así como la madera esculpida "Virgen y niño" de Rodolfo Pirovano, dos típicas figuras de la comprensión plástica de Norah Borges, y la finísima composición, igualmente representando "La Virgen y el niño", de Raúl Soldi. Esta obra es una de las más calificadas de la muestra: la delicada imagen ha sido cuidadosamente lograda con esa rara calidad del artista que une a la esencia de su pintura sensible los cálidos ornamentos del dibujo. Fray Guillermo Butler, Luis Centurión, Rafael Squirru completan el núcleo de los pintores que exhiben temas religiosos. Aun cabe celebrar una Virgen del escultor José Alonso, imagen tierna y candorosa, que inaugura una nueva etapa del artista marplatense. Y una extraña madera de Vitullo, artista argentino muerto recientemente en París, titulada "Cristo Rey".

LAURA MULHALL GIRONDO

EN el proceso de síntesis e inventiva plástica contemporánea, hacia 1945, Laura Mulhall Girondo emprendió la tarea de pintar la pampa con ardor realista. Esta fué su primera etapa. Años después, en 1952, las témperas, de amplios planos y sombras, esa naturaleza surcada por nubes donde las manchas de los animales exaltan la grandeza de un espacio infinito, vienen a ubicar la labor de la pintora. Un tercer momento, el actual, la imaginación de Laura Mulhall Girondo crea en el cuadro una sugestión y un misterio que acercan los elementos de *su* pampa a un plano abstracto que sorprende en la trabajada entonación de sus óleos, en cada uno de los cuales domina un tono y al par un sentimiento jubiloso o nostálgico. En sus construcciones libres del campo argentino, sutiles gamas usadas por una artista de rica sensibilidad, enriquecen esa porción de nuestro país con obras considerables. En su nuevo desarrollo artístico, la pintora tendrá ahora que afinar su paleta en el sentido de dar mayor transparencia a su materia expresiva, depurándola por la calidad pictural, sin duda situación que sentirá quien ha pintado tan evocadores trabajos con auspicioso gozo humano y estético.

GRAY

EN una búsqueda de inquisiciones inteligentemente abstractas, Alberto Gray, en Plástica, ha hallado intuitivas imágenes mediante superposiciones de planos y formas de un ajustado equilibrio intelectual y plástico. Su "Bosque", en la esencia de los colores esgrimidos con la voz del poema, o lo geométrico que define "Ciudad vertical", junto a hallazgos no ocasionales y grafismos sobre el plano cromático, muestran al pintor en lucha con la materia a la que por momentos logra dominar. En esa tarea, Alberto R. Gray tendrá que ahondar aún más su entidad pictórica, limpiar su paleta de algún riesgoso tono espúreo, no descuidar la totalidad de su espacio plástico.

ROSSI

LOS objetos se fusionan con la mancha sensible y necesaria, y, en la composición, ejercen su envolvente función pictórica.

Pintura que nace de una controlada emoción y del cuidado en atender los valores antes que a la mera representación, Roberto Rossi, en Wilenski, aúna en sus ya reconocibles naturalezas muertas, en sus cafeteras, fuentes, frutas, flores, que viven como signos musicales, y también en el esbozo de la figura humana o el paisaje, una vibración del espíritu que sólo busca su íntimo mensaje en la fina orquestación que otorga a sus tonos. Con esa facultad, Rossi ha pintado más de un óleo dentro del clima dominante de su pintura que distingue

---

las crónicas se vuelven elogiosas, o bien tan sólo informativas, en lo que a libros se refiere.

En resumen, pues, dejando de lado la inevitable profusión de errores en los nombres extranjeros, teniendo en cuenta la gran cantidad de información, la habilidad general, y su propósito, *Síntesis Semanal* se convierte en una publicación de interés para todo aquél a quien preocupe la cuestión artística en mayor o menor grado.

Confusiones

MELANCOLICAMENTE, a lo largo de diez meritorias y medulosas páginas del número Julio-Agosto de la revista *Estudios*, nos enteramos de las confusiones que crea a sus lectores Jaime Potenze, crítico cinematográfico y teatral de CRITFRIO.

Si alguna duda nos hubiera quedado y aun siendo duro de admitir, habríanos debido reconocer la verdad, luego de leer la nota crítica sobre *Un ángel de barro*, que se publica en ese mismo número de la citada revista: Potenze, una vez más siembra la confusión entre sus desprevenidos lectores. Para ilustrar este punto de vista, nada mejor que reproducir paralelamente a cada expresión de tal crónica la que usara Potenze criticando la misma pieza teatral:

Crítico de Estudios: "acaba esta apología del concubinato escrita por Gerardo Ribas, interpretada por Iris Marga al frente de un discreto elenco y patrocinada por la Comisión Nacional de Cultura"...

Potenze: "Esta apología del concubinato fué interpretada por la compañía de Iris Marga, bajo los auspicios de la Comisión Nacional de Cultura, dependiente del Ministerio de Educación".

Crítico de Estudios: ..."amable concubinato"...
Potenze: ..."feliz concubinato"...
Crítico de Estudios: ..."ordena casamiento"...
Potenze: ..."ordena casamiento"...
Crítico de Estudios: ..."ofrecerse desinteresadamente"...
Potenze: ..."se ofrece desinteresadamente"...
Crítico de Estudios: ..."sugiriendo visitar antes el Registro Civil y la Iglesia"...
Potenze: ..."sugiere legalizar la situación pasando primero por el Registro Civil y luego por la Iglesia"...
Crítico de Estudios: ..."ella se opone a semejante sacrificio"...
Potenze: ..."(ella) no puede aceptar sacrificios"...

No solamente confunde a sus lectores, sino que ahora se las arregla para que las crónicas ajenas se confundan con las suyas, llevando la confusión a la revista que lo califica de confuso. Y para colmo de confusiones publica su crítica con dos meses largos de anticipación, exactamente el mal día del 13 de Mayo pasado.

MARIO BETANZOS

un temperamento al cual le es grato, como en los poetas simbolistas el sugerir más que el nombrar, el ahondar en el alma de las cosas más que en la realidad mundo: su pro y contra.

SEOANE

AL efectuar el año anterior su muestra en Viau, señalamos los valores fundamentales de Luis Seoane. Destacamos su fecunda y múltiple personalidad, que le permite pasar de la literatura a la pintura, o de la ilustración a la tela, en la acentuada expresión plástica que cultiva.

"Mujeres", óleo de Luis Seoane

En su actual exposición en Bonino, lo vemos fiel a su contextura expresiva, atento al dominio del cuadro por conducto del plano de color bidimensional, en la remarcada línea del dibujo, en el ajuste formal de sus elementos funcionales. Su cromatismo lo identifica, y también su temática, mujeres junto al mar, o naturalezas muertas, de tonos sonoros y dominantes en la simplificación estructural y el gozo de la sustancia, carne y vida de su condición de pintor. Una materialidad, que se torna poesía, mueve su pincel, que obtiene, así, limpias imágenes de pasión y lirismo.

En su maduro crecimiento, Luis Seoane seguirá ahondando sus entidades plástico-picturales, labrando la dimensión robusta de su pintura. Este rigor enriquecerá agudamente su obra de ancha vena humana.

ITALIA EN FAGGIOLI Y MONACO

DE regreso de su viaje a Italia, Juan Carlos Faggioli ha traído óleos y dibujos que presenta en Witcomb. Trazos rápidos, en los diseños y frescas visiones de ciudades peninsulares, muestran al pintor captando bellezas de aquel país. Hay síntesis de color, de acento escenográfico, en "Via Panisperna", y una materia afinada en "Paisaje de Roma" (Nº 20), sobre cuyos extremos, en pasajes descriptivos, discurre el artista.

Ya dijimos de qué modo Italia, con sus ciudades antiguas, de Siena o de Arezzo, y figuras de candorosos caballeros, con caballos y al pie de palacios y fortalezas medievales, mueven la vocación de Primaldo Mónaco. Nuevos aportes son sus óleos de Rose Marie, a los que agrega cabezas nostálgicas y retratos de niñas. Su registro se enriquece a un tiempo en las monocopias, en sus tiernas cabezas infantiles.

DICCIONARIO DE ARTISTAS ARGENTINOS

YA los artistas plásticos argentinos disponen de un Diccionario. Este émulo de Benezit, es el profesor Adrián Merlino, quien nos ofrece un documentado libro donde ficha a unos mil trecientos cultores de las bellas artes actuales y unos cuatrocientos del pasado argentino. Labor necesaria, ella tendrá que ir completándose y depurándose en sucesivas ediciones. Lo primordial de la labor futura de Merlino, consistirá en fijar la dimensión de cada artista de acuerdo a méritos artísticos y no meros cargos oficiales o premios que nada significan en el orden plástico y estético. Este hecho capital de su trabajo, lo llevará a no olvidar a pintores de la significación de Basaldúa, Batlle Planas, Farina, Gambartes, Azzoni, o un escultor tan prestigioso como Lucio Fontana. Atenderá la bibliografía sobre los artistas nacionales, no sólo de los muertos sino de los vivos, transcribiendo juicios ubicadores y, en la necesidad de podar su árbol noticioso tan cargado de hojas otoñales, naturalmente dirá de cada cual cuanto corresponda; no más ni menos.

Estas objeciones que legítimamente formulamos en beneficio de la obra, no excluye nuestro reconocimiento por el trabajo de A. Merlino al ordenar los múltiples datos que contiene el "Diccionario de artistas plásticos de la Argentina. Siglos XVIII, XIX y XX".

POLEMICA SOBRE ARTE

NO es común en nuestro medio la polémica sobre el arte y la literatura. No sabemos porqué extraños designios, pero la crítica en la Argentina se ve obstaculizada por artistas y escritores que temen, al parecer, la verdad del crítico, el juicio que nada pide sino valores. Buen síntoma es la publicación del número polémico de la revista "Saber Vivir", en el que se discuten temas vinculados a las artes y las letras contemporáneas. Entendemos que otros números estudiarán en igual extensión y más intensidad definidora obras de artistas de América o de nuestro país. Queda la ancha posibilidad de esa compulsa para la misma publicación y otras que sigan su ejemplo. La necesidad de la crítica y su saliente arista polémica es indispensable a todo espíritu libre, a todo pueblo que estime y cultive virtudes primordiales.

HISTORIA GRAFICA DEL ARTE

EN el viejo y siempre útil "Apolo" de Salomón Reinach, generaciones de estudiantes han aprendido a amar el arte y seguir inteligentemente su desenvolvimiento desde los períodos primitivos hasta el novecientos.

Margarita Nelken, en su libro "Historia gráfica del arte occidental", editado por Poseidón, nos ofrece "una visión de conjunto de la evolución del arte, presentada en forma sencilla y asequible a todos", con un criterio didáctico acaso más eficaz que en el noble libro de Reinach. Abarca edades y culturas que se suceden a través de la prehistoria, el mundo antiguo, el cristianismo, el renacimiento, y los países creadores del gran arte de Occidente, para introducirnos en las modalidades modernas.

El valor de este tratado elemental, jugoso y viviente, que será consultado por los estudiantes de bellas artes de los países hispanoamericanos, a quienes está dedicado, reside en el erudito, culto y justo comentario con que Margarita Nelken ha acompañado cada uno de los cuatrocientos grabados que se reproducen en el tomo. Ello permite interiorizarse de procedimientos, estéticas, obras maestras; un sin fin de variaciones y matices que las mismas brindan al estudioso y gustador de las extraordinarias creaciones que

"Emparvando", óleo de L. M. Girondo

CINE

LA PRINCESA QUE QUERIA VIVIR

Si consideramos a *La princesa que quería vivir (Roman holiday, 1953)* como grato cuento de hadas, el juicio no puede menos que ser favorable; pero si recordamos que fué dirigida por William Wyler *(La heredera, Cumbres borrascosas, Antesala del infierno)* y que encabezó la lista de películas norteamericanas enviadas al último Festival de Venecia, el espíritu crítico debe afinarse y recordar una vez más la diferencia entre artista y artesano, que ya va pareciendo obligada cuando entra el director de *Lo mejor de nuestras vidas* en discusión.

Desde el punto de vista formal —y, sobre todo, del de la dirección de actores— esta película está plena de hallazgos: Audrey Hepburn es deliciosa, y camina, ríe, saluda, toma helados, duerme, se quita los zapatos, bebe leche, bosteza y rompe violoncellos con el modo más adecuado para extasiar al espectador medio. Gregory Peck aparece en la pantalla, lo que es casi más de lo que pueden pedir sus admiradoras; y Eddie Albert —flamante adquisición de Paramount— está allí para registrar en su cámara los mohines de la encantadora Audrey, con lo que queda cumplida su misión. La acción transcurre en Roma, y Plann y Alekan que debieron haber estado allí para mostrar algo más que la Piazza de Spagna y un heladero ambulante, desaprovechan la ciudad, a pesar de haber contado la película con el asesoramiento de Luciano Emmer para los exteriores.

El argumento —en el que algún suspicaz ha creído ver alusiones a la princesa Margarita de Inglaterra— se desarrolla con ritmo ágil y siempre interesante. Todo lo que pasa ocurre entre sonrisas, y si bien hay algún elemento desaprovechado (¡Qué no habría hecho René Clair con los ocho detectives vestidos de negro que vienen a rescatar a la princesa, en vez de arrojarlos al Tíber como Wyler!) el saldo total es francamente agradable. La película es un "scherzo" cuyo fin es entretener al público y hasta hacerle enjugar alguna lágrima paradojalmente anti-monárquica, al constatar imposibilidades morganáticas. Wyler es un maestro para la narración, y sobre Audrey Hepburn sólo agregaremos que de no haber sido ella la protagonista, el director tendría que haberse preocupado un poco más por hacer cine, con lo que los críticos snobs y pedantes habríamos quedado satisfechos, pero no entretenidos y divertidos.

Jaime Potenze

LAS AVENTURAS DEL CAPITAN SCOTT

Las necesidades de la propaganda han impuesto el estilo de este título, tan satisfactoriamente probado en los cines de barrio *(Aventuras del capitán Blood, Aventuras de Frank y Jesse James, Aventuras de Superman,* etc.) a una película que no lo merecía. Ante todo, porque las empresas de Richard Scott no fueron aventuras en el sentido vulgar que se sugiere, y luego porque su vida y sobre todo su muerte, constituyen un hermosísimo motivo de tragedia (en Italia la cinta se llamó "La tragedia del Capitano Scott") digno de haber sido señalado de otra manera.

"Scott, el del Antártico", es el título que dieron sus productores a esta cinta (Scott of the Antartic, 1949) y ciertamente el tenaz explorador a quien embrujaron y perdieron los hielos desconocidos del Sur, merecía ese cognomen por la energía, la decisión y el sereno valor que dan a su figura una talla digna de su helado e indómito adversario. El relato de la última expedición de Scott, al que se circunscribe el film, es el relato de una amarga desilusión: la de quienes, después de haber creído alcanzar los primeros el Polo Sur —a costa de una lucha penosa y obstinada— llegaron a la meta para comprobar que la expedición noruega de Amundsen, favorecida por una fortuna excepcional, había plantado allí su bandera una semana antes. El destino del explorador inglés era el fracaso, y no le fué ahorrado ninguno. Tampoco pudo volver a Inglaterra para comunicar sus observaciones científicas, el viento helado le cerró el camino, y él y sus compañeros murieron en las blancas llanuras australes que tanto amaron. Pero lo más hermoso de esta historia, lo que le da un purísimo acento trágico, es el valor moral de aquel hombre desdichado que no se desmintió en ningún momento —como atestiguan su diario y los de sus camaradas—, su energía, su abnegación y su resignación verdaderamente cristiana ante la frustración y la muerte. Atendiendo a estos valores, la OCIC otorgó a esta película una mención especial en el Festival de Cannes de 1949, y ciertamente es de las pocas que pueden recomendarse al público adolescente.

Porque todo esto aparece en *Las aventuras del Capitán Scott* aunque no con el relieve deseable. El director Charles Frend y los argumentistas Walter Meade e Ivor Montagu prefirieron la epopeya a la tragedia, la exposición en superficie al estudio en profundidad. Nosotros hubiéramos preferido lo contrario; John Huston, seguramente, también, y podría haber hecho un film magistral y distinto con su tema predilecto, la frustración. Pero la grandeza de la historia se impone de todos modos en la obra de Frend, y después de las secuencias iniciales, flojamente dirigidas y mal fotografiadas en un insignificante Tecnicolor, el relato cobra nervio por gracia de una dirección y un montaje cada vez más asentados, aunque no libres de desfallecimientos. No olvidemos que la formación de Charles Frend es eminentemente documentarista, y que ello explica que se sienta mucho más cómodo entre los auténticos hielos polares (los pingüinos son la evidencia discreta del viaje) o en el glaciar suizo de Aletsch, o en el Hardanger Jokul en Noruega, que en medio de los telones pintados de los estudios Ealing.

Pero no olvidemos tampoco que la cinta no hubiera alcanzado la convicción y la belleza que logra por momentos, sin la ayuda de la fotografía en exteriores, y principalmentet de la labor de Jack Cardiff *(Zapatillas rojas, La Reina Africana)*, el más notable experto en Tecnicolor de Inglaterra, país que se jacta de la mejor fotografía en colores del mundo. Jack "of all colours" ha logrado, con técnicas apropiadas, imágenes de una sugestión admirable en tonalidades blancas y verde-agua, posiblemente inéditas hasta entonces.

Recordemos, en fin, el digno aporte de Vaughn Williams que compuso una música de fondo de rara calidad; y la muy sobria, humana y británica interpretación de John Mills, un Scott muy plausible.

Sylvia Potenze

EL ABUELO

No lo hemos podido confirmar, mas se dijo que *El abuelo* fué exhibida en el Festival de San Sebastián. Si así ocurrió, los españoles han de haber reaccionado como lo hicimos los argentinos cuando hace unos treinta años nos enviaron de Hollywood, *El gaucho*, de Douglas Fairbanks. Porque mandar esta versión criolla de Benito Pérez Galdós al país de origen es sencillamente una majadería. La recia estampa del castellano patriarcal que se delineaba en la novela, es sustituída en esta traducción indiana por un Enrique Muiño al que le falta planta, estampa, señorío y eses, aunque es cierto que no lo presentan como español, sino como representante de la vieja oligarquía salteña, que casi estuvo por gobernarnos y que a juzgar por la muestra es mucho mejor que no lo haya hecho.

La trama, que podría haber sido interesante, se pierde entre el tono declamatorio del protagonista y el tontísimo de dos adolescentes a las que Argentina Sono Film ha presentado como "revelaciones", y que tampoco dejan muy bien parada a la antedicha casta, esta vez desde el punto de vista

---

el hombre ha soñado y realizado en el curso de los siglos.

ARMAGNI, NOVOA, ZYGRO

EXCELENTE grabadora, dada a búsquedas de orden técnico y expresivo, muéstrase Aída María Armagni en Plástica.

Nóvoa, inclinado a escuchar a su culto amigo Luis Seoane, ha evolucionado hacia una pintura decorativa y a veces vibrante por la forma y el color, que atestiguan sus progresos sobre su exposición anterior en Muller, lo cual celebramos. La claridad de sus imágenes, la potencia expresiva, la calidad de algunos tonos, el sentido compositivo, y no pocos hallazgos personales, definen su muestra actual en Viau.

Grabados en negro y color presenta Zygro en Galatea. Los mismos han sido reunidos en libro, con un prólogo de Aldo Pellegrini. Zygro cultiva el abstractismo lírico, de finas armonizaciones tonales.

Un joven pintor peruano, Félix Barrenechea, formado en nuestro país, donde obtuvo alguna recompensa, exhibe sus óleos en Krayd.

A Antonio G. Cónsole debiera hacerle reflexionar su óleo, bien logrado, Nº 5, en Peuser.

La Galería Bonino acaba de editar una carpeta de gran formato con diez estampas de Luis Seoane y un poema de Rafael Alberti.

intelectual. Se limitan a correr, hablar al mismo tiempo y hacer desear a su abuelo que la que es nieta no lo sea.

Fracasado, pues, el clima, y no lograda la adaptación necesaria, queda como saldo de la película una buena fotografía y la sobria interpretación de Enrique Fava en un franciscano colocado en un convento que no en balde ha hecho decir a los calificadores de la Acción Católica que hay en la cinta "falsa pintura de ambiente católico".

Jaime Potenze

PUNTO FINAL En la última entrega de "Estudios" se me dedican diez páginas en las que se dice que soy hombre que desorienta, siembra confusiones y carece de seriedad y objetividad. Se agrega asimismo que hago afirmaciones gratuitas y escribo párrafos total y lamentablemente desvariados, cuando no los inicio con contradicciones y bellaquerías. (Como ejemplo de estas últimas, se transcribe mi opinión de que CRITERIO es demasiado importante para que sus críticos desvariemos). Se informa asimismo que mis críticas son amorales e irresponsables, cuando no engañosas; y se me describe como hombre hueco y presuntuoso, que cuando dice algo que vale la pena (cosa que se advierte no suele ocurrir) lo tiñe de superficialidad, desunión y presuntuosa vanagloria. Además, se afirma que no tengo la menor idea de lo que es crítica de arte.

En otro lugar de la revista (Pág. 338) uno de sus colaboradores dice que la crítica de arte es un concierto gatuno, lo que creo puede ser cierto; y a veces hasta a dos voces a lo largo de muchos párrafos. Permítaseme —volviendo a lo principal— agradecer de nuevo el caritativo empeño que se pone en corregirme, y declarar que no puedo seguir la polémica porque hay terrenos y léxico en que prefiero que mis adversarios se queden solos.

Jaime Potenze

G R A G E A Ultimamente se han estrenado algunas películas cuyas críticas han aparecido en números anteriores. Entre ellas *Sadko* (Nº 1195). *Moulin Rouge* (Nº 1196), *Beldades nocturnas* (Nº 1200), *Selina* (Nº 1210), *Mi amigo el ladrón* (Nº 1198) y *Juegos Prohibidos* (Nº 1200). Las páginas, respectivamente, fueron en orden las 677, 713, 892, 295, 803 y 893... Hay conversaciones entre Emilio Fernández y un consorcio ítalo-venezolano para producir una película sobre Simón Bolívar... En Rusia, los directores Rudnev, Zaidensenur y Zdanov preparan un documental sobre los escritos de Tolstoi... Fué expulsado de la Sociedad Argentina de Autores el de F. B., Enrique Suárez de Deza... *Touchez pas au grisbi*, de Jacques Becker ha superado todos los records de recaudaciones en Paris.

Vagabond Jim

CALIFICACION MORAL DE LA ACCION CATOLICA ARGENTINA

Alegre caravana, La (27-VII-54). Crimen en ambiente de farándula y artistas. Aceptable para mayores — *Así lo quiso la suerte* (22-VII-54). El constante desarrollo en un ambiente de juego la hacen aceptable para mayores — *Cerrado el paso* (22-VII-54). Relación ilícita, justificación de robo, homicidio, en película policial. Aceptable para mayores — *Cura Lorenzo, El* (28-VII-54). Vivo ejemplo de apostolado en un medio hostil a Cristo. Aceptable para adolescentes. — *Experimento en Alcatraz* (28-VII-54). Clima de violencia. Homicidios. Aceptable para adolescentes. — *Faldas a bordo* (21-VII-54). Ambiente frívolo con escenas inconvenientes. Aceptable para mayores. — *Guacho* (27-VII-54). Enfoque equívoco de situaciones familiares. Desenlace negativo. Reservada. — *Hombre de calamidades* (3-VIII-54). Aceptable para niños. — *Maleficio* (15-VII-54). Ambiente de bajas pasiones, adulterio, asesinatos, robos, odio entre esposos sin ninguna conclusión moral aceptable. Desaconsajable. — *Máscara azul* (29-VII-54). Escenas y trajes algo censurables. Aceptable para mayores. — *Mensajera de la muerte* (15-VII-54). En película policial, adulterio, pasión de odio en la mujer engañada, suicidio de la amante, asesinato por robo. Aceptable para mayores. — *Mi amigo el ladrón* (27-VII-54). Breve escena de burla de imagen religiosa. Aceptable para mayores. — *Princesa que quería vivir, La* (29-VII-54). Aceptable para mayores. — *¡Qué mujer!* (22-VII-54). Procacidad en el argumento, escenas y diálogos, hacen este espectáculo de vodevil. Malo. — *Regreso de los hermanos corsos, El* (22-VII-54). Homicidios y violencias. Aceptable para mayores. — *Siete gritos en el mar* (27-VII-54). Escenas y narraciones crudas de pasados turbulentos. Reservada. — *Tambores salvajes* (22-VII-54).

TEATRO

UNA LIBRA DE CARNE Los primeros minutos de *Una libra de carne*, de Agustín Cuzzani, nos enfrentan a un autor inquieto e inteligente, con agudo sentido del humor y sagaz espíritu satírico, que en ésta, su primera obra, revela asimismo condiciones de comediógrafo experto en todo lo que se refiere al difícil oficio de tal.

Lamentablemente, a medida que se va desarrollando la trama, el asunto debe adecuarse en longitud a aquel transcurso, y la acción comienza a alargarse y a perder la concisión y eficacia de los primeros momentos. No dejan de anotarse aquí y allá réplicas y situaciones que retrotraen al espectador al clima de chisporroteo del principio, pero de cualquier manera, al sucederse idénticos elementos, la atmósfera de novedad se enrarece; y como lo dramático no ha sido administrado de modo de ir creando un climax, sino que por el contrario ha partido de una tensión que va perdiendo eficacia a medida que se suceden las escenas, el saldo no es todo lo eficaz que pudo haber sido.

Los temas de Cuzzani no son nuevos: la falibilidad de la justicia, la tragedia del hombre medio vencido por el egoísmo del ambiente, la maldad de los hombres, y la estupidez generalizada. No falta la crítica al sensacionalismo, la burguesía y la mediocridad; y grato es reconocer que el autor ha buscado seriamente presentar una obra original en su técnica, que pudiera servir de eficaz vehículo de su mensaje, transparente por otra parte. Como decíamos más arriba, Cuzzani posee sentido del humor y afiladas dotes críticas. Su alegato es valiente y vibrante; y demuestra laudable independencia. No obstante, creemos indispensable anotar algunas objeciones, de las que no es la menos seria la insistencia en matices que hacen perder fuerza al conjunto. Partiendo de la base de que *Una libra de carne* es obra sin suspenso, en la que se sabe de antemano qué sucederá, consideramos innecesarias las tan cargadas tintas con que se presenta a su protagonista. Ello hace que la atención se dirija a los temas marginales que tienen como blanco la relatividad de la justicia, pero si bien podemos anotar aquí toques aislados muy graciosos y plenos de verdad en su sátira, creemos que el autor se ha dispersado un poco, y no alcanza a delinear con suficiente nitidez algunas ideas. La figura del Juez, por ejemplo, presentada en franco tono deportivo, carece de justificación dramática. El diálogo de los abogados no es muy eficaz y podría haber sido profundizado. Los ademanes y frases de Tomás Shylock García con el protagonista pecan de artificialidad, incluso dentro del clima de no disimulada ironía buscado por el autor.

Mas estos peros no alcanzan a empalidecer gravemente el grato y promisor panorama delineado por Cuzzani en este estreno. *Una libra de carne* es una buena obra, que ataca lacras que una elemental decencia obliga a denunciar, y que han sido puestas en evidencia con inteligencia y clara noción del oficio de dramaturgo.

Una excelente dirección de Onofre Lovero contribuyó con el ritmo adecuado y los matices requeridos a transmitir claramente el espíritu de la farsa. Misión esta sumamente difícil, fué cumplida de modo sobresaliente, marcando movimientos y tonos, y sincronizando las luces con la acción con la máxima exactitud. El elenco del Teatro de los Independientes realizó una buena labor de conjunto, destacándose Isidro Fernán Valdés en el protagonista, que sólo dice una palabra en todo el transcurso de la obra, pero que a base de mímica y gesticulación transmitió un estado de ánimo de manera convincente. Muy en tipo Haydée Padilla y Marita Battaglia, y con momentos buenos Daniel Roca y Guillermo Maceira. El cuarteto Tito Simonetti-Antonio Gallardo-Carlos Marottoli-Lorenzo Arias nos trajo reminiscencias de los "Frères Jacques", con lo que queda hecho su máximo elogio. Muy buena la escenografía sobre bocetos de Antón. (En el *Teatro de los Independientes*).

Jaime Potenze

Aceptable para niños. — *Yo soy el criminal* (29-VII-54). Escenas de violencia propias de película policial. Aceptable para mayores.

TEATRO

Andrea (28-VII-54). Chistes de doble sentido. Final aleccionador. Aceptable para mayores. — *Té y simpatía* (22-VII-54). Problemas muy delicados mal resueltos. Desaconsejable.

MUSICA

El Mesías, de Handel

LA reciente versión de esta obra maestra del siglo XVIII realizada en el ciclo de la Orquesta Sinfónica del Estado bajo la dirección eficiente y responsable de Ferruccio Calusio, (con el concurso de solistas y el destacado Coro Lagun Onak) ha permitido volver a oír una partitura animada en escasas ocasiones en nuestros escenarios sinfónicos. Sin duda, este colosal oratorio es el más importante y el más redondo de los aportes al género sinfónico-coral debido a esta extraordinaria figura acaso no valorada en su justa medida y quizá injustamente empalidecida por la proximidad del Cantor de Santo Tomás de Leipzig, que naciera pocas semanas más tarde en el año en que por curiosa coincidencia viera la luz Doménico Scarlatti, otra gloria de la música universal.

En nuestros días, —y ello ocurre muy particularmente en el medio musical argentino—, la obra de Handel recordada se circunscribe casi exclusivamente a los fragmentos vocales favorecidos por la suerte un poco arbitrariamente y a algunos de los *Concerti grossi* y páginas instrumentales más difundidas. Pero estamos muy lejos de otorgar a esta cumbre de la creación artística la importancia que su obra ha conquistado legítimamente en la historia del arte musical. Handel sigue siendo objeto de esa falsa admiración que se rinde a todo aquello que se presume importante pero que no se comprende y mucho menos se ama.

El Mesías, repetimos, es el más perfecto de los dieciséis oratorios bíblicos compuestos en los últimos años del maestro y de los cuales muy pocos de ellos han sido ofrecidos en nuestra ciudad; no sin entera justicia se ha dicho que "son obras capitales que parecieran haber descendido del cielo y que duraron tanto como la vibración de una cuerda". Música de inspiración religiosa reservada exclusivamente a la sala de conciertos que evoca en forma de majestuosos frescos sonoros diversos episodios pertenecientes en su mayoría al Antiguo Testamento.

Cuesta trabajo creer que tan imponente partitura haya sido escrita en veinticuatro días, casi el tiempo necesario para llevar al papel los cincuenta y tres fragmentos que la componen sin mediar mayores reconsideraciones. El hecho en sí podría no ser más que una formidable demostración de "oficio" si el contenido espiritual de la obra no fuera también una muestra de genialidad desbordante. *El Mesías* ofrece el aspecto de un caudaloso torrente en el que es necesario reparar en un aspecto de su belleza aleccionadora para nuestro siglo; la inefable virtud de expresar los más hondos y nobles sentimientos con una simplicidad de recursos siempre sorprendente.

Si Handel suele coronar los momentos culminantes de sus oratorios con monumentales páginas corales en las que la suntuosidad ornamental se caracteriza por el despliegue sonoro de real sabiduría contrapuntística, sabe infundir en los recitativos o en las Arias la persuasión de un mensaje que, si exento de grandilocuencias no carece por ello de infinita grandeza. Y es en ese sentido que proponemos al lector cualquiera de las arias de esta obra como supremos modelos hacia los cuales las nuevas generaciones deberán volver los ojos, tributando el fervoroso homenaje que provoca la serena contemplación de estas maravillosas páginas a las cuales se les concede una tolerante indiferencia falsamente generosa.

Esta anormalidad nos lleva involuntariamente a una disgresión que explica, no obstante, la falta de familiaridad de nuestro medio con tan hermosas expresiones, que si superadas en lo concerniente al lenguaje o a los medios de expresión no lo han sido hasta el momento en cuanto a sus aspectos esenciales. Es imposible asistir a la ejecución de un oratorio con el espíritu de pasividad o de recreación con que puede oírse otro tipo de música. Será lo mismo que pretender admirar una catedral juzgando solamente sus líneas exteriores. Un oratorio exige del auditor una participación activa: conocimiento del texto utilizado por el compositor, condición irreemplazable para poder disfrutar de las intenciones expresivas con las que el creador ha dado vida musical al verbo.

Es penoso comprobar como esta premisa, indispensable para la captación y real asimilación de las obras, es lo que el público en general —salvo honrosas excepciones— no se decide a superar, conformándose con la satisfacción auditiva que comporta asistir a la ejecución de buena música. De ahí los comunes e "inconfesados aburrimientos" que ocasionan en nuestros días obras de tamaña significación, pues carece totalmente de sentido asistir "desde afuera" a tan imponderables modelos.

Estas consideraciones se extienden lamentablemente a todos los aspectos de la actividad musical; bastará solamente recordar uno de los problemas aún no superados. El vértigo del dinamismo que amenaza aplastar todo aquello que presupone una vida interior ajena a las alternativas de lo aparente.

Y si es necesario ejemplificar tomaremos al azar uno de los casos más dignos de su consideración: la dilección del público —y aún de los músicos— por los artistas, tanto más eficaces cuanto más "posseurs", tanto menos interesantes cuanto menos actores, tanto más desdeñados cuanto más fervorosos y respetuosos de la misión a cumplir. ¿Hasta cuándo una feliz apostura será condición fundamental para establecer un concepto valorativo de un artista sin que se conceda más que una importancia secundaria a los dones auténticos que embellecen la personalidad del intérprete?

En conclusión nada se respeta menos que el arte mismo, el cual se toma excesivamente como pretexto para objetivos inferiores a los que él puede conducirnos.

Jorge Fontenla

Dos estrenos en el Teatro Colón

AMELIA AL BALLO. — Prosiguiendo la serie de veladas de abono, el Teatro Colón ofreció en la cuarta función nocturna el estreno de la ópera cómica *"Amelia al Ballo"*, libro y música de Gian-Carlo Menotti, compositor norteamericano, de origen italiano, cuya labor teatral ha logrado en los últimos años importante difusión en los Estados Unidos y en los principales países europeos, a pesar de cierta resistencia por parte de la crítica y el público de estos últimos. Esta popularidad de Menotti se debe en gran parte a tres de sus obras que se cuentan entre las más logradas y de mayor efecto teatral: *"El Cónsul"*, *"La Medium"* y *"Amahl y los Visitantes Nocturnos"*. La obra que nos ocupa fué su primer ensayo para la escena musical y data de

1937, estrenándose con el auspicio de la Academia de Música de Filadelfia y poco tiempo después ante el público neoyorkino. En Italia se dió a conocer en San Remo en 1938 y recientemente llegó a la Scala, no mereciendo mayor atención por parte del tradicional auditorio milanés.

Menotti, desde su primer aporte a la escena lírica se reveló más hábil libretista que compositor; la acción de *"Amelia al Ballo"*, con marcados ribetes de farsa se mantiene en un clima de franca espiritualidad, estando subrayada por una partitura que quiere evocar con limitados recursos expresivos la ópera bufa del "setecientos". Apenas si un "duettino" de soprano y barítono, un terceto y un par de romanzas logran destacarse en esta ópera, que se codea en líneas generales con la opereta, sin alcanzar la eficacia y el atractivo musical de las mejores obras del género.

En la interpretación de esta divertida farsa musical se destacaron Elena Arizmendi, encantadora como actriz, graciosa y elegante y Renato Cesari, en una notable personificación del marido burlado que trazó con sobrios recursos de actor y sus mejores dotes de cantante, en una parte que en este aspecto no ofrece mayores posibilidades de lucimiento. Nino Falzetti, Noemí Souza, Carlos Feller, Cristi Bari y Carmen Burello completaron el reparto que se desenvolvió en un marco escénico de evocadora atmósfera "fin de siècle", creado por Dante Ortolani a lo que contribuyó el adecuado enfoque de Carlos Piccinato, bajo cuyas directivas se desenvolvió la acción encarada dentro de un eficaz ambiente que bordeó lo semi-caricaturesco. La concertación del espectáculo corrió a cargo de Rainaldo Zamboni, cuya orquesta careció de relieve y flexibilidad.

La velada se inició con una "reprise" muy poco afortunada del popular drama lírico *"Cavallería Rusticana"* de Pietro Mascagni, cuya principal figura fué la mezzo soprano italiana Ebe Stignani, cantante que por desempeñarse fuera de cuerda —a pesar de la ductibilidad y amplitud de sus recursos vocales— no alcanzó el plano de sus anteriores personificaciones de Eboli, Amneris o Adalgisa, tan justamente celebradas.

EL RAPTO DE LUCRECIA. — La quinta función de abono fué confiada al conjunto dramático dirigido por Jean-Louis Barrault que presentó *"El Libro de Cristóbal Colón"* de Paul Claudel con ilustraciones musicales de Darius Milhaud, distintas a las compuestas para la ópera del mismo nombre estrenada la temporada anterior. La velada siguiente estuvo consagrada al estreno de *"El Rapto de Lucrecia"*, del compositor británico Benjamín Britten. La fama de este músico —actualmente la figura más destacada de la moderna música inglesa— data del estreno de su primera ópera *"Peter Grimes"*, trabajo que ya ha recorrido gran parte de los escenarios líricos de Europa y América. *"El Rapto de Lucrecia"*, ópera en dos actos, como la define el compositor, sobre un libreto de Ronald Duncan, basado en el drama de André Obey *"Le Viol de Lucrèce"* ha sido tratado musicalmente dentro del tipo de la ópera de cámara, empleando una orquesta reducida y ocho cantantes, seis que animan la acción y dos que personifican al coro, alternándose en el relato de la acción la cual se comenta dentro de un moderno punto de vista cristiano.

Britten no recurre aquí a fórmulas trilladas, sino que crea con indudable sentido teatral, un nuevo tipo de teatro musical, cuya vinculación más directa entronca con los oratorios escénicos del seiscientos italiano o con las creaciones de ese mismo género firmadas por Jorge Federico Haendel. El tratamiento vocal ha sido igualmente resuelto con gran habilidad, pudiendo afirmarse que *"El Rapto de Lucrecia"* es una de las óperas modernas donde el canto tiene mayor significación. La intervención de las dos voces solistas que personifican al coro tiene algunos momentos de línea vocal amplia y de considerable expansión. En este aspecto uno de los más bellos momentos de la partitura lo constituye la canción de cuna "She sleep a rose" entonada por la voz que encarna al coro femenino en la primera escena del segundo acto. A la variedad y al atractivo de las ideas melódicas contribuye un admirable tratamiento orquestal donde la claridad de los efectos de matiz y color se ve realzada por el empleo casi constante de la evocadora sonoridad del arpa, que adquiere así características de instrumento solista.

La interpretación fué en general muy eficaz, a lo que contribuyó la cuidada concertación de Roberto Kinsky que estudió la obra con dedicación, presentándola con esmerada pulcritud en sus menores detalles. Mafalda Rinaldi, que reaparecía tras dos años de ausencia, cantó con bella voz y fina musicalidad la parte del coro femenino, destacándose especialmente en la canción de cuna que inicia el segundo acto. El tenor Marcos Cubas cumplió un esfuerzo digno de elogio al abordar por primera vez una parte de tanta responsabilidad musical que presentó en muy buena forma. El único punto débil de su desempeño fué la deficiente articulación francesa, por demás descuidada. Ruzena Horakova, confirió dramáticos acentos a la protagonista, que cantó con el talento y la musicalidad ya reconocidos. Jacques Jansen animó un Tarquinius, quizás demasiado inquieto y movedizo y no muy auténticamente romano en su "tenue", destacán-

dose por su excelente articulación, lo mismo que Angel Mattiello que confirmó una vez más la autoridad y la nobleza de su canto y de su expresión en la breve parte de Junius. Felipe Romito, reapareció animando a Collatinus e Isabel Casey y Nilda Hofmann personificaron a la nodriza y a la doncella de Lucrecia, partes erizadas de dificultades vocales que presentaron con seguridad y dominio. Buena la "regie" de Otto Erhardt y muy acertados los decorados de Emilio Jorge Repetto, armoniosos en colorido y perspectivas; sobrios y en carácter los trajes diseñados por Alvaro Durañona y Vedia.

REPOSICION DE "TOSCA" y "OTELLO". — "*Tosca*", ópera de presencia casi permanente en el repertorio del Teatro Colón, volvió una vez más a su escenario, reemplazando en esta oportunidad a "*La Traviata*", ópera que ostenta igualmente un record de permanencia en los "cartelloni" de los últimos años. El interés de esta reposición radicaba especialmente en la presentación del tenor italiano Giuseppe Campora y en la interpretación de la protagonista por parte de Delia Rigal, heroína que ya había animado en los Estados Unidos en temporadas anteriores.

Actriz y cantante de reconocidos méritos, Delia Rigal delineó una figuración de Tosca, sensible y armoniosa. En su canto y en su acción pudieron admirarse el acento justo, la expresión meditada y la plasticidad de sus desplazamientos, que equilibran la verdad de la situación dramática, con la belleza de la línea vocal, elementos indisolubles en el teatro musical pucciniano, de humanísima esencia, alejado por su sinceridad expresiva de los excesos del verismo imperante en su época. En la labor de Delia Rigal no hubo arranques, ni gritos, ni llantos fuera de lugar. Su Tosca fué aristocrática, impetuosa, tierna y apasionada a la vez. Calurosamente aplaudida luego del "Vissi d'arte" que cantó con gran autoridad, su desempeño total mereció la plena aprobación del auditorio.

Por su parte, Giuseppe Campora, el tenor debutante impresionó como un cantante de atrayentes medios vocales, sobrios recursos de actor y buena escuela de canto, logrando la culminación de sus posibilidades en el tercer acto, luego de la célebre romanza y del poético "O dolci mani" que cantó con agradable y bien matizada "mezza voce". Giuseppe Taddei fué nuevamente el admirado Scarpia de la temporada anterior, notándose ahora un mayor rendimiento vocal. Tulio Gagliardo, Carlos Feller, Carlos Giusti, Héctor Barbieri y Víctor de Narke completaron el reparto de esta reposición de "*Tosca*" que tuvo, en la batuta del maestro Juan Emilio Martini, una guía segura y eficiente, manteniendo el adecuado equilibrio entre orquesta y escenario. Los viejos decorados de Rovescalli crearon una vez más el clima propicio a las melodramáticas alternativas de la acción.

La "reprise" del "*Otello*" verdiano había despertado singular espectativa por la reaparición de Carlos Guichandut, talentoso cantante argentino, quien tras cuatro años de ausencia volvía transformado en tenor dramático, habiendo abandonado hace dos años la cuerda de barítono que ya le deparara grandes triunfos en el Teatro Colón y en los principales escenarios europeos. Luego de abordar algunos personajes wagnerianos —Sigmundo y Tannhäuser— en Italia, Guichandut se consagró al estudio de "Otello", poniendo en esta difícil empresa todo su talento, sus excepcionales dotes vocales y escénicas y su admirable sentido musical. La primera experiencia italiana fué consagratoria y ahora su reciente triunfo en el Teatro Colón viene a confirmar cuanto se adelantara sobre sus posibilidades. Brillante en el canto, que superó ampliamente las dificultades de la partitura, seguro y atento en el fraseo y en el matiz, perfectamente identificado con el proceso psicológico del atormentado personaje y minuciosamente detallista en cuanto a indumentaria, actitudes y expresión, Guichandut constituyó una sorprendente revelación para el público, que aclamó su labor entusiastamente a través de los cuatro actos de la obra. Un triunfo gallardamente logrado... un aporte valioso e indispensable para nuestro medio musical.

Pili Martorell animó a Desdémona con sus ya reconocidas y valoradas aptitudes, cantando con bella línea vocal, con delicados efectos de "pianissimo" y musicalidad ejemplar, condiciones que la destacan muy especialmente entre las figuras jóvenes de nuestro medio artístico. Giuseppe Taddei se lució más como cantante que como actor, ya que su concepción de Yago nos pareció un tanto descuidada. Con respecto a su canto, diremos que fué inteligentemente matizado y claramente articulado. Completaron el reparto Eugenio Valori, excelente Cassio, Tota de Igarzábal, Pindaro Hounau, Mario Verazzi, Carlos Giusti y Juan Fóscolo. Héctor Panizza dirigió con gran convicción esta "reprise" de *Otello* que si pecó, en algunos momentos, de lentitud, tuvo sin embargo el mérito de coordinar admirablemente los conjuntos y los solos con su habitual pericia y conocimiento. Muy feliz la intervención del coro dirigido por Tulio Boni y poco novedosa y hasta incómoda, como pudo observarse en el tercer acto, la "regie" de Carlos Piccinato.

Juan Andrés Sala

Giorgio La Pira frente a los industriales y a Don Sturzo

Se recordará la valiente posición de Giorgio La Pira, alcalde de Florencia, en defensa de los obreros amenazados con el despido en la clausura de las fábricas Pignone (Ver CRITERIO 1205). Una nueva ocasión se ha presentado al joven y fogoso defensor de los pobres para manifestar su conocida posición. Acaban de ser despedidos 1.022 obreros por dos firmas florentinas (R. Gluori y Manetti Robert). Ante este nuevo aumento de la desocupación ya tan grave en Italia, La Pira interviene, no para discutir a los patronos el derecho de despedir a trabajadores que no pueden ya emplear, sino para pedir que se vaya hasta el cabo de las posibilidades y a considerar, al lado de los legítimos intereses del capital, las exigencias del bien común y de la justicia social.

Reacción en los círculos financieros.

La actitud del alcalde de Florencia provocó la reacción de un diario económico y financiero (24 ore), que invita al fervoroso La Pira... a que se discipline severamente para expiar sus estupideces.

Más interesante, sin embargo, es la reacción del presidente de la Confederación de la Industria Italiana, señor Costa, que censura a La Pira, en particular, por no respetar las leyes ineluctables de la economía. "Las leyes que regulan la economía son leyes divinas (sic); leyes que no deberían ser infringidas". Por "leyes económicas", el Sr. Costa entiende, leyes confundidas con el mecanismo económico comúnmente recibido.

La Pira no tardó en responder a la carta del presidente de la Confederación Industrial que le recordaba tales "principios": "Usted y yo, le dice, hablamos dos lenguas diferentes; viajamos en dos direcciones opuestas...". Permítame, querido Costa, que le diga con franqueza una cosa: Vd. tiene una estructura intelectual típicamente "nominalista", "legalista". Rasgo verdaderamente curioso en un hombre de negocios de su vigor. Sin embargo es la verdad.

"No hay dos órdenes "separados" (la afirmación de esta separación constituye la tesis fundamental de la teología luterana y calvinista: es la raíz, Vd. lo sabe, de todo el sistema de la economía capitalista. Creo inútil citarle a Sombart, Fanfani), no hay dos órdenes separados: el natural y el sobrenatural. No. Sino que hay dos órdenes distintos: uno, el de la naturaleza, que se encuentra bajo la acción reparadora y perfeccionante del otro, el de la gracia.

"De ninguna manera hay "leyes divinas" de la mecánica económica, sustraídas a la gran ley soberana: la ley del amor fraterno, la ley de la unidad fraternal y de la solidaridad de los hombres.

"Vd. lo sabe: todo se acaba en Cristo. Aun la vida económica. Tanto, que a través del pedido del pan cotidiano en el Pater, la economía se inserta en la misma intimidad de la paternidad divina".

Opinión de Don Luigi Sturzo

La carta de La Pira al presidente de la Confindustria no sólo provocó las protestas de los liberales ortodoxos, sino que inquietó tan profundamente a Don Luigi Sturzo, que este eminente sociólogo y hombre de acción ha publicado en el "Giornale d'Italia" un editorial titulado "La Pira estatista?".

Preguntándose si el alcalde de Florencia ha llegado a predicar el estatismo, Don Sturzo escribe:

"Si no interpreto mal su pensamiento, La Pira cree que el problema a resolver consistiría en poner enteramente el sistema financiero entre las manos del Estado... En sustancia, se trataría de establecer en Italia un socialismo de Estado cien por ciento".

Y prosigue: "La seguridad con que La Pira afirma que el mundo civil va hacia la supresión de toda libertad económica para confiar todo al Estado, tiene por origen una inexacta evaluación de las fases monetarias, financieras y económicas del mundo de postguerra... Me parece oír el eco de la divisa mussoliniana: "Todo para el Estado y en el Estado; nada por arriba, fuera o contra el Estado".

"Es lo que se llama estatismo, y contra este "dogma" levantaré incansablemente mi voz mientras el Señor me dé vida".

Don Sturzo, comprueba, al pasar, que La Pira es, ciertamente, un buen cristiano, que no sirve a otro Dios que el verdadero, y que para él el Estado no podría ser ni el fin de toda cosa ni siquiera un fin en sí. Pero, dice, La Pira es "un estatista de los pobres; ha llegado, a través de los pobres, a pensar que si el Estado tiene en la mano toda la economía puede asegurar a cada ciudadano el mínimum vital.

"El error de los estatistas, sean conservadores o demócratas, paternalistas o totalitarios, consiste justamente en una creencia tal, pues la historia no ofrece un sólo ejemplo de bienestar económico basado sobre una economía de Estado...

"Nadie puede poner en duda que las gestiones por el Estado o por parásitos son casi siempre deficitarias o, en el mejor de los casos, si producen beneficios, cuestan más caro que las gestiones privadas. Dos son las causas de esto: la ausencia de riesgo económico que atenúa el sentido de la responsabilidad, y la interferencia política que reduce o anula, según los casos, la característica de la empresa".

Don Sturzo concluye en los siguientes términos: "Ciertos católicos deberían cesar de flirtear con una especie de marxismo bastardo, arrojando como jirones sin utilidad la enseñanza católico-social de la coexistencia y de la cooperación de las clases, e invocando un socialismo en el cual, en cuanto católicos, perderían su personalidad y su eficacia".

Respuesta de La Pira a Don Sturzo

Pero, preocupado por disipar cualquier equívoco, La Pira no dejó de responder a Don Sturzo por una carta afectuosa y desprovista tanto de amargura cuanto de animosidad. Carta franca, sin embargo, en la cual el alcalde florentino dice todo lo que piensa al viejo guía de la democracia cristiana italiana.

Insiste sobre el hecho de que la intervención del Estado en los negocios no es forzosamente estatismo económico, y recuerda que Pío XI en la encíclica "Quadragesimo Anno" condenó al liberalismo económico, preconizando, en ciertos casos, la intervención del Estado. La Pira pregunta por qué habría de abandonarse a las aventualidades de la iniciativa privada el trabajo, el pan material y también espiritual de toda una clase. ¿Cómo se puede querer que los obreros tengan confianza en un sistema abandonado a los movimientos incontrolados del liberalismo económico?

Y pide a Don Sturzo que venga a comprobar por sí mismo

Bases del primer concurso para estimular la renovación del Arte Sagrado Popular

Tema: Dos estampas sobre:
a) El Sagrado Corazón
b) El Corazón de María

Premio: Un único premio adquisición para las dos estampas en conjunto de $ 1.000 m/n.

Plazo de presentación de los trabajos: Hasta el 15/XI/54; se recibirán en "Criterio", Alsina 840, Bs. As.

Jurado: No será dado a conocer hasta el momento de expedirse, en que cada uno de sus integrantes fundará su voto y será publicado en el segundo número de noviembre de la revista "Criterio".

Características de los originales: En colores, o negro, sin limitación; sobre cartón o papel de 22 cm x 13.5 cm, aptos para ser reducidos a 11 cm x 6.7 cm. Cada concursante podrá remitir la cantidad de originales que desee.

Devolución de originales no premiados: Podrán retirarse hasta el 30/XII/54. Criterio, S. R. L., devolverá por certificado los envíos no provenientes de la Capital o Gran Buenos Aires.

los hechos de Florencia, y a ejercer el oficio de alcalde en una ciudad qu cuenta con 10.000 desocupados y cerca de 40.000 personas a cargo de la asistencia pública.

Vd. verá entonces, le dice, cómo "las cosas tomarán quizás (en su espíritu de cristiano y de sacerdote) el aspecto doloroso de la injusticia... se harán el grito del hombre que busca con ansiedad lo que el Señor nos ordena pedir: el pan cotidiano. ¿Qué debe responder el alcalde a los sin techo, a los desocupados, a los amenazados con el despido, a los miserables que se presentan a él, con razón, a pedirle albergue, trabajo, asistencia?

"Este alcalde, ¿debe decir: Mi pobre amigo, no se pueden violar los derechos de la iniciativa privada. Trata de arreglarte lo mejor que puedas. Y vete en paz?

"¿Qué responderá ese pobre a las palabras de tal alcalde? ¿Dirá, éste sí que es un cristiano, éste sí que es un alcalde? Nó, ¡es un bribón, es un fariseo!..

"¡Faltan casas, y hay tantos departamentos de lujo vacíos; no hay empleos, y tantos trabajos que podrían ser ejecutados, tomarse tantas iniciativas, emplearse tantos recursos! ¿No hay dinero? ¿Y qué dice Vd. de la enorme masa de ahorro que permanece inerte por falta de inversión?".

La Pira termina su carta con esta máxima, que le es tan querida: "Ver claro para obrar con más eficacia" (L'Act. Relig.)

Iglesia y Estado en la China Neodemocrática

Después de varios años de lucha, se comprueba en la China neodemocrática una significativa diferencia entre la situación de las iglesias protestantes y la de la Iglesia Católica. Muchas confesiones protestantes están ahora coronadas, en el grado superior, por un único "Comité de Reforma para la Triple Autonomía" convertido, bajo la dirección de Wu Yao-tsung, en un rodaje de la máquina gubernativa. Las personalidades más independientes han sido finalmente separadas o neutralizadas. Cuando, durante el verano de 1953, los protestantes recibieron la orden de hacer suyas las calumnias oficiales contra los católicos detenidos en Shanghai, algunos de ellos se las compusieron para atestiguar, en privado, sus simpatías a sus hermanos perseguidos, pero las personalidades oficiales: el presidente del senado de los obispos evangélicos de China, Ch'en Chien-chen, Mao K'-chung, obispo anglicano de Kiangsu, el secretario general de la Asamblea General Nacional de la Iglesia de Cristo, el secretario general del Concilio General de la Iglesia Independiente de China, el presidente de la Asamblea de la Unión de las Iglesias Baptistas, firmaron las declaraciones exigidas. No debe hablarse demasiado pronto de una definitiva asimilación de las iglesias protestantes; pero es cierto que todos los principales organismos han reconocido finalmente al Comité Reformista de Wu Yao-tsung y, al menos exteriormente, le obedecen. De esta fusión de las diferentes confesiones religiosas, en la cual los problemas teológicos se esfuman en un mismo conformismo político, otro hecho sintomático ha sido la creación, en Nankin, de un seminario único para quince diferentes denominaciones religiosas. Este seminario ha sido inaugurado el 1º de noviembre de 1952, y su dirección ha sido confiada a un ministro anglicano, Ting Kuang-hsün, que, al declarar que esta unificación hubiera sido imposible en otro tiempo, ha justamente inquietado a todos aquellos para quienes los problemas teológicos conservan su valor.

Es paradojal comprobar que los esfuerzos comunistas para someter a la Iglesia Católica han producido resultados diametralmente opuestos. Mientras todos los católicos chinos estaban unidos en una misma fe, el gobierno de Pekin fué incapaz de imponerles un comité central que sirviera a sus esfuerzos reformistas. El 17 de enero de 1951, en Pekin, Chou En-lai entabló conversaciones con ciertos prelados católicos con vistas a elaborar un acuerdo análogo al que había tratado el año precedente con los protestantes. Estas tratativas fracasaron y terminaron por l arresto, en julio, sólo en la capital, de 70 sacerdotes. Los comunistas declararon que iban a destruir la Iglesia Católica atacando diócesis por diócesis. En la actualidad ningún organismo central regula las relaciones de la Iglesia Católica con el gobierno comunista, sino que éstas se sitúan al nivel de cada diócesis, y aun de cada ciudad. No hay un comité de reforma católica, hay centenares, y porque se adaptan a las condiciones concretas de cada lugar, proceden con políticas muy diversas, aunque tendientes al mismo fin. Hu Wen-yao, el Wu Yao-tsung de los católicos no está a la cabeza de un comité central. Es simplemente el representante católico nacional ante el comité Nacional de la Asamblea Consultiva del Pueblo. Por consiguiente es imposible trazar una historia de la política católica del gobierno de Pekin independientemente de las historias de cada diócesis.

En Shanghai, en la primavera de 1952, después de los ruidosos fracasos del esfuerzo intentado para quebrar los cuadros de la juventud católica hubo una especie de tregua. Las autoridades locales la necesitaban para preparar un ataque de gran envergadura que eliminaría a todos los sacerdotes influyentes. Pero mientras en Shanghai se hablaba de apaciguamiento, todos los misioneros de la vecina provincia de Anhui eran sistemáticamente expulsados. A través de las sinuosidades de esas diversas políticas, es posible, sin embargo, entrever ciertas líneas convergentes. Después de las grandes redadas de sacerdotes y de militantes católicos en Shanghai, en junio-setiembre de 1953 (correspondientes a las efectuadas en Pekin en julio de 1951), los comunistas intentaron suscitar entre los sacerdotes de las regiones vecinas un movimiento disidente que desaprobara a la jerarquía y a los que permanecieran fieles a ella. Durante una especie de congreso eclesiástico, realizado en Nankin a principios de agosto bajo la dirección de comisarios especialistas en cuestiones religiosas, los comunistas obtuvieron la firma de cuarenta sacerdotes para una declaración de diez artículos. Se reconocía allí verbalmente la autoridad del Papa y los términos de Triple Autonomía eran cuidadosamente evitados. Pero, bajo color de fidelidad patriótica, la autoridad del Estado era colocada por encima de la de la Iglesia para todas las cuestiones en litigio; la sola causa de litigio no puede ser sino el imperialismo de la Iglesia, pues el Estado es infalible e irreprochable. La mayor parte de los

firmantes de esta fórmula se retractaron posteriormente. Pero es significativo anotar que congresos eclesiásticos análogos se han realizado en otras regiones y todos enderezados al mismo fin: colocar al clero bajo la dirección efectiva de las oficinas locales de Asuntos Religiosos, aunque tranquilizando a las conciencias por la ficción de un reconocimiento nominal del Papa. De atenerse a ciertas explicaciones dadas por Chou En-lai en persona durante las conversaciones de 1951, la Iglesia de China reconocería al Papa una "autoridad doctrinal para la definición de nuevos dogmas", pero el patriotismo obligaría a los hombres de Iglesia chinos a administrar a la Iglesia en conformidad con los intereses de su propio país. La autoridad administrativa, en última instancia, sería el Buró Gubernativo de los Asuntos Religiosos, coronado por un Comité Central Católico encargado de promover —si no la Triple Autonomía... ¡qué importan las palabras!— al menos la devoción de servir al Estado y la lucha antiimperialista: "el movimiento antiimperialista del amor por la patria y la Iglesia".

En la primavera de 1953, las autoridades del Buró de los Asuntos Religiosos del gobierno central, durante conversaciones con una personalidad católica, dejaron entender que la Iglesia debería: 1º reconocer oficialmente al gobierno de Pekín como el gobierno legal y legítimo; 2º organizar un movimiento reformista; 3º alentar, si es necesario, a los católicos a agruparse en un "partido político católico" dirigido por elementos seguros; 4º hacer una obligación de conciencia a los católicos de participar en las sesiones de formación ideológica organizadas por el gobierno.

Más recientemente, las autoridades de Pekín intentaron utilizar hábilmente en su provecho el Año Mariano. Una petición para la erección en basílica de la histórica iglesia del Nan T'ang, en Pekín, consagrada a la Inmaculada Concepción, ha sido diestramente organizada y concebida de tal manera que parecería venir a suministrar, en caso de éxito, una aprobación al movimiento reformista. Un corresponsal del centro de China señala el comienzo de una campaña de propaganda para esta petición. Los funcionarios de su región recibieron la consigna de evitar las expresiones de "Triple Autonomía" y aun de "Movimiento de Reforma". Deben insistir sobre el reconocimiento nominal de la autoridad del Papa. Pero, por el mismo tiempo, la policía ha procedido a una brutalísima liquidación de la Iglesia en Hank'ou. Los sacerdotes chinos han sido colocados bajo vigilancia policial, en su domicilio, y las iglesias "protegidas" permanentemente por guardias armados.

A causa de sus repetidos fracasos con respecto a los católicos, los comunistas han ensayado, como buenos marxistas, adaptarse. Han cambiado las palabras, y teóricamente abandonado el movimiento de la "Triple Autonomía". De hecho, muestran una notable tenacidad, invariablemente dirigida hacia el mismo fin: alinear la Iglesia Católica con las iglesias protestantes. Para hacerlo, les es necesario suprimir la jerarquía católica independiente. Durante la fase de destrucción, en cada diócesis, no sólo han expulsado a los extranjeros, sino ejecutado o encarcelado un número muy considerable de sacerdotes y aun de obispos chinos. Paralelamente, han comprometido a una pequeña minoría de débiles en una línea netamente reformista. Sus esfuerzos se dirigen actualmente sobre los que han podido mantenerse entre esos dos extremos. Juntando las amenazas con las concesiones verbales, querrían reagrupar a un número suficiente de sacerdotes que se someterían en la esperanza de que se permita sobrevivir a la Iglesia. A la fase de destrucción sucedería entonces la fase constructiva. Los congresos regionales de sacerdotes permitirían llegar a un congreso nacional (como entre los protestantes), puesto perfectamente en las manos del gobierno, y que trataría de obtener el cambio por un reconocimiento teórico de la autoridad papal. Pues lo que a los comunistas interesa no son las palabras, sino el poder real. Cualquiera que sean las estratagemas empleadas, el gobierno de Pekín no cejará hasta que no haya suprimido la auténtica jerarquía católica, para reemplazarla por un organismo fantasma. Sólo el Estado detentará el poder supremo administrativo en esta "asociación confesional" como en todas las agrupaciones toleradas en la China neodemocrática. Desde ahora es posible entrever, en sus líneas esenciales, la gran impostura de la "Iglesia Católica Patriota China", que el gobierno de Pekín prepara para mostrar al mundo.

¿Cuáles son las posibilidades de esta política? Dado que el gobierno suprime progresivamente a todos los que se le oponen (el miércoles de ceniza de 1954, 28 sacerdotes chinos no reformistas fueron detenidos), no se ve por qué no terminaría un día por alcanzar aparentemente su fin. Aparentemente. Pues ese éxito será tan irrisorio que, a su manera, dará testimonio del heroísmo de la verdadera Iglesia Católica de China, reducida al silencio, pero definitivamente victoriosa en sus sufrimientos. La primera campaña, el movimiento por la Triple Autonomía, ha fracasado lamentablemente. El gobierno se empecinó en él por más de dos años. Ahora lo desaprueba. Es demasiado tarde. En su gran mayoría, la Iglesia de China ha tomado posición. Sus mártires se han comprometido por el Camino Real de la Cruz, arrastrando detrás de sí a un pueblo inmenso, la Iglesia de los testigos. (Jean Miral, en "Etudes").

LA LIGA DE PADRES DE FAMILIA COLABORARA EN LA SOLUCION DEL PROBLEMA DE LA VIVIENDA

Auspiciada por la Liga de Padres de Familia el 4 de junio último fué constituida la Cooperativa Familiar de la Vivienda Ltda., destinada a participar, en la solución del problema de la escasez y carestía de la vivienda.

Esta importante creación social cuyos propósitos esenciales y Consejo de Administración, se refieren más adelante, encarará prontamente la construcción de departamentos sobre un terreno adquirido con esa finalidad y más adelante abordará la erección de viviendas individuales.

Parece superfluo recalcar la trascendencia y significación de la iniciativa comentada y que al través de ella se pone de relieve la seriedad y la responsabilidad de los hombres que lanzaron la iniciativa, frente a los agudos problemas sociales, morales y económicos de la hora en que vivimos.

La Cooperativa Familiar de la Vivienda Ltda., es administrada por un Consejo que integran: Presidente, Ing. Carlos E. Olivera; Vicepresidente, Dr. Jorge Trucco Aguinaga; Secretario, Ing. Jerónimo Martínez; Tesorero, Sr. Pascual Federico; Vocales, Sra. Sara B. de Pereda, Dr. Juan L. Alvarado, Dr. Miguel A. Nougués, Sr. Américo Monterroso, Sr. Cándido Fernández, Dr. Horacio Noboa, Dr. Luis J. Bameule; Síndico Titular, Sr. Julio Hernández; Síndico Suplente, Sr. Lorenzo Roig; Vocales Suplentes, Sr. Guillermo Isola, Dr. Enrique Hardoy, Dr. Carlos Pérez Companc, Sr. Leonardo Lerma. El Consejo ha emitido la siguiente declaración de propósitos:

"La vivienda, necesidad primaria para el desenvolvimiento de la vida humana, conjuntamente con el alimento y el vestido, se ha convertido en los tiempos actuales en un problema hacia cuya solución deben tender todos los esfuerzos de la sociedad, no solamente porque la habitación es un factor predominante en la formación de la familia, sino también porque las dificultades económico-financieras que trae aparejadas al jefe de familia son grandes y, en ocasiones, imposibles de solventar.

"Si bien amplios sectores de la población no tienen problemas al respecto, por sus mayores ingresos o por haber comprado o alquilado en otras épocas, y aprovechan hoy de las prerrogativas de una ley de emergencia, no debe olvidarse a quienes, por el crecimiento de la familia o por formar nuevos hogares, se ven superados en sus posibilidades.

"La Cooperativa Familiar de la Vivienda, mediante la disminución de los costos y el abaratamiento y acercamiento de

la financiación, obtenido con el esfuerzo del conjunto, tiende a resolver esta angustiosa situación.

"Necesitamos que ese mayor número de personas sin necesidades perentorias con respecto a la vivienda, capitalicen los mayores ingresos que debieran cubrir los mayores costos de las viviendas, prestándolos en acciones y formando así un fondo propio de previsión para el futuro.

"La suscripción de acciones no implica una donación, sino una inversión provechosa, reintegrable en cualquier momento con arreglo a los Estatutos, y que permitirá obtener un dividendo sobre la misma.

"Por todo ello, haciendo un llamado al espíritu cooperativo, aplicación práctica de la solidaridad social, y en procura de complementar la acción oficial y planes de gobierno, que favorecen especialmente la acción privada orientada hacia las cooperativas, invitamos a todos los que comparten nuestros sentimientos a asociarse a la "Cooperativa Familiar de la Vivienda Ltda.", y a hacer suyo el lema "Ayúdate a ti mismo, ayudando a los demás".

Para mayores informaciones nuestros lectores deben dirigirse o pueden escribir a: Paraguay 1931, 2º piso, Buenos Aires.

R. P. PIERRE CHARLES En febrero ppdo. falleció en Lovaina el R. P. Pierre Charles S. J., autor espiritual, filósofo, sociólogo y misionólogo. Había nacido en Bruselas en 1883. Fué profesor de dogma por más de cuarenta años y publicó además de varias obras fundamentales de misionología como **Dossiers de l'action missionnaire** y sus colecciones de meditaciones **Prières missionnaires** y **Pêcheurs d'hommes**, el conocido libro **La prière de toutes les heures** que ha merecido numerosas ediciones. Fundó en 1924, entre los estudiantes de Lovaina, la asociación universitaria católica para la ayuda a las misiones (**A.U.C.A.M.**) y fué el primero en ocupar la cátedra de misionología en la Universidad Gregoriana de Roma.

Poseía notables condiciones de orador y de escritor. Sus cursos de teología dogmática eran de un encanto exquisito, pues tenía el don de la presentación concreta, viviente e imaginada. Además era políglota: con la misma facilidad dictaba un curso en latín, predicaba en francés, escribía en inglés como hablaba en castellano. Pero, por encima de todo, fué el teólogo de "la encarnación del cristianismo en las culturas lejanas", que aplicando la reflexión teológica a la obra misional, popularizó la idea de implantar la Iglesia en todas las culturas, todas las civilizaciones, todas las sensibilidades.

PROTESTANTES ALEMANES AYUDAN AL CULTO CATOLICO En la zona oriental de Berlín unas 700 iglesias protestantes han dado hospitalidad a los sacerdotes católicos para que celebren en ellas la Santa Misa; ha sido posible así que millares de católicos procedentes de países comunistas y otras regiones de Alemania puedan asistir a los cultos de su religión, informa el Padre Erich Klausener, director del semanario diocesano, Los prelados alemanes han expresado su gratitud por esta muestra de caridad cristiana (**Seman. Catól.**).

UNA TRAPA EN EL CONGO Seis padres trapenses de Scourmont (Bélgica) han llegado a Kivu el 9 de febrero para fundar el primer monasterio cisterciense en el Congo Belga. Seguirán la regla cisterciense integral con los oficios de noche y ayuno y abstinencia continuos. Se dedicarán a la agricultura, mostrando así a los negros el valor humano y moralizador del trabajo agrícola, hoy despreciado con frecuencia por los congoleses. Asimismo piensan recibir en la hospedería del monasterio a todos los que deseen rehacer sus fuerzas espirituales en la calma y el recogimiento, y esto sin distinción de razas o estados. También cuentan con reclutar los miembros de su monasterio entre los habitantes del país (**Ecclesia**).

EN FRANCIA SE INTERROGAN SOBRE EL PROBLEMA MISIONERO Con motivo de la intensa agitación nacionalista, en aumento creciente, de las colonias francesas, **L'Actualité Religieuse**, la notable revista de información que se publica en París bajo los auspicios de los PP. Dominicos, hace suyo, publicándolo como editorial (1º de julio), un interesante artículo del P. Bretaudeau sobre la responsabilidad de los católicos franceses ante un problema que debe resolverse pacífica y justicieramente. Sus reflexiones plantean cuestiones misionales que van más allá del problema particular de Francia. La conciencia cristiana no puede permanecer ajena a las injusticias que se cometen, sin "arrancar páginas del Evangelio", dice el articulista, cuyas reflexiones transcribimos totalmente a continuación:

"El parlamento francés, que ha votado la ley Barangé (de amnistía a los "colaboracionistas"), ¿es incapaz de sancionar una legislación de justicia para los países de ultramar?".

"Tal es la interrogación que estos días me planteaba una personalidad marroquí. Reflexión que me ha llevado a considerar de más cerca la forma actual en que debería ejercerse el deber misional de los católicos franceses.

"Los Soberanos Pontífices, especialmente Benedicto XV, Pío XI y Pío XII, no han cesado de insistir sobre la obligación de todo cristiano de interesarse por las misiones: oración —caridad generosa— aliento dado a las vocaciones misioneras (sacerdotales, religiosas y laicas) son imperativos permanentes que se imponen a la conciencia de todo católico. Pero los países que, ante el mundo, han tomado sobre sí o aceptado responsabilidades con respecto a los países subdesarrollados, tienen obligaciones especialísimas, y las Iglesias de esos países se encuentran por lo mismo investidas de cargas particulares.

"La realización de la justicia y de la paz en los territorios llamados de la Unión Francesa depende en gran parte del gobierno y del parlamento francés. Ahora bien, diputados y senadores parecen interesarse solamente por los problemas de ultramar en las horas trágicas. En estos últimos días algunos parlamentarios se indignaban por no ser tenidos al corriente por el presidente del Consejo y los ministros sobre los acontecimientos del Viet-Nam. No es asunto nuestro la división de responsabilidades, pero ¿por qué nadie se ha levantado para recordar que desde los siete años que dura la guerra allí, ciertos debates sobre el Viet-Nam han transcurrido ante un hemiciclo desierto? Si se quiere ver una salida en masa de nuestros diputados, asístase al comienzo de una discusión sobre los asuntos de ultramar. Es auténtica la graciosa salida de un diputado francés, invitado por uno de sus amigos a permanecer en el recinto durante una sesión consagrada a la Unión Francesa: "¿Cómo quiere Vd. que me interese por el ultramar, si yo nunca vi el mar?". Hay, sin embargo, problemas que se llaman Marruecos, Túnez, Madagascar, Africa negra, el Viet-Nam.

Escasísimas voces se levantan para recordar a los católicos de nuestros parlamentos su deber misional. Durante las elecciones, se hace a los fieles de la Iglesia recomendaciones para que acuerden sus sufragios únicamente a los candidatos que se comprometan a poner en práctica la doctrina de la Iglesia concerniente a la enseñanza y la justicia social. Pero, ¿la doctrina de la Iglesia es válida únicamente para aquende los mares?

Los no cristianos hacen con frecuencia el cálculo del número de parlamentarios católicos o simpatizantes del catolicismo. Calculan los votos de ciertos escrutinios significativos, y al mismo tiempo comprueban que esos votos no se reúnen para la realización de una política de justicia y de paz. Se les ocurre la idea, entonces, de que la misma Iglesia Católica es solidaria de la injusticia. ¿Cómo persuadirlos de lo contrario?

—Son muy recientes los acontecimientos de Dien-Bien-Phu. En la mayoría de las parroquias los católicos de Francia han orado por los franceses caídos en esos heroicos combates. Contando yo entre los combatientes a amigos muy queridos, no puedo sin embargo, asociarme a ese gesto. Por tan ardiente que sea nuestro fervor, no debe arrastrarnos a menospreciar la verdad y la objetividad. No debe olvidarse que la guarnición de Dien-Bien-Phu no estaba compuesta sino de una pequeña minoría de franceses. ¿Por qué nuestras oraciones públicas no han mencionado explícitamente a los vietnameses, los se-

DE NUESTROS LECTORES

Sobre ataques a uno de nuestros críticos

LIMA, 12 de agosto. Dr. Jaime Potenze. Revista CRITERIO, Buenos Aires.

Con gran extrañeza vi en su artículo sobre las críticas que le dirigió la revista "Estudios", que ha sido usted acusado de preocuparse exclusivamente por la forma en el cine, descuidando por completo el aspecto moral del mismo. Como lector suyo desde hace seis años, y asimismo como observador de las actividades católicas en materia de cine, particularmente en América del Sur, me atrevo a decir que, contrariamente a la opinión publicada tan a la ligera por la mencionada revista, usted es una de las personas que más ha contribuído a suscitar entre las "élites" de este continente, una preocupación auténtica y eficaz por los valores tanto culturales como morales del cine. Asimismo, ha usted poderosamente contribuído para que los ambientes no-católicos conozcan y respeten la posición de la Iglesia en materia de cine, lo que les ha llevado a una consideración más atenta del aspecto moral de las cintas exhibidas. Los que no lo quieren ver, demuestran una lamentable falta de comprensión de los problemas del apostolado cinematográfico realmente eficaz.

André Ruszkowski
Secretario de Relaciones Exteriores de la Oficina Católica Internacional de Cine

---

negaleses, los tunecinos, los marroquíes, los soldados de todas las nacionalidades que pertenecen a la Legión Extranjera? ¿No tienen ellos derecho también a nuestra oración?

Es menester ir más lejos todavía en este punto. ¿Qué significa nuestro título de católicos, si no nos invita a rezar también por los soldados muertos del Viet-Minh? Si se me reprocha que yo lo haya hecho, pensaría entonces que es necesario arrancar algunas páginas al Evangelio.

Debemos cuidarnos de que los dolorosos acontecimientos que acabamos de vivir nos lleven a una restricción de nuestro espíritu católico.

—La opinión pública francesa, aun entre los católicos, es demasiado indiferente a los excesos de una legislación de terror que pesa demasiado sobre nuestros territorios de ultramar. ¿Se sabe que siete años después de los sucesos de Madagascar, hay todavía en las prisiones de la gran isla mil quinientos detenidos? ¿Qué conciencia cristiana puede aprobar la arbitrariedad en los arrestos, en el Marruecos especialmente? Nosotros, que no toleraríamos la décima parte de esas medidas en Francia, ¿por qué las imponemos a los otros?

—Nos indignamos por las barreras raciales de Africa del Sur, por la segregación de los negros en los Estados Unidos. Se me escribía en estos últimos días desde Dakar: "Estoy espantado del recrudecimiento del espíritu racista en el Africa negra. Esta mentalidad se ha convertido en un verdadero complejo que hace imposible la discusión: si Ud. dice que ama a los negros, que no los considera como inferiores, no se piensa siquiera en convencerio: se lo trata de imbécil, simplemente de traidor".

—Todos nuestros discursos oficiales insisten sobre la misión de Francia de trabajar por la educación política y democrática de los pueblos de ultramar. Pero es necesario denunciar la empresa de corrupción, el chantage ejercido sobre tantos representantes de la Unión Francesa. "Conozco cuánto cuestan los votos de nuestros diputados, de nuestros senadores y de nuestros consejeros, decía un gobernador a un obispo misionero. Hay potencias financieras que pagan muy bien cuando se trata de defender sus intereses". "Ud. pagará la ley sobre la limitación del alcoholismo en los territorios de ultramar", decía a un diputado el representante de una marca de aperitivos, para la cual de tanto en tanto, diarios y revistas católicos hacen propaganda, sin duda bien retribuída...".

Todos esos hechos y muchos otros muestran la urgencia que hay para los católicos de Francia, de comprender integralmente su deber misional. No es suficiente compadecerse de las misiones, dar en su favor un modesto óbolo, reunir montones de sellos postales y de papel plateado. Hay un trabajo misional que realizar en el plano institucional: sin justicia no puede haber caridad.

REVISTAS

Novelas policiales y exégesis bíblica

NO es ninguna novedad relacionar los métodos empleados para estudiar las Sagradas Escrituras, con los que utilizan los *detectives* en las novelas policiales. Ronald A. Knox, conocido exégeta y traductor de la Biblia al inglés, es, como se sabe, el autor de populares novelas del género detectivesco. Su nombre aparece al lado del de Ellery Queen, John Dickson Carr y Nicholas Blake en ediciones *pocket book*, y junto a Vaccari, Straubinger, Bullough o Bultmann en tratados de exégesis y traducción bíblica.

En este caso la comparación de ambos temas, aparentemente tan distintos, ha sido sugerida por un artículo de André Legault, aparecido en el último número de la revista "The Catholic Biblical Quarterly", bajo el título "Una aplicación del método de *form critique* a las unciones de Galilea y Betania".

El autor trata de emplear un moderno método de exégesis surgido en Alemania con el nombre de *Formgeschichte* (*form-criticism* en inglés), en la investigación de algunos pasajes oscuros de los Evangelios.

Los métodos de la *form-critique* han sido elaborados en escuelas no católicas, y son en gran parte objetables a la luz de la doctrina de la Iglesia. Pero eso no quita que haya en ellos mucho de bueno, que puede ser aplicable con ventajas por los exégetas católicos. La parte de esos métodos compatible con la doctrina católica es aplicada por el autor del artículo para interpretar un pasaje difícil de los Evangelios. Se trata de las unciones de Betania y Galilea. Esos episodios son relatados por los evangelistas de tal manera que no se sabe bien si son dos o más sucesos distintos, o uno solo. Los detalles mencionados por los cuatro evangelistas difieren entre sí, y en cierto modo parecen contradecirse. Mateo, Marcos y Juan relatan un suceso ocurrido en Betania, Lucas en Galilea. Los dos primeros lo describen en casa de Simón el Leproso, Juan menciona un banquete en el que se encontraban Lázaro, Marta y María, Lucas lo ubica en casa de un fariseo llamado, al parecer, Simón. Marcos y Mateo atribuyen el hecho a una *mujer*, Juan a *María de Betania* y Lucas a una mujer que era una *pecadora*. Los dos primeros evangelistas mencionan un ungüento de gran valor derramado sobre la cabeza de Jesús. Juan cuenta que el ungüento fué derramado sobre los pies de El, y limpiados por la mujer con sus cabellos. Lucas dice que la mujer bañó los pies de Jesús con sus lágrimas y los ungió con perfume, y luego los limpió con sus cabellos.

Aplicando los métodos de la *form-critique*, el autor reconstruye sobre la base de las pequeñas diferencias de detalle, y con la amenidad propia de una buena novela policial, los relatos originales sobre los que se edificaron las versiones evangélicas. Según las conclusiones de este trabajo habría habido dos sucesos completamente distintos, uno en Betania y otro en Galilea. El primero se habría producido en casa de Simón el leproso, tal como lo refiere Mateo, y en él la protagonista habría sido María, la hermana de Lázaro, quien habría vertido el ungüento sobre la *cabeza* de Jesús, tal como era costumbre entre los pueblos orientales. El segundo habría ocurrido en Galilea, tal vez en una fecha cronológicamente anterior, y en la casa de un fariseo cuyo nombre no se conoce. Durante la comida, una mujer pecadora habría besado y mojado con lágrimas los pies de Jesús, y se los habría limpiado con el cabello en señal de penitencia. En este caso no se habría utilizado ningún perfume o ungüento. La confusión de estos dos hechos totalmente distintos, y la intercalación de palabras por los copistas, pudo haber entremezclado los detalles de tal manera que en las versiones conocidas los dos acontecimientos no son claramente discernibles.

La manera en que Legault llega a estas conclusiones es tan clara y amena, que a pesar de la seriedad del tema su lectura puede constituir un placer para los aficionados a las novelas policiales.

H. Fernández Long

¿Era hebreo el Greco?

ESTA pregunta, que acostumbramos a formular respecto a todos los personajes de la historia cuyos orígenes no son muy conocidos, ha sido contestada afirmativamente, como es sabido, por Marañón. La misma tesis sostiene en un artículo aparecido en el último número de la revista "Comentario", la escritora judía Maxa Nordau, hija del sociólogo Max Nordau.

La autora de este trabajo no demuestra el origen hebreo del Greco con pruebas formales. Sólo contribuye con algunos indicios sugestivos en los que tal vez todavía no se ha reparado, a robustecer algo más aquella opinión. El *detective* que, reuniendo todos los hilos dispersos, consiga demostrar sin lugar a dudas que el Greco provenía de un hogar judío sefardita de la isla de Creta, todavía no ha aparecido. Y a pesar de todo lo que se ha dicho hasta ahora, incluso Marañón y Maxa Nordau, las dudas no se han disipado.

Entre los indicios señalados por la autora del artículo mencionado, nos parece el más importante el hecho sugestivo de que en la historia de la vida del Greco nunca se haya mencionado su conversión al catolicismo o por lo menos su unión con la Iglesia de Roma. Si Domenico Theotocopuli (o Kiriakos Theotokopoulos) era de origen griego, es seguro que pertenecía a la Iglesia Ortodoxa Griega, ya separada desde hacía mucho tiempo, por el cisma, de la comunión con el Papa. ¿Cuándo se convirtió, entonces; o hablando con más exactitud, cuándo se *unió* a la Iglesia Universal? Maxa Nordau sugiere que esta conversión nunca se produjo por la sencilla razón de que durante todo el tiempo fué judío, hecho que mantuvo siempre oculto por razones que son de imaginar.

Otro de los indicios mencionados en el artículo es el de la ciudad que el Greco eligió para su residencia. ¿Por qué renunció a vivir en Madrid, cerca de las riquezas y de las infinitas posibilidades de la Corte? ¿Por qué se refugió justamente en Toledo, en un palacio de la antigua judería? ¿Por qué en Toledo, cuyo nombre hacen derivar los judíos del vocablo hebreo Toledot, "generaciones", y cuya fundación atribuye Salvador de Madariaga al Rey Salomón?

Y finalmente otro indicio sugestivo señalado por la autora es el carácter del Greco, que según lo que sabemos se parecía mucho al que le atribuímos a los judíos. Maxa Nordau describe admirablemente las características típicas del judío con estas palabras: "independiente, disconformista, orgulloso, discutidor, altivo. Cabe agregar, también, el don de la palabra,

LIBROS

Novedades poéticas

Los cuatro libros de versos que voy a reseñar pertenecen a cuatro autores de diferente calidad y de muy distinto clima lírico. Junto a un grande y famoso poeta alemán de fines del siglo XVIII se alinean aquí: un joven poeta español de promisorias condiciones, un prestigioso valor de las modernas letras argentinas, y un muchacho, también compatriota nuestro, que hace sus primeras armas en este difícil arte. De sus respectivas obras, tan dispares en todo sentido, surge un mismo sentimiento de fervor hacia una forma de expresión literaria que nunca como ahora ha tenido más adeptos ni, por lo general, más decepcionados lectores.

"ANTOLOGIA POETICA". - Muy bien recibido ha de ser por quienes siguen desde hace años la seria y fina labor de Pedro Miguel Obligado, este volumen que la editorial Espasa-Calpe Argentina acaba de incorporar a su interesante colección Austral. Hacía falta, en efecto, un libro que mostrara la evolución formal y conceptual de uno de los poetas argentinos que mejor representan la transición del post-modernismo a las escuelas posteriores. El autor de Gris es temperamentalmente un romántico, un romántico que, de haber nacido hace un siglo, habría cantado con la voz de un Lafinur, de un Varela o de un Echeverría. Pero, aparecido como creador literario no mucho antes de 1920, Obligado debió encauzar su nativa tendencia a la efusión sentimental fácil y directa por las vías estéticas que entonces más se estilaban. Muerto Darío, el cetro de su escuela había pasado aquí a manos de Lugones. Y Lugones era quien aquí reinaba. Obligado no desestimó la merecida autoridad del bardo cordobés, como muy bien puede advertirse en más de una de sus realizaciones. Pero no se le rindió en lo más íntimo. Basta leer cualquiera de las composiciones de El hilo de oro, de Melancolía, de La isla de los cantos, para percatarse en seguida de que el linaje emocional de su autor no es el de Lugones, precisamente. Obligado parece partir siempre de vivencias reales. En Lugones pesó mucho, en cambio, la experiencia libresca, el estímulo literario, el recuerdo de los modelos inapelables. No quiero, con tales palabras, hacer ningún reproche de fondo a quien tanto admiré y tanto admiro. Digo, simplemente, lo que a mi juicio lo define sin rebajarlo, pues no creo que sobre el escritor de genio que Lugones era, pudieran tener efecto negativo los recuerdos de lo leído o de lo admirado en los libros. Obligado es sensible, sin duda, a los dechados estéticos. Pero canta lo propio, lo que él ha visto, sentido, soñado y vivido. Y lo que canta tiene así un especial poder de convicción, que hace olvidar lo que en la formulación métrico-estrófica pudiera haber, a veces, de obvio o de incompleto. Y no es poco, por cierto, lo que digo. Porque ya casi no quedan poetas para quienes la poesía sea algo más que ejercicio exterior de la inteligencia o de la sensibilidad, sin intervención alguna de lo vivencial profundo e intransferible. A Obligado lo salvó, en este punto, su consubstancial romanticismo, que le imponía desde lo profundo del alma la obligación de transmitir lo acumulado en ella por el tiempo, por los seres, por las cosas, por la vida, en fin. Ahora bien: el tal romanticismo era un arma de dos filos. A alguien que no poseyera un sentido firme y seguro de la realidad estética de nuestros días quizás podría haberlo desbarrancado en el consabido sentimentalismo. Pero el lírico de El ala de sombra conocía esos peligros y estaba en condiciones de evitarlos. De que supo superar tales escollos hay constantes pruebas en su Antología poética, libro cuya línea evolutiva señala, además, el paulatino ascenso de un escritor hacia las alturas del más pleno decoro técnico. Sobre todo en los versos de fecha más reciente es notoria la pericia artesanal de Obligado. En el poema que da comienzo a El hilo de oro, dicha destreza alcanza una tonalidad musical que Lugones indicó hace más de veinticinco años en el artículo que dedicó a comentar el libro mencionado, artículo, dicho sea de paso, que hoy sirve de prefacio a la selección que comento. Obligado tiende a la expresión de carácter elegíaco, a las notas nostálgicas, a los acentos vagorosos. Prefiere los tonos brumosos, los colores apagados e indecisos, los contornos difuminados. Gusta de sugerir, más que de precisar. Es, en resumen, un espíritu que en todas esas características tan propias del romanticismo encuentra las más adecuadas formas para comunicar su mensaje, tan dulce en sus motivaciones y tan humanamente noble en sus alcances ideales. "La eficacia de esa poesía —decía muy bien Lugones en el sobredicho ar-

---

la ingeniosidad en los argumentos, el desconfiar de todos, la terquedad, la falta total de temor reverencial, la gran generosidad un poco demasiado ostentosa y la vasta erudición."

En cambio es muy discutible todo lo que dice la autora respecto a la influencia judía sobre la espiritualidad de la pintura del Greco. Nos parece que esto no es tan evidente. Así como no vemos qué importancia pueda tener el hecho de que los "personajes (sic) de la Trinidad" no aparecieran en algunos de sus cuadros. Este indicio, que a Maxa Nordau le parece un "detalle muy notable" en el caso del "Sueño de Felipe II", en el cual sólo aparecen las letras JHS, pierde todo su efecto si se piensa en otros cuadros, tales como "El Bautismo de Cristo", o la "Coronación de la Virgen", o principalmente el "Padre Eterno con el Hijo en Sus brazos", en los cuales el Greco ha representado a las tres divinas personas de la manera habitual, es decir mediante un anciano de barba blanca, la paloma y la figura humana de Jesucristo. ¿Por qué dice Maxa Nordau que "en la obra entera del Greco, Dios el Padre jamás está representado"? ¿Es que acaso no se ha tomado la molestia de hojear cualquiera de las abundantes ediciones de libros con reproducciones de sus cuadros?

H. Fernández Long

Familia.

HA aparecido el número veintiuno de esta publicación de la Liga de Madres de Familia. El afán de sus redactoras por mejorar la revista se hace evidente en cada número, y en éste se han incluído dos o tres artículos de verdadero interés y urgente aplicación práctica, como "Un tema que ya no es tabú" y "Su porvenir". Además, en las secciones fijas de liturgia, libros, y la muy atrayente sobre conversiones notables, sin olvidar las más modestas, pero siempre eficaces, sobre asuntos de interés hogareño, hay mucha información provechosa. Las responsables de *Familia* revelan experiencia psicológica, si no periodística, buen gusto, sentido del humor y universalidad en la selección del material (hacemos excepción de "El rostro de Judas" de un gusto dudoso y ya caduco) y en la presentación general, susceptible aún de mejoramientos que, estamos seguros, se producirán. Por todo esto, no es aventurado preguntarse si de un ensayo así, modesto pero equilibrado, no podría salir —concentrando esfuerzos, entusiasmos y capitales— la futura gran revista "para la mujer y el hogar" que enseñe y eleve espiritualmente al gran público de madres de familia y amas de casa, tan desconsideradamente tratado por el periodismo vigente.

S. M. P.

Número extraordinario de "Insula"

CON una magnífica entrega en la que figuran artículos, poemas, cuentos y notas de sus colaboradores más ponderables, la revista "Insula" de Madrid celebra la salida de su centésima edición. Del valioso y nutrido sumario que con tal motivo sus páginas ofrecen, destacamos especialmente los siguientes trabajos: Gregorio Marañón, *Los dioses destronados;* Juan Ramón Jiménez, *Autocrítica;* Vicente Aleixandre, *En la plaza;* Jorge Guillén, *Poemas;* Rafael Lapesa, *Bécquer, Rosalía y Machado;* Julián Marías, *Para la historia de un nombre;* Melchor Fernández Almagro, *Teatro al margen;* Ricardo Gullón, *García Lorca y la poesía;* José A. Muñoz Rojas, *Las Musarañas;* Carmen Laforet, *Recién casados;* Carlos Barral, *Un aspecto de los "Sonetos a Orfeo"*. Completan el número diversas notas referentes a la historia de la misma revista y también las habituales secciones de libros, bibliografía española y extranjera, información y cartas de las principales capitales del mundo, arte, cine, teatro, reseñas de premios y actividades, anécdotas, etc. Como se aprecia, un número abundante y de verdadera jerarquía, digno en todo del acontecimiento que festeja. Y a propósito de este acontecimiento, que no otra cosa constituye el hecho de que una revista de esta índole alcance tal celebración, digamos que "Insula" debe su éxito, según entendemos, a dos factores principalísimos. Uno, la independencia que, en todo orden, ha sabido mantener constantemente, lo que sin duda merece la simpatía general y le ha permitido seguir contando con el aporte de las mejores firmas, lo que no ocurre con la mayoría de las publicaciones que en España se editan en la actualidad. Y, otro, el decidido corte periodístico que sus páginas ostentan, tono que en nada afecta la dignidad de su nivel literario y que, en cambio, además de haberle dado una gran agilidad, le ha permitido interesar al gran público, al que sus páginas se destinan. (Esto último merece ser considerado con algún detenimiento, sobre todo aquí, en Buenos Aires, donde tanto gustamos de las revistas sesudas, de las revistas que pretenden agotar los temas, y donde tanto, también, nos quejamos de la falta de apoyo de los lectores para este tipo de empresa). No nos queda más que felicitar, entonces, a Enrique Canito, que tan acertadamente viene dirigiendo las columnas de "Insula", y a su entusiasta colaborador, el poeta José Luis Cano, y hacerles llegar nuestros votos por la feliz continuación de tan hermosa aventura.

Jorge Vocos Lescano

tículo— está en su finura, que es casi un blando secreto...". Yo añadiría que también, y sobre todo, está en su sinceridad, en su veracidad, en no ser un pretexto de la habilidad literaria de un profesional del buen decir, sino una emanación incontenible de un ser en quien la necesidad de expresarse exacta y genuinamente es condición intrínseca y connatural a él mismo. Por ello, y por lo que el autor de esta **Antología** representa como artista leal desde siempre a su arte, Pedro Miguel Obligado ha de quedar en la historia de nuestra poesía como un valor indudable, como una figura indeleble.

"HIMNOS A LA NOCHE - CANTOS ESPIRITUALES". — Y ya que hablamos de romanticismo, vengamos al autor de estos dos libros, es decir, a Leopoldo de Hardenberg, más conocido por Novalis, que hace más de cientocincuenta años tan alta luz de poesía difundió desde su natal Alemania y tanta emoción es capaz de suscitar todavía en quienes se le acercan con la debida atención. Y digo con la debida atención porque el mensaje de Novalis no es de los que se perciben inmediatamente y sin esfuerzo. Sólo quien se asome a las obscuras aguas de tal poesía con el ánimo de captar algo más que nociones (sean ellas intelectuales o meramente sentimentales) podrá ver lo que en su fondo más hondo ellas esconden: un afán de levantarse por encima de las propias limitaciones espacio-temporales (limitaciones inherentes a toda criatura) y un deseo, no siempre claramente formulado, de unirse sempiternamente con Dios. Ya se sabe lo que ello significa. ¿No es acaso un propósito místico? Anhelos semejantes acuciaron vivamente a los principales miembros del grupo que contó en su seno a hombres como Hölderlin, poeta cuya trágica visión de las cosas y cuya dramática concepción del tiempo son apreciadas hoy con renovada intensidad por un mundo cada vez más sumergido en la desazón y en las vagas ansias. Pero precisemos: propósito místico, sí, pero místico-natural. Los alemanes han sido siempre tentados por todas las formas del panteísmo. Y rara vez sus místicos han orillado con fortuna semejantes modos de tentación. Novalis no figuró, por cierto, entre los que pretendieron contemplar la Primera Causa sin mezclarla confusamente con el mundo. El principio de la trascendencia divina no aparece claramente salvado en sus iluminaciones que a veces se presentan con extrañas apariencias de éxtasis. Pero nada más que apariencias, puesto que el deliquio real el verdadero transporte del alma (según nos lo atestiguan de tan preclara manera los grandes místicos cristianos) es siempre sereno y luminoso. Este de Novalis y de sus congéneres germánicos tiene demasiado de obscuro y de turbador. Para una cabeza rectamente católica la complacencia en lo sombrío y en lo angustioso resulta poco menos que incomprensible, como, en último término, casi todo fenómeno propiamente romántico. No se olvide aquello de que el catolicismo (¿no fué Jean Cocteau quien lo dijo?) es "el clasicismo del misterio". De todos modos, ello no impide a un hombre de nuestro credo percibir y apreciar las excelencias en que abunda esta clase de poesía como producto natural o, por mejor decir, físico: su dramatismo verbal, su plasticidad a veces imponente, su exaltación metafórica, su constante gracia musical. En lo que respecta a los libros aquí comentados cabe decir que dichas excelencias son tangibles merced a la fidelidad con que los textos han sido castellanizados por Alfredo Terzaga, traductor, anteriormente, de las **Illuminations** de Rimbaud. Los **Himnos a la noche** y los **Cantos espirituales** forman un volumen editado en Córdoba por Assandri.

"SONETOS DEL BUEN AMOR". — Presentado por Losada, este libro de **Rafael de Penagos** (joven poeta español que parece haber heredado de su padre, el famoso dibujante, el gusto por lo precioso y lo decorativo) merece amplio elogio por su limpieza y armonía constructivas, pero acompañado de una advertencia sobre el peligro que suele traer aparejado el virtuosismo cuando no está puesto al servicio de una seria y positiva voluntad de comunicación. Penagos hace bien el soneto, pero lo que de ese modo transmite no siempre es intenso ni original. Es, eso sí, una poesía agradable, que complace a los sentidos. El tiempo y la vida le darán, esperémoslo así, lo que le falta.

"NECTAR Y ACIBAR". — Más de lo segundo que de lo primero encierran las páginas de esta colección de versos editada por Selva, en Córdoba. Su autor es hombre muy joven, con escasa experiencia literaria. Resultado: que su obra presenta todas las insuficiencias de lo prematuro. **Ramón Ferreyra García**, que tal es el nombre de aquél, debe seguir estudiando y esperando. Tal vez así logre lo que en el volumen del epígrafe no ha logrado.

Fray Veríssimo

VILLON, POETA DEL VIEJO PARIS (biografía); autor: ANTONIO DE OBREGON; editor: Espasa-Calpe; 210 páginas.

He aquí una biografía amena, narrada con seguridad, con vividez, con juicio seguro —incluso por momentos desaprensivo, según veremos. Villon es uno de los poetas más contemporáneos del mundo actual entre todos los que hayan existido con anterioridad, y Antonio de Obregón nos lo presenta vivo, no ya como objeto de estudio. Pues lo contemporáneo no es literariamente más que la necesidad de habérnoslas con realidades inmediatas, parciales e intensas, que nos obliguen a entrar en ellas sin perder nunca conciencia de su individualidad, aun llegado el caso de que admitamos que están deformadas. Una buena parte de Villon es infinitamente más contemporánea que una buena parte de Claudel. Los símbolos, o lo son verdaderamente o se empolvan con rapidez; pero la realidad de la vida de un hombre, requerida intensamente, nos toca siempre.

Por lo demás, la época en que vivió Villon, allá por el segundo y tercer cuartos del siglo XV, se parece en mucho a la actual. Razones ambas, para que Villon nos resulte tan identificable, tan aislable y gustable, como el más representativo de nuestros contemporáneos.

Antonio de Obregón describe esa época y sus ambientes abundando en detalles, pero con una prosa escueta, sin verba ni lujo de metáforas, y sólo muy a la larga puede encontrarse aquí y allá alguna frase ociosa o una repetición que revele el trabajo constructivo del libro. Tan a la larga, como para considerar solamente la amenidad y viveza de la descripción y la transparencia de su prosa al servicio dócil de aquélla.

Hemos dicho que su juicio es rápido y seguro; también, que puede llegar a ser un poco suelto. Cuando juzga a Charles d'Orléans, destaca sus bondades como Mecenas que protegió a Villon, y desdeña su poesía. Poco más o menos lo reduce a ser un fatuo de vida señorial y veleidades artísticas. Charles d'Orléans no solamente fué, según lo dice Albert Pauphilet (París, 1926, ed. Piazza) el más perfecto representante de la escuela de los trovadores —aunque apareciera a su término— sino que su vida no resultó tan placentera, por lo menos si incluimos entre las cosas que pueden tocar una alma el asesinato de su padre, una viudez prematura, la pérdida de toda posibilidad de llegar al trono de Francia, su prisión en Inglaterra, etc. Si tuvó grandeza de alma como para admirar un poeta tan distinto de él como lo era Villon, presumiblemente la tuvo también para soportar las adversidades que le deparó el destino. En cuanto a la balada que comienza "Je meurs de soif auprès de la fontaine", de la que dice Obregón que, enamorado Charles d'Orléans de su primer verso e incapaz de continuarla, la hizo concluir en un concurso poético del que participó Villon, puede verse que la continuó y no mal, en la edición ya citada. Su primer verso, allí, es ligeramente distinto: "Je meurs de soif en cousté de la fontaine". Pero la misma decisión con la que critica al duque de Orléans, sea o no compartido su juicio por quien escribe esta nota, es el mejor índice de la vivacidad de trazo del biógrafo de Villon. Nos da un Villon amuchachado, caído en lo bajo, pero no sólo de por sí, sino como signo de toda una época. Lo quiere, lo tolera, lo disculpa; y ama y exalta de continuo su siempre viviente poesía de la vida diaria.

B. U.

LEONARDO DE VINCI (ensayo crítico-biográfico); autor: MARCEL BRION; traductor: Aurora Bernárdez; editor: Sudamericana; 469 pág.

En este mismo número comentamos una biografía de François Villon, casi coetáneo de Lionardo da Vinci. No fué su contemporáneo; no tanto por los años que separaron sus nacimientos cuanto por las épocas, que fueron distintas. Cuando nació Leonardo la alta Edad Media se sumía en el efluvio de un mundo paganizante. En tiempos de Villon, la carnalidad era más brutal y menos delicuescente; el pretexto del arte no había comenzado a serle aplicado, y por lo tanto no tendía a fundir uno en otra, fondo y forma. Se sabía que lo primero era el espíritu, y sobre todo, se lo sentía así. El renacimiento significó el instante en que el contenido y lo continente volvieron a reconciliarse en un todo, pero como ya no existía la inocencia precristiana, la fugaz reconciliación se llevó a cabo, tan sólo, en el punto de equilibrio inestable en que lo contenido perdía pie y lo continente vencía. La oscilación pendular pasó por el centro de reposo, justamente, en el momento de aparecer Lionardo da Vinci. Su obra pictórica es el mejor testimonio.

Pero Leonardo fué mucho más que el pintor extraordinario de un instante privilegiado: fué, quizá, el hombre de mayor genialidad empírica que haya existido; y también una de las más altas inteligencias naturales de todos los tiempos. Se le acusó a menudo de ser hombre de pocas letras, aludiendo a su condición de autodidacto. Marcel Brion, en su hermosísima biografía, nos muestra hasta qué punto esa sabiduría natural no viciada por un sistema enrarecido, nutrida por su afán de lecturas propias, constituyó el habitat para su genio.

Paso a paso, el autor se va ocupando de las distintas facetas de Leonardo, sin olvidar nunca el hombre, haciendo de él su punto de partida o la referencia tácita de sus asertos. Afortunadamente, no es ésta una de esas obras que confunden biografía con crítica, que pretenden ver en la producción del artista que juzgan los datos directos de su vida. La relación entre vida y realización artística, es, bien cierto, en cada caso en que la obra signifique algo indubitable, pero esa relación no siempre resulta fácil de establecer. Los puentes que tiende Marcel Brion de una a otra resultan admisibles sin dificultad. Parte para ello, de una postulación de lo que fué el hombre antes que de encerrarse rígidamente en los datos que de él se tienen. Quién fué Leonardo, lo dicen tan-

to y más sus obras que sus datos. No sería forzado interpretar una vida partiendo de sus obras, en lugar de hacer, como casi siempre se hace, lo contrario.

Este libro, excelente sin atenuantes, nos da la idea más completa que hasta ahora hayamos podido tener de ese ser luminoso y misterioso que fué Leonardo.

Es digna de elogio la traducción de Aurora Bernárdez.

B. U.

ALBERT SCHWEITZER, por Jacques Feschotte (Colección Clásicos del Siglo XX). Editorial "La Mandrágora". Buenos Aires.

ACERCA de Albert Schweitzer, Premio Nobel de la Paz, son varios los libros escritos, que han encarado de preferencia su personalidad moral con preterición de su magnífica obra, o, a la inversa, han acentuado el interés por esta última con descuido de la importancia de la primera. Jacques Feschotte se propuso armonizar estos puntos en un solo estudio. Y como estaba en particulares condiciones favorables, dada su condición de amigo personal de su biografiado, logra dar, en su breve libro, una imagen acusada y luminosa del hombre, forjada en la más estricta fidelidad a un elevado ideal moral, y una idea cabal de la multiplicidad de su obra de médico, músico, exégeta bíblico, pastor protestante, filósofo, teólogo...

Multiplicidad de tareas, que Feschotte explica, no sólo por las dotes excepcionales de Schweitzer, servidas además por una fuerza y equilibrio físicos igualmente notables, sino también por la aguda lucidez en la organización del trabajo, que nada deja librado al azar, y por la continuidad en el esfuerzo que responde a los proyectos debidamente madurados y resueltos.

Mas, si en todas esas tareas, Schweitzer es figura eminente, es sin duda, en su calidad de filántropo que su fama ha tocado los límites del mundo. Su Misión y su Hospital en Lambaréné, en el Africa ecuatorial, lo han hecho famoso, aunque es y seguirá siendo un personaje de una modestia y de una simplicidad conmovedoras.

Feschotte, que, por otra parte, escribe con sobriedad y elegancia, por su estilo y su devoción, a tono con su biografiado, pone al lector, aun cuando éste no comparta las ideas religiosas de Schweitzer, como es nuestro caso, en comunión de simpatía con un alma verdaderamente selecta en su vigor moral y su delicadeza, en su amor por todas las cosas de la creación, que Feschotte llama su respeto por la vida. Tradujo del francés Julia R. Sciarretta.

Juan Julio Costa

LOS ADIOSES (novela); autor: JUAN CARLOS ONETTI; editor: Sur; 88 páginas.

FAULKNER, que ha constituído sus relatos en lugares de experimentación, desarrolló al máximo un procedimiento, que, hasta donde uno sepa, puede encontrarse parcialmente en Flaubert, y en atisbos, en algunas crónicas de reyes, y quizá también, más y más allá, hasta llegar a los documentos históricos más antiguos. Se trata del indiferentismo con que narra en **Absalon, Absalon!**; es decir, de algo que es casi lo opuesto de la indiferencia, pues es una posición, no una falta de ella.

Algo de eso ocurre en **Los Adioses**, donde la prosa no abandona nunca su carácter dominante y agrupa los caracteres y hechos, envolviéndolos como una entidad de orden superior. Cuando se acerca a narrar —cuando no reflexiona explícitamente— no se sume en lo narrado; bien al contrario, conserva siempre un carácter que hace de los personajes y de lo que ocurre puntos de fijación de su modo de decir. En todo caso, y aunque por motivos distintos de los del historiador que defendiendo su vida denuncia con el tono demasiado irreprochable su tensión interna, hay una continua evidencia de ese modo colocada entre el lector y lo narrado, de manera que uno no lee una narración sino que lee prosa. Por voluntad del autor, se está continuamente delante de una superficie.

Ese procedimiento hace que ningún personaje ni acto alguno, estén descriptos en sí, sino envueltos por las circunstancias, ninguna frase concluye el detalle; lo toca tangencialmente, lo roza apenas y se concluye en un ambiente mayor. Alguna otra, siguiente o no, prosigue ese detalle con un nuevo contacto fugaz, y todas, como esos distintos trazos rectos que construyen una figura redonda, rodean el relato. No hay una figura de él hasta que concluye. Obliga a un constante examen del todo con las partes, y luego a un reajuste de las partes con el todo. Es un procedimiento que tiende los nervios del lector, que no excluye, por lo tanto, el interés ni el tedio.

Pero, si ahora el crítico habla para un público menor, entonces, debe señalar la importancia del intento de Juan Carlos Onetti en nuestro medio. Con **Los Adioses** ha leído una obra notable técnicamente, hecha con plena conciencia y dominio, que logra un ambiente local sin pintoresquismos ni concesiones; de un autor del cual cree que nuestra novelística debe esperar obras verdaderamente valiosas, a poco que tenga en cuenta que si es necesario poseer un oficio hasta sus últimas consecuencias, lo es para que nunca se independice de quien lo posee, para dominarlo constantemente y que no aflore; para lograr en definitiva una obra, porque una verdadera obra se hace a pesar del oficio.

B. U.

GUIA DE LA IGLESIA EN ESPAÑA. Publicación de la Oficina General de Información y Estadística de la Iglesia en España. Año I, 1954. Madrid.

AUNQUE sea cierto que se pueden encontrar en el Evangelio antecedentes lejanos de la sociología religiosa, es innegable, sin embargo, que los católicos han entrado con retardo por este camino de la investigación, de evidente importancia para la adaptación del apostolado. Sólo la creciente descristianización, en efecto, parece haber despertado el celo y el interés pastorales por descubrir de modo objetivo las causas ciertas, las exactas dimensiones y las variables particularidades del fenómeno religioso, a la vez que por conocer cuantitativa y cualitativamente las posibilidades y los recursos apostólicos de que se dispone, su distribución y su real eficiencia.

En Holanda, Alemania, Francia, Italia se han creado organismos especiales encargados de esta tarea, a los cuales el episcopado encomienda la función de registrar, compilar e interpretar científicamente los hechos que demuestran la influencia del medio sobre la práctica religiosa y el apostolado y viceversa.

España ha entrado también por este camino. En la conferencia del otoño de 1950, los obispos españoles crearon la Oficina General de Información y Estadística de la Iglesia, la que comenzó a funcionar pocos meses después con los auspicios y financiación de la Junta Nacional de la Prensa Católica. Resultado de ese trabajo es la "Guía de la Iglesia de España", que acaba de aparecer, y que es el primr tomo de una serie anual destinada a mantener al día el estado del catolicismo español.

Es un volumen de cerca de mil páginas, de gran formato, dividido en dos grandes partes. La primera, considera a la Iglesia de España como integrante del Cuerpo Místico, y la sitúa en las coordenadas de tiempo y de espacio de la Iglesia universal, ligándola, a través del Romano Pontífice y de Roma, con todos los católicos del orbe. Se vale del "Anuario Vaticano, que resume y adapta, para informar sobre el número de iglesias, parroquias, clero secular y regular, ordenaciones, seminaristas, casas religiosas con número de miembros, instituciones de enseñanza con sus alumnos, de beneficencia con sus asistidos, de habitantes y de extensión de todas las diócesis del mundo.

La segunda parte es exclusivamente española. Contiene datos que van desde lo que se llama la "presencia de España en Roma": embajada, españoles con cargos en la curia romana, profesores, etc., y "presencia de Roma en España": nunciatura, miembros españoles honrados con distinciones pontificias, etc.; y continúa con informaciones sobre la organización de la Iglesia: causas en curso de beatificación y canonización de españoles; ritos; jerarquía eclesiástica; geografía eclesiástica: las diócesis, su personal en seminaristas, sacerdotes y religiosos, las parroquias; el apostolado seglar; la organización misional pontificia en España. Y termina con las cifras detalladas y clasificadas del movimiento demográfico en sus aspectos civil y religioso; del movimiento migratorio; de la Iglesia y la enseñanza; de los libros, la prensa, la radio y los espectáculos; la beneficencia; la criminalidad y otros aspectos sociales, como el problema de la vivienda, del costo de la vida, de los salarios, de la desocupación obrera, etc. Un capítulo especial está dedicado a las relaciones de la Iglesia y el Estado; y otro a la situación de las otras religiones en España.

La simple enumeración de las materias tratadas no da, por cierto, verdadera idea de la magnitud del esfuerzo realizado y de lo logrado. Esta Guía, por su extensión, por el método y la clasificación, trasciende y supera todo cuanto sobre la materia se había realizado hasta ahora en la Península. Faltaría, a nuestro juicio, que completara su aspecto puramente descriptivo y estadístico con el estudio en profundidad de realidades ocultas, que necesitan ser reveladas, como, por ejemplo, la proporción en el cumplimiento del deber dominical, o el pascual, la clase social de los practicantes, etc., que son índices que informan, objetivamente y sin ilusiones, acerca de la verdadera vitalidad y evolución de una comunidad. No obstante, la iniciación no puede ser más auspiciosa. "Principio quieren las cosas...", dice el propio director de la publicación, Pbro. Jesús Iribarren, lo que significa decisión de cubrir ciertos vacíos y de avanzar más lejos por esta vía del conocimiento cierto de los hechos religiosos.

Juan Julio Costa

SOBRE CONTINENTES, MARES Y POLOS, 2 tomos, por Carl H. Pollog y Erich Tilgenkamp. Ediciones Peuser, Buenos Aires. 1954.

EN sucesivos capítulos ordenados cronológicamente, se exponen en esta obra los hechos sobresalientes de la navegación aérea, la moderna epopeya que tantos héroes y tantos mártires ha ofrecido a la admiración universal. Con entusiasmo inagotable, Pollog y Tilgenkamp relatan en forma casi novelada las más audaces aventuras del aire que marcan todas las etapas de su conquista: desde el cruce del Canal de la Mancha por Blériot, hasta el vuelo sobre el Everest de Stewart-Blacker; desde la primera travesía polar de Byrd, hasta los vuelos sobre la Antártida de Ellsworth y el vuelo en escuadrilla sobre el Polo Norte de los rusos en 1937; desde las primeras ha-

zañas en globo hasta la vuelta al mundo del dirigible Graf Zeppelin; omitiendo prudentemente la cara negra de la invención, sus aplicaciones bélicas, y deteniéndose ante el umbral de la etapa supersónica.

El tema se impone por el valor épico implícito en cada una de esas empresas, tan dispares sin embargo, alentadas por los más diversos acicates, desde el premio en dólares de los primeros tiempos, hasta la emulación deportiva, el interés científico, el hechizo irresistible de la aventura y la exploración, y la búsqueda de la gloria conquistada por un solo, violento esfuerzo de la voluntad y el coraje.

Los autores, expertos sin duda en el tema que abordan, parecen muy bien documentados y relatan los hechos con una inagotable provisión de detalles, al tiempo que ilustran cada hazaña con las precisiones técnicas de los aparatos, y croquis oportunos. Además hacen gala de un estilo muy germánico y muy cordial, salpicado por toques de un humor ingenuo pero lleno de buena voluntad. Estilo que culmina en el capítulo dedicado al conde von Zeppelin y sus primeros dirigibles, en el que la exaltación admirativa ante el indomable espíritu del voluntarioso compatriota, los lanza en una sucesión de descripciones al modo romántico, y de evocaciones literarias, que marcan el clímax de entusiasmo de una obra que se señala por la generosa confianza en la máquina aérea puesta al servicio de la tenacidad y el espíritu científico y humanitario del hombre.

Silvia M. de Potenze

RECUERDOS Y NOTAS DE TRABAJO DE UN ACTOR, por Charles Dullin. Ed. Hachette.

ESTE pequeño volumen escrito por uno de los "cuatro grandes" que tuvo la escena francesa en la última preguerra, es apasionado testimonio de una vida enteramente consagrada al teatro. Metteur en scène, actor de teatro y ocasionalmente de cine, maestro e innovador, Charles Dullin —como Jouvet discípulo del gran Copeau— fué, en efecto uno de los artistas que construyeron la gran época del teatro francés que se cierra con la ocupación alemana en el año cuarenta. La época de la gloriosa madurez de Pitoëff, Jouvet y Baty; la de la deslumbrante revelación de Giraudoux y la aparición de Achard, Salacrou, Supervielle, Ghéon, Anouilh; la del mejor Claudel y el más valioso Lenormand.

Un hombre que fué actor preponderante y testigo inteligente de estos acontecimientos, tiene mucho que decir, sin duda alguna. Pero Dullin excluye de su libro la anécdota o la crónica fácil. Exceptuando los capítulos iniciales, breves apuntes biográficos en los cuales exhibe las dotes narrativas de un buen novelista, el resto del libro es un estudio sobre los eternos problemas del teatro, la formación del actor, y la relación de aquél con artes aparentemente afines, como el cine, que merece la más profunda atención.

Obra en que todo aficionado al teatro ha de encontrar interesantes reflexiones, es de un valor superior para todo aquél que aspire a exorcizar sobre las cuatro tablas que Dullin exige como único requisito, a los "fantasmas ideales" que crearon los poetas. Para ellos han de ser preciosas esas páginas que en su brevedad ofrecen un compacto tesoro de experiencias, consejos y meditaciones, entregadas con la generosidad, la vehemencia y la modestia de un verdadero artista. De uno que reservó para sí "la parte perecedera del teatro" con la alegría y la serena confianza de quien la sabía "bastante hermosa cuando sirve al florecimiento de la obra del poeta, para que nos contentemos con ella sin amargura".

Sylvia Matharan de Potenze

NACIMIENTO ULTIMO, por Vicente Aleixandre. Ediciones "Insula". Madrid, 1953.

EL "Nacimiento Ultimo" a que alude el título, digámoslo de entrada, no es otra cosa que la muerte. Dentro siempre de su concepción panteísta, Aleixandre la considera como la posibilidad más alta. Pero, sin embargo, el retorno a la tierra y lo que para entonces al ser aguarda, constituyen una temática que, por lo insoluble y sobrecogedora, imponen al poeta un nuevo tipo de formulación. De ahí, entonces, el cañimiento y la contención de estos poemas, su contraste con aquel empuje sinfónico que alentaban los de "Sombra del paraíso". Pero de ahí, también, su esencialidad.

El asedio de tan grave asunto y la expresión de tales buceos dan origen a todo un intenso conjunto de poemas, que integran la primer parte del libro, y que sin duda se pueden contar entre las cosas más logradas del autor. Pero el volumen incluye también otras composiciones, que datan de distintas épocas, y que hasta el presente él no las había incluído en ninguna edición. Así, por ejemplo, los "Retratos y Dedicatorias", donde está aquel estupendo soneto dedicado a Fray Luis, fechado en 1928 y que todas las antologías han recogido, y donde figuran, también, las hermosas estrofas dedicadas a Pedro Salinas con motivo de su muerte. La serie de los "Cinco Poemas Paradisíacos", como el mismo poeta nos lo dice en el prólogo, pertenece al tiempo en que escribiera "Sombra del Paraíso" y su tono es el mismo de aquella obra memorable.

Vicente Aleixandre —de quien pronto conoceremos su "Historia del Corazón", editada por Espasa-Calpe— es quizás el poeta de mayor influencia y al que más sigue en este momento la juventud española. Hecho semejante, en un país donde existen tantos y tan ponderables valores, nos exime desde luego de todo elogio de su quehacer. Lo único, pues, que podemos decir es que, dentro de éste, "Nacimiento Ultimo" ha de quedar como una referencia de especial importancia. Y por eso estas líneas no tienen otro objeto que señalar su aparición a los gustadores de la buena poesía.

Jorge Vocos Lescano

G r a g e a

NO todo son flores en la Viña del Señor. Oigamos lo que dice sobre nuestra edición de **Caminos sin ley** Edmundo Meouchi en el Nº 55 de **Cuadernos Hispanoamericanos**: ...no sólo denigra a México, sino que menoscaba la obra apostólica y publicitaria emprendida por Ediciones Criterio. Más aún, no creemos que se haya escrito, ni por las izquierdas ni por las derechas, ni por los católicos ni por los comunistas, un libro alusivo al problema religioso de México tan discutible e injusto como el que los publicistas argentinos han traducido a todo papel y a toda tinta. **Caminos sin ley** es un fraude (...) es el disparate de un hombre extraordinario... Gloria Camilli y Hugo Ezequiel Lezama, autores de **La cintura de niebla**, han resuelto convertir su sociedad literaria en conyugal... A preguntas tontas, respuestas más tontas. "Si no fuera usted Pío Baroja, ¿qué le gustaría ser?" — "Me gustaría ser un vago con algún dinero, y de no ser esto me parecería bien ser pintor impresionista con éxito". (Fragmento de un reportaje aparecido en **Correo Literario**, de Madrid)... La UNESCO ha traducido al árabe **El discurso del método**, de Descartes; **Don Quijote de la Mancha**, de Cervantes y **la Política**, de Aristóteles... A iniciativa de Gregorio Marañón y Ramón Serrano Suñer se ha concedido en Madrid un premio de medio millón de pesetas a Azorín "en reconocimiento a su gloriosa ancianidad". Ignoramos si en caso de fallecimiento del laureado, lo que quede irá a parar a manos de sus sucesores, lo que nos parecería enriquecimiento sin causa... Gusto español: los libros extranjeros que más se han vendido en España en abril de 1954, son en este orden: **Moulin Rouge**, de Pierre de la Mure; **La vuelta de Don Camilo**, de Giovanni Guareschi y **Solos contra el mundo**, de Cecil Roberts... Personas buscadas: si alguno de los lectores de CRITERIO firmó con el seudónimo "Un doliente" el cuento "El duelo", y lo envió al concurso del diario **El Nacional**, de México, sepa que ha ganado mil pesos mexicanos, más un diploma, que debe reclamar en la redacción del colega azteca, que ante la incomparencia referida ha resuelto citarlo por intermedio de la prensa americana...

Jaime Potenze

C R I T E R I O

Aparece los segundos y cuartos jueves de mes

AÑO XXVII **26 de agosto de 1954** **Nº 1218**

Registro de la Propiedad Intelectual Nº 459.858

SUSCRIPCION		SUSCRIPCION DE AYUDA	
Anual	$ 60.—	Vitalicia	$ 1.000 una sola vez
Semestral	„ 40.—	De protección	„ 500 anuales

Número suelto, $ 3.50 — Número atrasado, $ 5.—

Pago adelantado

Giros, bonos postales o cheques extenderlos a la orden de "Editorial CRITERIO, S. R. L.". No se aceptan cheques que no sean pagaderos en Buenos Aires

Las suscripciones que el interesado no anule expresamente antes de su vencimiento, se consideran renovadas.

No se mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas, si bien estimará debidamente toda contribución espontánea para cualquiera de las secciones de la Revista.

ALSINA 840 BUENOS AIRES T. E. 34 - 1309

Horario de oficina: De lunes a viernes, de 11 a 19 (Sábados de 9 a 12)

P R O F E S I O N A L E S

A B O G A D O S

Ricardo Julio Alberdi
Abogado
Sarmiento 930 - 6° P. B — T. E. 35 - 4800

Carlos Fausto Chiovino
Abogado
Sgo. del Estero 286 - 3er. Piso - Dto. 6
T. E. 37 - 7189 Buenos Aires

José Oscar Colabelli
Abogado
Avda. de Mayo 749 - 2° Piso Dto. 10
T. E. 34 - 0727 Buenos Aires

Miguel Angel Cárcano
José Manuel Saravia
Abogados
Reconquista 46 T. E. 34 - 8074

Luis Gervasio Drago
Abogado
Junín 1488 T. E. 84 - 3164

Dr. Angel Gómez del Río
Abogado
Corrientes 115 - Paraná (Entre Ríos)

Eduardo Lucio Grandoli
Abogado
25 de Mayo 401 - 4° Piso
T. E. 31 - 7092 y 4741 Buenos Aires

Rodolfo González del Solar
Abogado
Bdo. de Irigoyen 112 - 2° Piso
T. E. 38 - 6443 Buenos Aires

Horacio Larreguy
Abogado
Sarmiento 722 - 5° Piso — T. E. 34 - 6722

Roberto H. Lanusse
Abogado
San Martín 232 T. E. 33 - 6289

Benjamín Nazar Anchorena
Abogado
Av. Pte. R. S. Peña 760 — T. E. 34 - 3839

Carlos Pereyra Iraola
Abogado
Santa Fe 788 T. E. 31 - 0837

Jaime Potenze
Amadeo Soler
Abogados
Procurador JUAN PABLO OLGUIN
San Martín 244 Esc. 204 - T. E. 34-0329
Buenos Aires
Plaza Zabala 383 (1er. P.) U. T. E. 82080
Montevideo

Roque R. Repetto
Abogado
Sarmiento 930 _ 6° P. A — T. E. 35 - 4137

Aldo Luis Rossetto
Carlos María Bourdieu
Abogados
Florida 229 - Esc. 625 — T. E. 34 - 4384

Virgilio Tedin Uriburu
Abogado
Avda. Corrientes 569 - 4° Piso
T. E. 31 - 8631 y 3685 Buenos Aires

Federico Videla Escalada
Abogado
Talcahuano 395 T. E. 35 - 1390

P. A. Yurrebaso Viale
Abogado
Viamonte 885 - 2° Piso
T. E. 31 - 3066 y 4092 Buenos Aires

Zavalía Lagos, Gándara, Cané
Estudio Jurídico
Reconquista 657 T. E. 32 - 5837

A R Q U I T E C T O S

E. Figueroa Bunge
F. Beccar Varela
Arquitectos
Reconquista 657 T. E. 32 - 3087

Vargas y Aranda
Arquitectos
San Martín 683 - T. E. 31-1211 - Bs. As.
Calle 31 - U. T. E. 619 _ Punta del Este

I N G E N I E R O S

Emilio M. C. Devoto
Ing. Civil
Mendoza 3457 Capital

Fernando R. Lanusse
Ing. Civil
San Martín 232 T. E. 33 - 6289

Roberto Leggiero
Ing. Civil
Belgrano 3252 T. E. 30 - 3179

Carlos E. Olivera
Ing. Civil
Cemento Armado
Avda. de Mayo 1370 T. E. 38 - 4549

Ricardo M. Puelles
Ing. Agrónomo
Paraná 1231 T. E. 42 - 7253

Pablo D. Ricagni
Ing. Civil
Amenábar 37 _ Dto. 2 — T. E. 72 - 9266

Jorge A. Scotto
Ing. Civil
Bolívar 177 T. E. 33 - 3730

Silvio Pablo Uberti
Ing. Industrial
Bdo. de Irigoyen 128 — T. E. 38 - 3432

Raúl F. Torreguitar
Ing. Industrial
Superí 1825 T. E. 73 - 3910

Antonio J. Vilá
Ing. Industrial
Malabia 2364 T. E. 71 - 4768

M E D I C O S

Dr. Héctor F. Bameule
Enfermedades del Sistema Nervioso
General Artigas 620 T. E. 66 - 1762

Carlos Jorge Lotti
Clínica Médica - Aparato Digestivo
Montevideo 1560 - 3er. P. — T. E. 42-7367
Pedir hora

Miguel F. Méndez Trongé
Médico Oculista
Arenales 2117 T. E. 44 - 3997

Dr. Luis María Baliña
Enfermedades de la Piel
Maipú 975 T. E. 31 - 2253

Dr. Ovidio Bianchi
Cirugía General
Avellaneda 2175 T. E. 68 _ 6278

Roberto Nicholson
Ginecólogo
Juncal 1875 T. E. 44 - 4881
Pedir hora

Clínica y Sanatorio Córdoba, S. A.
Maternidad - Cirugía - Especialidades
Avda. Córdoba 3371 T. E. 86 - 4001

Dr. Jorge Olivera
Médico

Dr. Jorge Tamini
Enfermedades del Pulmón
Lunes, Miércoles y Viernes de 15 a 20 hs.
Río Bamba 116 - 1er. P. — T. E. 48 - 5672

Raúl A. Devoto
Clínica Médica
Melo 1994 T. E. 44 - 2029
Consultas: Lunes, Miércoles y Viernes de 18 a 20 hs. - Pedir hora

Dr. Carlos J. García Díaz
Médico de Niños
Avda. Callao 531 T. E. 71 - 1210
Reservar hora

Dr. Ramiro C. Rodríguez
Dermatólogo
Obligado 3127 T. E. 70 - 6371
Pedir hora

Dr. Guillermo Zorraquín (hijo)
Médico Cirujano
Juncal 1188 T. E. 42 - 0469

Dr. Sebastián Alberto Rosasco
Médico Cirujano de Niños

V A R I O S

Antonio J. Cafferata
Escribano Titular del Registro N° 161 de la Capital Federal
Montevideo 1330 T. E. 42 - 9977

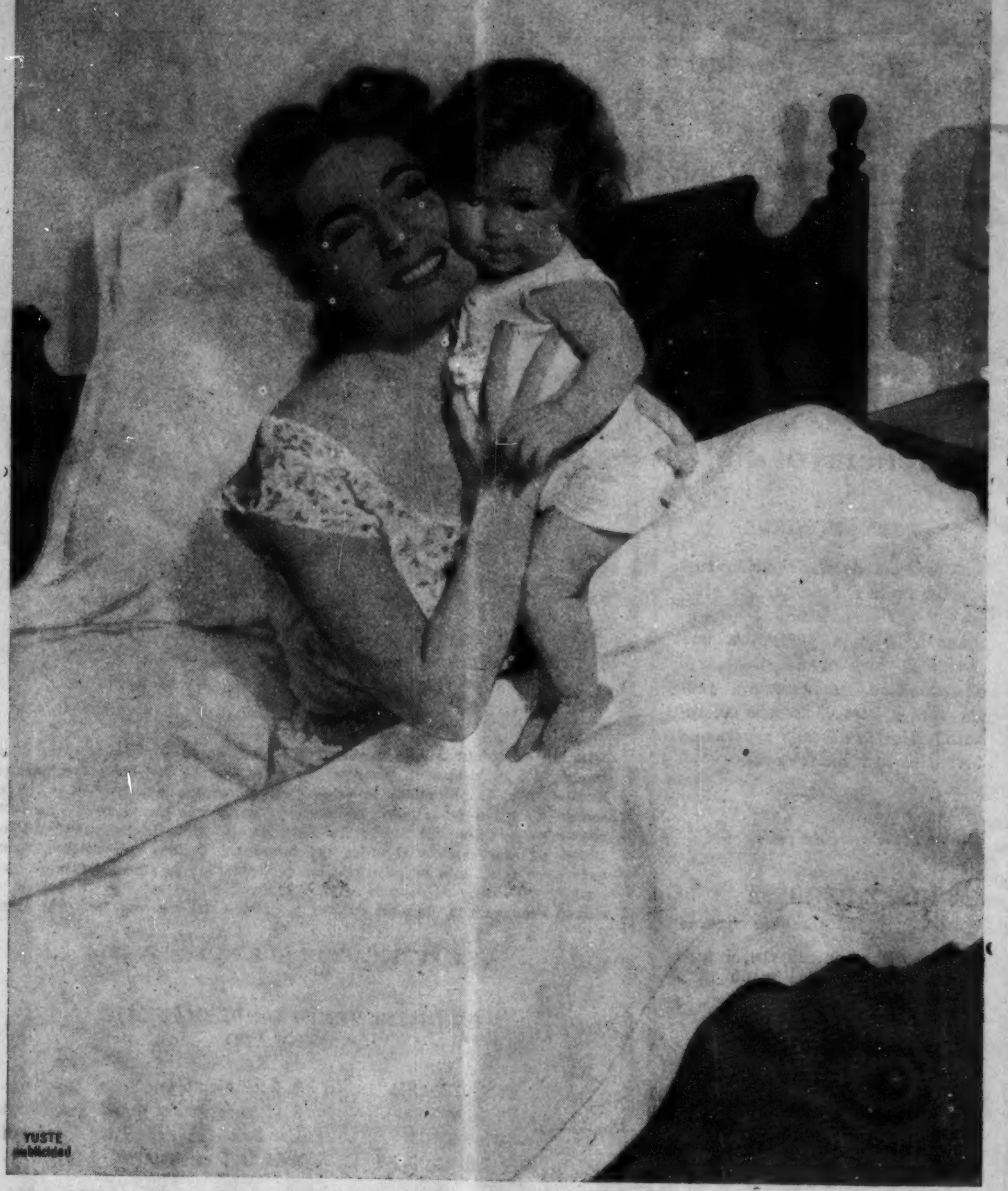
Dr. Juan Carlos Puelles
Ciencias Económicas
Avda. Callao 1707 T. E. 44 - 3969

Editorial CRITERIO, S. R. L.
Cap. m$n. 265.000.—
Alsina 840 - T. E. 34-1309 - Bs. As.

CORREO Argentino | Central (B)
TARIFA REDUCIDA
Concesión N° 231
FRANQUEO PAGADO
Concesión N° 476

Talleres Gráficos San Pablo
Bmé. Mitre 2600 esq. Paso

26 DE AGOSTO 1954



$ 3.50